



Un mundo devastado

BRIAN W. ALDISS

Lectulandia

El mundo se ha convertido en un sitio superpoblado y enfermo. Los productos químicos han envenenado el suelo y las ideas ecológicas pertenecen al pasado. El planeta Tierra se precipita al desastre total. Hay una solución, pero tan aterradora que ningún hombre —excepto Knowle Noland, ex-convicto, ex-Viajero y capitán del carguero nuclear *Estrella de Trieste*— se atreve a ponerla en práctica.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

Un mundo devastado

ePub r1.0

Titivillus 06.04.15

Título original: *Earthworks*
Brian W. Aldiss, 1965
Traducción: César Aira
Diseño de cubierta: Nelson Leiva

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Cuando perversa surgía la vida de los rostros vacíos
Cuando lento fluía el espacio sobre cuerpos inútiles
y perversos fluían los astros sobre hombres inmensos
Ninguna pasión sonreía...*

COMPUTADORA 301 RCA

CAPÍTULO UNO

El muerto iba a la deriva, arrastrado por la brisa. Caminaba erecto sobre sus piernas traseras, igual a una cabra amaestrada, como lo había hecho en vida; nada impropio, salvo que en su vida nunca había llegado tan lejos fuera del alcance de toda ideología, nacionalidad, pena o inspiración. Unas pocas moscas enormes seguían con él a pesar de que estaba lejos de tierra; viajaba a poca altura sobre la superficie complaciente del Atlántico Sur. Las olas salpicaban a veces los flecos de sus pantalones blancos de seda: había sido un hombre rico, en la época en que los ricos importaban.

Venía hacia mí a velocidad uniforme, de África.

Con los muertos estoy en buenas relaciones. Aunque ya no hay lugar para ellos en el suelo, como solía suceder antiguamente, albergo a varios de ellos en mi cabeza; en la memoria, quiero decir. Allí están Mercator y el viejo Thunderpeck, y Jess, que sobrevive como una leyenda —y no sólo en mi cráneo—, y por supuesto mi querido March Jordill. En este libro volveré a darles sepultura.

El día que llegó de este nuevo muerto las cosas me iban mal. Mi nave, el *Estrella de Trieste*, se aproximaba a su destino, la Costa de los Esqueletos, en África, pero como acostumbraba a suceder en los últimos días de esos largos viajes, la escasa tripulación humana había desembocado en una especie de mermelada de relaciones, y no cesábamos de sofocarnos unos a otros en el amor y en la furia, en la enfermedad y la familiaridad. Hace tanto tiempo de eso, que recordarlo y describirlo es como tratar de imaginarme en el fondo de una mina de hulla. En esos días sufría aún mis alucinaciones.

Mis ojos vibraban, la visión se nublaba; se me secaba la boca, la lengua se endurecía. No sentí ninguna simpatía cuando el médico me dijo que Alan Bator estaba encerrado en su camarote con una de sus alergias.

—Estoy tan cansado de las alergias de ese hombre, doctor —le dije, hundiendo la cabeza en mis manos—. ¿Por qué no lo llena de antihistamínicos y lo manda de regreso a su trabajo?

—Lo he hecho, pero sin resultado. Venga a verle. No está en condiciones de moverse.

—¿Cómo es posible que salgan al mar estos inválidos? ¿No me dijo que podía ser alérgico a la salinidad del océano?

—Ésa era mi vieja teoría —dijo el doctor Thunderpeck alzando las manos—; ahora estoy considerando algo distinto. Empiezo a creer seriamente que puede ser alérgico a los antihistamínicos.

Me levanté lenta y pesadamente. No quería escuchar más. El médico es un hombre extraño y fascinante cuando se le mira; es pequeño, cuadrado, macizo y su rostro, aunque grande, parece falto de espacio para todos sus rasgos. Cejas, orejas, ojos con bolsas, boca, nariz —quizás especialmente esa poderosa nariz en forma de globo—, son todos del mayor tamaño posible; y la pequeña área facial no ocupada por estos rasgos, está cubierta por las huellas de un antiguo acné, como las esculturas medio borradas de un templo. De todos modos, ya le había contemplado lo suficiente como para todo el resto del viaje. Asentí brevemente y me fui hacia abajo.

Como era el momento de la inspección matutina y Thunderpeck nunca se ofendía, me siguió. Sus pasos resonaban al compás de los míos mientras bajaba por la escalera hasta la cubierta más baja. En cada cubierta las luces parpadeaban en los tableros de supervisión; yo las controlaba con el robot principal antes de seguir. Y el viejo Thunderpeck me seguía, dócil como un perro.

—Podrían haber construido estos barcos de modo que se eliminara el ruido —decía, en un tono abstraído que sugería que no esperaba respuesta—. Pero los diseñadores pensaron que el silencio podría resultar desagradable para la tripulación.

No le respondí.

Caminamos entre las grandes bodegas. La señal de la número tres tardó en aparecer; anoté el hecho en mi libreta y miré adentro para ver si todo estaba en orden.

La bodega número tres estaba vacía. Siempre me había gustado contemplar una bodega vacía. Todo aquel espacio libre me hacía sentir bien; Thunderpeck veía las cosas de otro modo; de hecho, esa visión le ponía enfermo. Pero es que yo había sido condicionado para esa apreciación del espacio. El doctor, antes de aceptar su empleo en la *Estrella de Trieste* porque era demasiado viejo para el alboroto de la ciudad, sólo había conocido la vida urbana. Yo, con mi larga temporada de condena en tierra, me había habituado a la idea de un espacio hecho por el hombre. No es que sintiera nostalgia por la miseria de esos campos emponzoñados: la bodega era lo que me gustaba, de un tamaño tratable y bastante limpia, y bajo mi jurisdicción.

Me tomé el trabajo de revisarla; una vez, encontré allí abajo a la horrenda Figura, y de sólo pensarlo se me aceleraba el pulso; es agradable ignorar la aceleración del pulso, especialmente en días en que uno no se siente demasiado enfermo.

—Salga cuando haya terminado —dijo Thunderpeck desde el portalón; sufría agorafobia, una de las enfermedades más corrientes en las ciudades terriblemente atestadas.

Se decía —nunca me preocupé por saber si era cierto, pues el cuento me gustaba — que una vez se había encontrado en medio de una bodega vacía como la número tres, y había sufrido un síncope. Cuando íbamos de nuevo por el portalón, le dije:

—Es una vergüenza, doctor... Todas estas bodegas vacías, todo el barco desierto; un barco hermoso, y ya no vale un centavo —era mi discurso habitual; él respondió con el suyo:

—Eso significa un progreso para usted, Knowle.

Este relato ya se me está yendo de las manos. Empecemos todo de nuevo. ¡Es increíble cómo aprisionan las palabras! Nos atraviesan, vivimos en ellas y fuera de ellas, y hacen anillos que rodean el universo. Supongo que fueron inventadas para que sirvieran de algo. Todo lo que puedo decir es que me sentía más libre cuando estaba aprisionado en tierra. La escarcha del invierno; el peso de la cama en esas noches oscuras, con todo lo que uno poseía encima, o a su alrededor; el hedor del humo del tractor, casi invisible en el amanecer azul. No es que las palabras no tengan que ver con las cosas, es que al escribirlas se transforman en una realidad diferente, propia. ¿Pero quién soy yo para decirlo?

Esto es lo que diría. En este año resonante debo ser el único en esta parte del mundo que intenta escribir algo sobre algo.

Ahora veo porqué cosas como la escritura y la civilización, es decir, la cultura y los límites que impone, fueron abandonados: eran demasiado difíciles.

Mi nombre es Knowle Noland. En la época que trato de recordar, y sobre la que escribo, era un hombre joven, enfermo, sin mujer, y como se decía, capitán del carguero *Estrella de Trieste*, de más de 80.000 toneladas, joya de la línea Estrella. En el momento en que escribo —mi ahora, aunque quién sabe adónde y cuándo pueden estar mis lectores— soy Noland aún, con las mejillas enjutas, duro como un leño por las mañanas, pero con la mente bastante clara, con una mujer adorable, sin parientes, orgulloso, desconfiado —ya era orgulloso y desconfiado cuando estaba en el *Estrella de Trieste*—, pero ahora tengo mejores razones para serlo, y sé de qué razones se trata. Sé mucho, y eso me ayudará a lo largo de esta historia.

(A veces los viejos libros tienen este tipo de paréntesis editoriales.)

De modo que Thunderpeck y yo paseábamos por la nave el día del muerto, como lo hacíamos todos los días, y quizá no vale la pena que trate de recordar en detalle lo que decíamos; en general, decíamos siempre lo mismo.

—Eso significa un progreso para usted, Knowle —decía él. Lo afirmaba con frecuencia, lo sé, pues le disgustaba el progreso, y todo lo que le disgustaba se lo achacaba al progreso. Al principio, cuando yo no había comprendido todo lo agudo de su aversión, creía que se trataba de una observación perspicaz; pero en aquel momento del viaje ya había llegado a considerarle un idiota. Quiero decir que, cuando se analiza la idea de progreso, se trata sólo de lo que hacen los hombres generación tras generación; ¿y cómo puede culparse al progreso por la suerte del hombre, o culpar al hombre, si uno mismo es un hombre? Lo cual no significa que no apreciase la compañía del doctor.

—Eso significa progreso para usted, Knowle —decía.

Hay que decir algo, hacer el esfuerzo de parecer humano cuando se camina por las entrañas de una nave totalmente automatizada que puede —y lo hace— permanecer dos años en el mar sin necesidad de reparaciones o reaprovisionamiento

de combustible. Habíamos estado diecinueve meses en el mar, sin detenernos más de un día en la mayoría de los puertos, en busca de carga.

En los pintorescos tiempos antiguos, los puertos no eran tan eficaces como ahora. Ha habido toda clase de leyes y trabajadores humanos en los muelles, con todos sus extraños sindicatos semi-religiosos, y en ellos se reabastecían las naves y se realizaban trabajos que han desaparecido; y entonces uno podía pasarse una semana en un puerto, y se desembarcaba para emborracharse y hacer todo lo que hacían los marineros. Sé todas esas cosas; a diferencia del doctor y de los otros, sé leer. Ahora, los cargueros nucleares son universos-isla que recorren sus cursos predeterminados, y los pocos hombres necesarios a bordo llegan a tener cerebros que funcionan como máquinas, con rutinas lentas como las del caracol. No es de extrañar que yo tuviera dolor de cabeza.

Entramos en una sala de máquinas, y cuando subíamos miré las cabinas de la tripulación. Allí estaba Alan Bator, recostado en su litera y mirando fijamente el techo de su cubículo. Nos saludamos con una inclinación. Alan tenía un aspecto entumecido y arruinado; sentí como si le estuviera felicitando por su buena actuación. Y sentí deseos de gritar. A veces mis nervios se acercan a un estallido, aunque no pertenezco a la categoría de las personas sensibles.

Dejé al doctor atendiendo a Alan y trepé a la popa. Mientras ascendía, el mundo adquirió un hermoso tono pardo oscuro, traspasado por luces de fantasía con colores que no tienen nombre: colores que se encuentran en viejos manuscritos celtas o aparecen en las cavernas. Hay cierto consuelo estético en la enfermedad; cuántas veces he pensado en las palabras del mayor pensador contemporáneo, el programador de computadoras Epkre: “La enfermedad es la contribución de nuestro siglo al tesoro de la civilización.”

En la popa pensé, por un espantoso segundo, que había visto esa Figura. Luego las formas se disolvieron en la estructura parcialmente desmantelada del piloto automático. El robot encargado de reparaciones revisaba pacientemente su interior, circuito por circuito. Lo supervisaba Abdul Demone, con una antena de dibujos animados sobre sus ojos. Se la quitó y me saludó.

—Buenos días, capitán.

Un hombrecito cortés y silencioso, ese Abdul. Era espástico y nunca quitaba su pie malo del taburete cuando me hablaba.

—¿Podrá arreglarlo? —le pregunté.

—El piloto automático funcionará dentro de un par de horas.

—Más vale que así sea. Llegamos esta tarde a la costa.

Otra vez mis nervios se desbordaban. Un hombre siente más la tensión en un barco que en las ciudades. En las ciudades todo está dispuesto de tal modo que uno puede pasar la vida entera sin pensar; lo cual es una buena medida, pues un hombre enfermo difícilmente acepta la perturbación de una responsabilidad. A bordo, muchas veces he deseado desconectar el capitán automático y dejar que la nave se estrelle

contra las rocas, que se destruya, que lo destruya todo.

Sobre cubierta soplabla una brisa fría. Miré por encima de los muchos metros de cubierta limpia, aunque desordenada; parecía casi desierta y desnuda bajo el sol tropical. Di Skumpsby luchaba contra algo en la borda.

Tuve un sobresalto. No tenía a nadie contra quien luchar. Aparte del doctor, mi tripulación se limitaba a tres personas: Di, Alan y Abdul. Y sabía dónde estaban los otros. Una vez más volvió a cruzar por mi cabeza la idea de la Figura. Me pregunté si no se trataría de otra de mis alucinaciones. Pero dominé mis emociones y me acerqué a él para ayudarlo.

Di no luchaba. Trataba de alzar a la otra persona por encima de la borda. Al acercarme, vi el rostro del extraño. Era negro y flojo, y su boca se abría en una mueca horrible.

—Écheme una mano, capitán. Este tipo está muerto —dijo Di, y en efecto, pude comprobarlo también yo sin que quedara lugar a dudas. Iba bien vestido, aunque estaba empapado de agua de mar, y el olor era fuerte. Los pantalones blancos de seda se pegaban a su carne. Mi muerto había llegado; puntual a la contraseña del destino, había logrado que nuestros rumbos se entrecruzaran.

—Vino por el agua —dijo Di—. Erguido, aunque balanceándose. ¡Parecía como si caminase sobre las olas! Me asustó bastante, se lo aseguro...

En la espalda del hombre había una de esas nuevas unidades antigravitatorias; un aparato molesto, casi del tamaño de un refrigerador. Como ninguno de nosotros sabía cómo desconectarla, nos dio un buen trabajo izar al hombre sobre la borda. Al fin lo conseguimos. Algo —quizás una gaviota— le había comido un ojo. Me enfrenté con su aullido mudo y helado, y estuve a punto de responderle con un grito.

—Pongámosle en el compartimiento de limpieza número dos —dije.

Hasta que lo desconectamos, el cadáver siguió flotando. Por el momento parecía mero azar el que hubiera venido a chocar contra un costado del *Estrella de Trieste*, pero no fue entonces cuando se puso en marcha la cadena de muerte que sobrevino a su detestable presencia.

El compartimiento alojaba a uno de los limpiadores de cubierta que se activaba todas las mañanas, al alba. La máquina estaba allí, brillante y anodina, cuando encerramos a nuestro recién llegado pasajero. No bien aseguramos la puerta, Di se volvió corriendo a la borda y vomitó en el mar. Volví a mi camarote y me acosté. El cerebro me latía como si fuera un corazón.

Hay cosas racionales que pueden aceptarse, y cosas racionales que no pueden aceptarse. Yo podía aceptar todas las razones para estar en una nave solitaria y podrida como el *Estrella de Trieste*; lo que no podía aceptar eran las razones por las que un muerto venía a embarcarse en él. Llamé al doctor Thunderpeck.

—Di acaba de hablarme del cadáver. Quédese acostado y tómelo con calma, Knowle —dijo al llegar. Abrió su pequeño maletín negro y sacó unas tabletas.

—Le daré un sedante.

—¿Tiene algo especial para curar muertos? Ya es malo tener que viajar en este barco apestoso, pero pensar que nos venga a acosar aquí, en medio del océano, este cadáver...

—A usted le gusta este barco Knowle, recuérdelo —me dijo dulcemente Thunderpeck mientras me alargaba las tabletas y un vaso de agua—. Recuerde lo que era antes de unirse a los Viajeros, y la pena entonces era la muerte...

—¡No me haga pensar en los Viajeros! —más de una vez le había advertido esto, pues me sentía culpable de lo que les había hecho a los otros Viajeros.

—En la ciudad no era feliz, ¿verdad?

—Mire, sé que tiene razón, pero ya le he dicho antes que soy un hombre maldito. ¿Cómo ha dado conmigo ese cadáver? No me diga que se trata de una coincidencia.

—No le digo nada, podrá pensarlo usted mismo —a Thunderpeck le encantaba soltarme sermones—. Usted conoce el costo de esas nuevas unidades antigraavitatorias; es fenomenal. Sólo un hombre muy rico pudo haberse permitido adquirir una. Todavía se producen muy pocas, sólo se usan en casos de dolencias cardíacas. Un hombre de diez piedras de peso puede usar una de esas unidades y ajustarla de modo que pese apenas dos piedras. Le ahorran mucho trabajo al corazón. De modo que sabemos que nuestro amigo era neo y tenía problemas cardíacos. Correcto. ¿Dónde vive por lo general esa clase de gente? En la costa, junto al mar, por razones de salud. De modo que murió mientras caminaba por la playa; son cosas que suceden, usted lo sabe. Una brisa que soplabla de tierra lo trajo hasta nosotros.

—Pero vamos en dirección a la Costa de los Esqueletos, doctor. No lo habrá olvidado... ¡Nadie vive ahí! ¡Nadie que esté en sus cabales!

—Está bien Knowle, tiene razón. Ahora acuéstese y descanse. Su complejo de persecución está reapareciendo.

Una vez que se fue, me quedé tendido en la media luz, pensando. Pensaba en el *Estrella de Trieste*. Sin duda era para mí un refugio, más de lo que creía Thunderpeck. Viajaba y estaba aislado, y eso me convenía. Pero a cada momento, en su recorrido por los continentes, el 'progreso' del que hablaba Thunderpeck lo amenazaba, y la nave tenía sus días contados. En el momento en que yo había firmado contrato, unos doce años atrás, el negocio era próspero, ahora la situación era diferente. Aquel maravilloso leviatán de metal, casi automático, nuclear, con un tonelaje registrado de 81.300 toneladas, una longitud de 300 metros y una manga de 42 metros, aquel superbarco, era una cosa sin utilidad. Su vida útil había llegado a su fin.

A pesar de que el *Estrella de Trieste* era una embarcación moderna, ya estaba pasada de moda y había sido superada por los navíos de supertonelaje o los nuevos y enormes GEMs, que podían ir casi a cualquier parte sin notar diferencia entre el mar y la tierra. Yo odiaba aquellas ruedas de metal que viajaban sobre sus columnas de aire. Me producía una irónica satisfacción pensar que a su vez serían superadas si los nuevos aparatos antigraavitatorios llegaban a desarrollarse hasta un punto en que

podrían transportar cargas, y hacerlo económicamente.

A causa de esta competencia nos veíamos obligados a ir a lugares como la Costa de los Esqueletos, en busca de una carga de arena para llevársela a un fabricante de suelo en Liverpool. Los costos del viaje apenas se cubrían.

Lo que pensaba hacer el fabricante de suelo con la arena que le entregáramos era una cuestión que no nos interesaba. Soy un hombre inteligente, autodidacta, pero me bastaba con saber que la arena podría llegar a transformarse en una tierra lo bastante buena como para cultivar en ella algunos vegetales con los que alimentar animales.

—El hambre del mundo toma muchas formas sofisticadas —me dijo una vez March Jordill. Estábamos apilando ropa vieja; era de noche, aún ahora puedo recordar la tonalidad de la luz..., me hablaba como a un igual—. Hasta la religión se ha subordinado al hambre, como todo el resto, de la misma forma que en el mundo subpoblado del pasado todo el pensamiento de occidente, cuando había abundancia, estaba subordinado a la abundancia. Ahora podemos verlo, aunque ellos no lo veían en su época.

¡Arena! Era un noble comercio transportar arena de un lado al otro del mundo. March Jordill, gran filósofo y traperero, hubiera apreciado mi progreso de traperero a arenero. A él le gustaban las cosas pequeñas. Un grano de arena le habría interesado. La arena que recogíamos en la Costa de los Esqueletos estaba formada por granos de cuarzo, con algo de yeso y sal, y restos de minerales raros que no valía la pena separar, compuestos de turmalina y tono. Pero con un poco de suerte, todo el mundo podría haber sido arena. Empiezo a tomarle el pulso a este escrito. Se trata de recordarlo todo y omito ciertas cosas, todo lo que hay que hacer es calcular las proporciones. Quizá no deba omitir algo que le oí decir a un orador popular sobre el hambre: “Nuestra hambre es nuestra civilización. De ella hemos sacado belleza y fuerza.” Tenía nueve años cuando oí decir eso, y acababa de salir de un orfanato. Hammer y yo estábamos detrás de la muchedumbre que escuchaba. Cuando Hammer oyó lo que decía el hombre, miró su propio vientre protuberante, hinchado por la psilosis, se rió, me golpeó y salió corriendo.

Toda la vida vuelve cuando uno se sienta y piensa como lo hago ahora. Puedo recordar... Puedo *sentir* aquella cama bajo la mesa en la que dormíamos Hammer y yo. Si me saliera de la línea trazada por mis pensamientos, entraría en un laberinto sin salida.

Escuchando todos los pequeños ruidos del barco, mirando los colores que se creaban en la oscuridad de mi cabeza, mis pensamientos se hundieron en la niebla de las complejidades de la fabricación de la tierra, una de las ciencias de que más se hablaba en las ciudades ávidas de tierra. Tierra... Suciedad... Días sucios como labrador en una granja... Lechos pesados, la Casa del Gas... La tierra pobre... Trabajar bajo la ley suprema del Granjero. Todavía tenía pesadillas sobre el Granjero... ¡Me perseguía casi con tanta obstinación como la Figura!

Una vieja canción de mi infancia, que aprendí en el orfanato y nunca olvidé, y

que cantábamos brincando sobre un pie, cantando en ronda para ver quién sería el lobo la vez siguiente:

*Granjero, granjero, cómete tu tierra
El ataúd es una cuna, es una cama
Mándanos la comida o mándanos el sarampión
Tú eres el que hace las en-fer-me-da-des*

Y no sólo el Granjero, sino también el hombre al que traicioné al huir —al ser encerrado afuera, debería decir— de la granja, para transformarme en un Viajero. Alguna vez llegaremos a eso. Una y otra vez, mi mente retrocedía a esos tiempos, si no cuando era comprensible que lo hiciera, al menos cuando envolvía las viejas montañas oscuras con sus fantasmas y pesadillas.

Movido por un impulso, salté de la litera y me calcé las zapatillas. Pie, zapato, pierna, pata de la litera, piso, sombras... Todo formaba una figura misteriosa ante mi vista. ¿Qué estaba oliendo? A veces era como cebollas, a veces como violetas, parecía como si recordase olores de tiempos antiguos.

Fuera del camarote todo estaba como siempre: la cubierta de cartón, el mar de plástico. El sol iluminaba demasiado la escena, como en un estudio cinematográfico con exceso de reflectores. Alarmado, me hablé a mí mismo:

—Otra vez estoy muy cerca. Ahora sé que todo es una ilusión. Es falso, y yo estoy en otro lugar..., no en este barco. ¡Las escoras son débiles! El movimiento del barco es incorrecto, algunas de las sombras están mal colocadas. ¡Tiene que haber un mundo mejor que éste! Gradualmente, avanzo hacia la realidad. Y en el compartimento de la Limpieza número dos... ¿Es ahí donde está la verdad? ¿Estará en algún lado la verdad?

Acababa de olvidar lo que había en el compartimento de limpieza número dos. No había nadie en la cubierta, nadie caminaba sobre el mar. Fui al compartimento y lo abrí.

Estaba riéndose, con una risa que denotaba más conciencia de poder que alegría. Vi exactamente cómo sus labios se echaron atrás, descubriendo el esmalte desnudo de sus dientes, la piel de sus encías, embebidas de un humor amarillo y terrible. Era... ¡era el Granjero!

—¡Noland, Número 14759180! Durante todo el tiempo has sabido que yo estaba a bordo, ¿no es cierto? —dijo. No recordaba que fuera tan corpulento.

Un hombre jovial, de la manera en que puede ser jovial alguien feroz.

—Sabía que algo andaba mal.

—Mal no es exacto, Noland. Se trata sólo de que tú no eres real, ¿entiendes eso?

Tenía un cuchillo de marinero en mi cinturón, pero si yo no era real, ¿cómo podría hacerle daño?

—Has venido porque traicioné a Jess, ¿no es cierto?

—Y por todos tus otros pecados.

Detrás del Granjero no estaba el armario, como otra cosa. Mis ojos se negaban a decirme lo que vi ahí. Era un espacio vacío, pero un vacío manchado e ilícito, como si al hablar con un amigo, uno se diera cuenta de pronto de que puede ver a través de uno de sus ojos, más allá de su nuca. ¿Y si no éramos reales? Con ese pensamiento saqué mi cuchillo y me lancé hacia adelante.

Lo hundí en las costillas del Granjero. ¡Eso sí era real! Pero seguía sonriendo, sonreía cuando caímos juntos y rodamos por el suelo. Cuerpo a cuerpo, cadáver a cuerpo. Pero su sonrisa —no, el mundo rodaba— su sonrisa olía mal, y donde habían estado sus ojos... Una peculiar claridad de visión me obligó a concentrarme en dos pequeños cráteres de podredumbre donde los gusanos, blancos y de una forma exquisita, se enlazaban en su inmunda labor. De pronto, abandoné la labor de la conciencia.

Cuando recuperé el sentido yacía en la cubierta. Antes de abrir los ojos sentí su calor bajo mi cuerpo y el poder del sol bajo mi nuca. Me esforcé y logré levantar los párpados. A mi lado, bostezando horriblemente en su sueño eterno, estaba el cadáver que Di Skumpsby y yo habíamos encerrado en el compartimento, aún amarrado a su unidad antigraavitatoria. Seguramente la había vuelto a poner en marcha al atacarle creyendo que era el Granjero. Agradecí a los astros que la alucinación hubiera sido tan breve. A veces, cuando llegan los dolores de cabeza, bajo a este submundo de los espíritus durante horas. Bajaba. Solía bajar. Los tiempos verbales se confunden después de tanto tiempo.

Miré a mi alrededor por entre los aparatos verdes de la cubierta, y vi a Di Skumpsby de pie junto a la borda, mirando el mar. Quizás esperaba que viniera a sus brazos otro cadáver.

Sin hacer caso de las vibraciones de mi cabeza me volví hacia la cosa que estaba a mi lado. La consideré como si el diagnóstico dado por Thunderpeck fuera correcto; el hombre era viejo y llevaba un magnífico anillo en una mano de venas hinchadas. Sus ropas eran buenas. Me pregunté quién habría sido aquel pobre viejo que había elegido un día ventoso para expirar en la playa. Apartando los ojos de su rostro, metí una mano en su chaqueta y palpé el bolsillo interior. Había una cartera y un delgado mazo de cartas aseguradas con una banda de goma. Las pasé a mi bolsillo.

Bajo el brazo derecho del cadáver aparecía el dial rojo de la unidad antigraavitatoria. La moví con precaución. Un zumbido casi inaudible entre los ruidos del barco, comenzó a sonar; al mismo tiempo, el cuerpo comenzó a moverse y a subir. Lo sostuve con firmeza, lo llevé de vuelta al compartimento y cerré la puerta. Entonces volví a mi litera a leer las cartas.

CAPÍTULO DOS

A la hora de comer seguía bajo el encanto de las cartas. La comida tenía un sabor tan fuerte como siempre; el sabor era artificial, y los alimentos se mantenían en buen estado gracias a conservantes especiales. Puesto que todo había sido producido por medios químicos, toda la comida, como todas las comidas, era artificial; después tragué un par de píldoras de vitaminas para complacer a mi metabolismo. Mi metabolismo se sentía todavía algo sacudido; a pesar de los sedantes que me había dado Thunderpeck no había dormido, tanto era el interés que tenían las cartas que había encontrado en el bolsillo del muerto.

Había sólo seis, seis cartas y un telegrama. Todas eran de una muchacha que firmaba Justine. Eran cartas de amor.

Bien, no enteramente de amor. Gran parte de ellas estaba dedicada a cuestiones políticas y a las distintas naciones de África. Nunca he entendido mucho de política, y mucho menos de la compleja política africana. Omití esos pasajes.

En esa época, el mundo y sus naciones estaban en paz. Podían decirse muchas cosas duras contra nuestro tambaleante sistema social, pero tener paz era algo que valía la pena; yo solía repetir esas palabras. Durante años se oyó decir que estallaría una guerra entre las naciones de África, los pueblos jóvenes y viriles cuyas tecnologías solían superar a las de Europa y América; pero un hombre fuerte, Sayid Abdul el Mahasset, había accedido a la presidencia de África y logrado temporalmente una incómoda paz entre las naciones bajo su mando.

Menciono aquí este hecho porque más adelante tendrá bastante importancia. Pero en el momento de leer esas extrañas cartas pasé por alto todas las menciones a la política africana, en mi búsqueda afiebrada de datos personales sobre Justine.

Por supuesto, las cartas eran demasiado breves para mi gusto. Dos de ellas cubrían sólo una página. Revelaban una personalidad cálida y compleja... no, no revelaban; sugerían. En algunas frases me sentía muy próximo a Justine. Quizás esto se debiera a que las cartas, como todas las buenas cartas de amor, eran un poco indecentes, o al menos me lo parecían.

Me llevó un largo rato descifrarlas. Obviamente, Justine era una persona rara y culta, o en primer lugar no hubiera sabido leer y escribir. Yo mismo había aprendido de pequeño, con la ayuda de March Jordill. Sus dientes resonaban cuando separaba las sílabas. Había complacido mis deseos a causa de mi capacidad durante los años de granja, cuando descubrí un depósito de libros antiguos. Desde entonces, en el mar, no había tenido necesidad de mi alfabetización más allá de las simples marcas que hacía en mis libretas, y probablemente no había un solo libro en miles de kilómetros a nuestro alrededor; mi talento se había enmohecido... Y ahora, la lucha con esa primitiva forma artística volvía más fascinantes aun las cartas de Justine.

Estaban dirigidas a un hombre llamado Peter. “Estoy perfectamente preparada — escribía en un punto—, y haré lo que haya que hacer; en ese sentido amor mío, mi

disposición iguala a la tuya. Sabes que ése será mi modo de confiar en ti, como confía mi corazón.” Evidentemente ella y Peter pertenecían a una especie de religión; en las ciudades florecían miles de creencias distintas, muchas de ellas apenas mejores que las supersticiones. En la misma carta decía: “Incluso cuando estamos juntos, lo que creemos nos mantiene separados; pero cuando estamos separados, aún entonces estamos unidos. Trato de encontrar fuerzas en la debilidad del mundo, y me pregunto: ¿qué es lo más dulce que puedo hacer por ti, Peter? ¿vivir por ti, o morir por ti?”

Muchas frases eran así de oscuras. Su misma oscuridad, el sentimiento de esta mujer tan próxima pero desconocida, provocaban en mí una enorme excitación.

Traté de imaginarme su retrato y la devoré en mis fantasías. ¿Sería morena, rubia, gorda, delgada? ¿Cómo serían sus labios? Todas las posibilidades de voluptuosidad pasaron ante mi ojo interior... ¡Pero nada tan extraño y triste como la verdad!

Nunca había conocido a una mujer como aquélla. Pertenecía a un mundo al cual yo era ajeno. Y ese sentimiento de fatalidad que pendía sobre ella, la volvía más atractiva para mí. Envidié al hombre llamado Peter. Parecía ocupar una posición importante en Inglaterra; cuál, no podía imaginarlo. Por una de las cartas supe que estaba en África y que tenía que tomar una decisión riesgosa. Había menciones a El Mahasset, el presidente de África. Aunque las referencias políticas significaban poco para mí, comprendí que Justine y Peter debían estar involucrados en una empresa que consideraban secreta e importante; la carta más reciente estaba fechada apenas dos días atrás.

“Sí, tienes razón, como siempre —comenzaba precipitadamente una de las cartas—. Debemos considerar nuestro amor como una cosa insignificante, algo meramente personal, como tú dices. La causa debe serlo todo. ¡Trataré de repetirlo y atenerme a ello! Para salvar el mundo debemos perderlo, pero te digo, querido monstruo, que no puedo salvarlo si te pierdo a ti. Tengo que tener tu presencia tanto como tus propósitos. ¿Estás seguro que puedes venir aquí sin que seas incriminado? ¡Me he comprado un vestido para las cenas de gala! Todo negro, así me servirá también como luto. Me veo irresistible en él... Tendrás que venir y ver si te miento.”

Qué hacían, dónde vivían, qué aspecto tenían, eran cosas que yo ignoraba. Deduje que ella vivía en un hotel, pero nunca ponía su dirección en el papel. Traté de darle, en la imaginación, una docena de rostros diferentes, traté de conjurar el tono de su voz, traté de abrazarla, vestirla con ese vestido que “servirá también como luto”.

Al fin, quedé dormido con las cartas subiendo y bajando sobre mi pecho.

Escribir esta parte se me hace más fácil; quizá se deba a que me alegra haber llegado a Justine. (¿Qué eran, comparadas con ella, aquellas mujeres que tuve cuando vivía en tierra? Eran como plantas espinosas, de las que había que librarse lo antes posible.) Puedo ver ahora que no se trata sólo de recordar y ordenar el pasado, sino también de una genuina creación, pues la verdad es ésta, y *usted* —que debe tener una identidad, siquiera para usted mismo— deberá recordar este punto durante todo el resto del relato en caso de que yo olvide volver a hacer la advertencia: en realidad,

aun con la mejor buena voluntad no puedo recordar con seguridad lo que pasaba en aquel barco maldito hace veinte años. Veinte años es demasiado tiempo. Soy diferente, era diferente.

Pero aún hoy recuerdo lo que sentía ese hombre diferente al leer esas cartas de Justine. Puedo oír el susurro del papel sobre mi pecho, aunque entonces estaba dormido.

Después de aquella siesta mi cabeza se sentía mejor, quizá porque estaba llena con la mujer llamada Justine. Me dije que era un idiota. Pero habíamos estado casi continuamente en el mar durante diecinueve meses, y el modo tan dramático en que la correspondencia había llegado a mis manos me impresionaba fuertemente. El sol se ponía sobre el mar cuando subí al puente de mando a inspeccionar el capitán automático, y el calor del día iba desapareciendo.

Nuestra velocidad comenzaba ya a disminuir. Sobre el horizonte, enfrente, aparecían los riscos de la temible costa del sudoeste africano, donde el Océano Atlántico toca el desierto Namib. Llamé a popa para ver cómo marchaba la reparación del piloto automático. Respondió Abdul Demone.

—Me temo que no hemos hecho suficientes progresos, capitán —dijo. Su rostro en la pantalla era inexpresivo; aún llevaba la antena de dibujos animados, ahora levantada—. El problema es que el robot de reparaciones se averió por exceso de calor, y estoy tratando de arreglarlo. Creo que en cualquier momento podré ponerlo en marcha.

—Por Dios, hombre; no importa el robot, trabaje usted mismo con el piloto automático. Lo necesitamos antes de la noche. ¿En qué está pensando? Quítese esa antena y empiece a trabajar en serio, Demone.

—He estado encerrado aquí todo el día.

—No me importa dónde ha estado. Quiero resultados. ¿Qué robot es el que está inactivo?

—El de la cubierta principal.

—Bien, ponga en acción al de la cubierta 'A'. Debería haber informado antes acerca de este problema.

—Llamé al puente, señor. Pero nadie me atendió... Tal vez en ese momento...

—Sí, está bien. Ocúpese ahora mismo de ello, Demone.

Desconecté la pantalla. Me había atrapado. Debía haber estado en el puente, o haberme hecho reemplazar por alguno de los otros. A medida que los cargueros se volvían inútiles, también los hombres eran ya casi inútiles en los barcos automatizados; casi, pero no totalmente. El paso final en la automatización no había sido dado. Todos habían querido darlo, pero algo profundamente enraizado en la mente humana les había impedido llegar a ese final lógico. El trabajo que hacíamos yo y mi magra tripulación era marginal, y hubiera sido efectuado con más eficacia

por los cibos y robots. Quizás había algo demasiado escalofriante en la idea de los grandes barcos grises surcando los mares sin una figura humana, por inútil que fuera, en su puente de mando.

De modo que existíamos como parásitos, perturbando más que facilitando las labores del barco. Este sentimiento de inutilidad aumentaba cuando llegábamos a un puerto. En los viejos tiempos un puerto era un lugar laborioso —he leído sobre ellos—, quizá sucio, pero humano. Ahora un muelle es una gran boca de metal. Se entra en él y la maquinaria lo traga a uno. Las máquinas nos desembarcan, las máquinas nos escupen nuevas instrucciones. Las máquinas se ocupan de devolvernos a bordo a la hora de partir.

Hay muy pocos puertos ahora. El tráfico en los grandes muelles es rápido (y lo seguirá siendo mientras haya comercio). En los viejos tiempos, gracias a la ineptitud humana y a instituciones tales como los sindicatos, se permanecía un buen tiempo en el muelle y se podía recorrer la costa antes de volver a partir. Ahora es diferente. Toda la operación de carga y descarga lleva apenas un par de horas, tras de las cuales se vuelve al eterno exilio, casi siempre sin ver a un solo ser humano, aunque sepamos muy bien que el país que hemos visitado está lleno de seres humanos. Es una de las cosas cómicas de mi trabajo: uno vive en permanente soledad en un mundo en el que la soledad es la comodidad más rara.

El hambre es la fuerza que apresuró la eficacia de los puertos, el hambre más que la automatización. Pero explicar cómo los países como América y los estados de Europa llegaron a sentir hambre, es algo bastante más difícil aún.

A menudo he tratado de explicármelo, tendido en mi litera o charlando con Thunderpeck; ambos somos hombres educados, pero yo sé leer y he encontrado en los libros cosas que él ignora. Aun así, no puedo imaginarme cómo nuestros antepasados fueron tan poco inteligentes como para desperdiciar todos sus recursos del modo en que lo hicieron. Por supuesto, toda la mentalidad de la Era Pródiga, entre los siglos XVIII y XXI, hoy nos resulta extraña.

Y yo solía repetir lo que me había dicho March Jordill. Quizá tenía razón, quizás estaba equivocado; pero hasta ese momento era el único hombre al que yo había conocido que fuera lo bastante hombre como para tener razón y estar equivocado al mismo tiempo.

—No podemos decir lo que era el mundo antes, muchacho —me decía—; pero de los libros puede deducirse que la población creció desmedidamente en el siglo XX, lo cual provocó agudas crisis en áreas donde ya había hambre, como Oriente y Oriente Medio: tierras que están al otro lado de África. Necesitaban cuadruplicar su producción de alimentos para alimentar las bocas extra, y por supuesto no pudieron hacerlo. El agua fue el factor limitativo.

—¿Se necesita agua para conseguir comida?

—Por supuesto; agua y comida. Algún día quizá veas tierra, y entonces comprenderás. Algunos países como América y Australia-Zelanda, producían más

comida de la que necesitaban, y con eso alimentaban a otras partes del mundo, pero todo lo que lograron fue estropear sus tierras. Y una vez que una tierra llega a cierto punto de deterioro, es difícil revertir el proceso. La tierra enferma, igual que la gente; he aquí la tragedia de nuestro tiempo. Después vino la gran crisis de las píldoras anticonceptivas, cuando a largo plazo se hicieron sentir los efectos del progestagen. Y después vinieron las guerras por la tierra, de las que resultó la supremacía política de África. La historia es una cosa graciosa Knowle, y más graciosa sobre todo porque siempre se tiende a pensar que ya ha terminado, cuando siempre nos espera algo nuevo.

Algo así decía March Jordill. Gracias a él llegué a comprender porqué los gobernantes ocultan la historia lo mejor que pueden. Yo mismo aprendí historia por accidente, y ese conocimiento no me trajo sino preocupaciones.

Cuando todas estas reflexiones volvieron a mi mente, me sentí mal y busqué compañía. Bajé a la sala de estar del barco. Thunderpeck y Di Skumpsby estaban jugando al cy-billar. Me detuve a bastante distancia cuando vi el rostro de Di. Pareció molesto al ver mi horror.

—No es más que una alergia temporal —dijo; su rostro estaba cubierto de pequeños puntos rojos. Se encogió de hombros, en parte para ocultarse.

—Una pequeña dosis de alergia a los cadáveres —dijo Thunderpeck—, Di estará bien mañana.

—¡Alergia a los cadáveres! —repetí. Y yo me había estado revolcando con el muerto. Instintivamente me toqué las mejillas. Al levantar la mano vi a la Figura de pie detrás de Di y el doctor.

¡Oh, no me digan lo inteligente que es esa entidad de rostro negro! Estaba en la puerta, absolutamente quieta, los brazos cruzados sobre el pecho, con su perfil dirigido hacia nosotros, aunque me miraba de reojo. Tranquilamente, les dije a los dos hombres:

—¿Sabéis que somos observados? Ese portento de la muerte está con nosotros.

—No es más que una manifestación del sentimiento de culpa —dijo Thunderpeck echando una mirada por encima del hombro—. Siente culpa porque traicionó a Jess el Viajero...

—El doctor ha visto al espectro más de una vez, pero siempre niega que pueda verlo. Es su forma de enfermedad. Hasta los médicos están enfermos.

Di la vio. Soltó un aullido escalofriante, arrojó su taco hacia la figura y corrió. Desapareció en la puerta. Di iba tras la Figura, y yo le seguí. Thunderpeck nos siguió, gritándonos que dejáramos de actuar como locos. Nos lanzamos por el pasillo.

La Figura nos condujo a la cubierta, dio un salto hacia la luz solar y desapareció. Di y yo nos sentamos en la escotilla más cercana y nos miramos.

—Uno de estos días me atraparé —profeticé.

—Ni lo piense. Es el barco lo que le interesa —dijo—, es una señal que indica naufragio. Este barco está maldito.

—No digan tonterías —dijo Thunderpeck. Se sentó entre nosotros con gesto abatido y agregó—: Se están complaciendo en sus respectivas locuras. Pongámonos de acuerdo en que todos tenemos nuestras obsesiones, y en que algunas toman formas muy reales. Ya veo que deberé volver a soltarles mi sermón habitual.

—Que no sea lo mismo de siempre sobre mi complejo de culpa —le rogué.

—Ni sobre mi búsqueda de una figura paterna —dijo Di.

—Eso es apenas una parte —dijo Thunderpeck—. Hay hombres de todas las edades que sufren miedos irracionales. A veces han llegado incluso a construir sistemas que tratan de racionalizar lo irracional, y aún les queda la magia. La magia funciona, cuando funciona, porque existe en el pensamiento de todos una capa donde un deseo vale tanto como un temor, y donde el deseo es temor. Esa capa está situada por lo general en un nivel muy profundo, pero hay momentos en que por una razón u otra emerge y se vuelve dominante. La enfermedad es uno de esos momentos. En la gente enferma, la voluntad y el temor se confunden sin esperanza: de ahí sus alucinaciones, Knowle.

“Los individuos pueden estar enfermos. También, comunidades enteras pueden enfermar. Las comunidades enferman por distintas razones, pero una de las más frecuentes es el bajo nivel de nutrición. La hechicería de Occidente puede relacionarse con una exagerada dependencia respecto a la patata; el vudú con una falta de ciertas sales esenciales; el culto a los espíritus de las Islas Solomon con una deficiencia de vitamina B, etcétera.

“Tenemos la desdicha de vivir en uno de los períodos con peor nutrición en toda la historia humana. Hay bastante comida, a cantidad suficiente, pero su contenido consiste principalmente en venenos mortales. Cuando comemos, ingerimos sustancias tóxicas y la psique reacciona en consecuencia.

Escuché hasta el final, pero no pude dejar de reírme. Me volví hacia Di, que también sonreía.

—¡Es maravilloso, Di! Es lo que yo llamo un hombre inteligente. La comida del *Tonel de Trieste* es mala y Thunderpeck construye sobre ese hecho toda una teoría. Vamos Doc, ¡usted está más loco que nosotros!

—No me diga que este barco está maldito —dijo Di—, sólo porque la comida es mala...

—Escuchen, escuchen —protestó Thunderpeck. Pero Di ya se había levantado y gesticulaba con gran excitación.

—¡Es ese cadáver en el compartimento de limpieza! —dijo—. ¡Eso es lo que nos apesta! ¡Vamos capitán, dejemos al doctor con sus teorías y tiremos por la borda a ese maldito muerto!

Corrió por la cubierta, con sus manchas rojas más brillantes que nunca. Le seguí, excitado, pero preocupado... Temía que Di se transformase de pronto en la Figura. Pero siguió dentro de sus pantalones azules y su chaleco blanco, y llegamos al compartimento donde yo había encerrado al muerto, el cadáver que me había servido

de cartero.

—¡Escuche el zumbido de las moscas ahí adentro! —gritó Di. Se acercó a la puerta, riéndose—. ¡Sal, sal, quienquiera que seas, con tus agujeros en los ojos. Es hora de ir a nadar!

Abrimos la puerta y el cuerpo flotó hacia nosotros.

—Mueva ese dial y quítele la unidad antigraavitatoria —dije—. No me interesa perder el aparato.

—No, llevémoslo con todo hasta la borda.

—No, salvemos la unidad, Di... ¡Es valiosa!

—No, tirémoslo todo por la borda.

Empezamos a luchar, con el cuerpo rígido y estúpido entre nosotros. Thunderpeck se acercó para causar más problemas. Era partidario de guardar el cadáver en una unidad refrigerada, y cremarlo debidamente cuando llegásemos a puerto. Fue una tonta disputa. Todos estábamos sobreexcitados y la visión de la alergia de Di me enfurecía.

Al fin hice prevalecer mi rango y les obligué a quitar la unidad del cadáver. Una vez desconectado, el aparato era enormemente pesado, y las correas que lo aseguraban al cuerpo estaban mojadas y era difícil desprenderlas. Al fin lo conseguimos. Vi que la unidad tenía el sello 'Fabricado en Nigeria'; allí se realizaban investigaciones muy avanzadas. El *Estrella de Trieste* había salido de los astilleros de Port Harcourt.

Di se mantuvo alejado. Se tocaba la cara mientras Thunderpeck y yo alzábamos el cadáver y lo llevábamos hacia la borda. Protestó por última vez.

—¡Fuera del barco con ese demonio! —gritó—. ¡Nos trae mala suerte!

Lo alzamos por encima de la borda y lo dejamos caer. Se hundió lentamente en el agua parda que se agitaba contra los costados del barco. ¡Parda! Alcé la vista y comprobé nuestra posición. El sol ya estaba muy bajo sobre el mar, y proyectaba nuestra sombra muy lejos, hacia adelante, en el agua. Los riscos asomaban a nuestro alrededor; a veces alzaban sus oscuros dientes sobre las olas, a veces quedaban sumergidos por la espuma. Todo el mar estaba blanco de espuma y pardo de arena. Sólo mirando hacia atrás podía ver agua azul en calma.

—¡Vamos hacia tierra! —gritó Thunderpeck. Su gran rostro roció se retorció en gritos y muecas cuando corrió hacia la escalera del puente.

—¡Vuelva! ¡El piloto automático está funcionando! ¡Todo está en orden! —le grité.

En los viejos tiempos, aquella costa había sido causa de muchos naufragios. Pero los arrecifes habían sido dinamitados en su mayor parte, para hacer lugar a los cargueros que empezaron a venir en número cada vez mayor a medida que florecía la industria de la tierra; los instrumentos automáticos de la nave, con sus mil ojos que no dormían nunca en el interior del casco, aseguraban que en nuestros tiempos ningún barco naufragara nunca. Aun así, comprendí el pánico de Thunderpeck. Era

desagradable, sin duda alguna, verse repentinamente rodeado de arrecifes.

Su miedo me calmó. Fui tras él sin escuchar los gritos de Di a mis espaldas.

Cuando llegué al puente, Thunderpeck se inclinaba sobre los instrumentos.

—¡Apártese! ¡Aquí el que manda soy yo! —le dije.

No intentó moverse. Se volvió demasiado tarde cuando fui hacia él. Estaba manoseando el capitán automático. Le golpeé con el puño derecho como un pistón en el plexo solar. Gimiendo se dobló y cayó a mis pies.

De inmediato lo lamenté. El viejo Thunderpeck era mi amigo. Pero los controles eran míos, eran mis mascotas, las pruebas de que yo era un hombre con una función. Empecé a decirle eso, gritando para hacerme oír por encima del ruido. Jadeaba, irritado. Con el rostro rojo, me miró y dijo algo que no pude escuchar. Sonaba el intercomunicador.

—Capitán —dije por el tubo.

—Abdul, capitán. Di está aquí. Dígame, el doctor le dijo... Estamos poniendo a punto el piloto automático, así es que desconecté el capitán automático para evitar una sobrecarga. El doctor dijo que nosotros...

—Desconectó el capitán automático... ¡Dios mío!

Entonces comprendí porqué Thunderpeck se había adelantado sobre los controles. Ellos habían trabajado mientras yo dormía. No me habían puesto al corriente, y ellos mismos habían olvidado...

Miré hacia afuera. El agua que nos rodeaba estaba salpicada de blanco. No había indicios de un paso seguro. En el horizonte había una mancha que podría haber sido tierra o un arrecife: había una sola cosa que hacer: apagar los motores y luego iniciar una lenta marcha hacia atrás, maniobrando con el sistema manual.

Antes de que pudiera poner un dedo sobre el tablero de control, subió un largo chirrido del interior del barco. La cubierta tembló bajo mis pies. ¡Habíamos tocado un arrecife! Ya era demasiado tarde para pensar en retirarnos. Hay otra cosa que sólo ahora se me ha ocurrido. Yo pasé muchos años sintiendo la culpa de mi traición a Jess el Viajero, y siendo niño cargué durante mucho tiempo con la idea de que debería haber hecho algo, cualquier cosa, para salvar a March Jordill. Pero creo que el viejo Thunderpeck sufrió por mi culpa más que cualquiera de ellos y nunca me preocupó ni por un momento por lo que le sucediera. Sea como sea, debe haber algo muy especial en un hombre como yo: no me refiero sólo a que sepa leer y escribir tan bien, sino que he arruinado las vidas de muchas personas a mi alrededor.

La necesidad de destrucción debe haber sido innata en mí. En ese caso, nunca resplandeció tanto como la vez en que el *Estrella de Trieste* tocó ese arrecife en la costa africana.

Era una costa con su leyenda negra. Sabía que toda una legión de buques y hombres habían perecido en ella. Muchos habían chocado con los arrecifes y habían naufragado, y sus tripulaciones no habían podido trasladarse con vida hasta tierra. Actué casi sin otro pensamiento.

Giré el botón de mando manual hasta la posición de ‘máxima velocidad frontal’.

¡Eran grandes barcos, aquellos viejos cargueros nucleares de la Línea Estrella! Nadie me dirá que los GEMs llegarán a significar lo mismo para un hombre. El *Estrella de Trieste* respondió de inmediato a sus controles. El mar se agitó y saltamos hacia adelante. El profundo chirrido se deslizó a lo largo del barco y desapareció.

Las luces de alarma se encendieron en el tablero de control. El casco doble había sido agujereado en dos lugares: en las bodegas seis y siete, y en la número tres. Por un momento, pude ver en mi imaginación las aguas furiosas, entrando... Cerré las compuertas de la bodega número tres. Las bodegas seis y siete tenían lastre y no se cerrarían. Las bombas habían empezado a funcionar automáticamente, pero los indicadores mostraban que el nivel del agua no descendía.

Miré hacia delante. Thunderpeck se estaba levantando del suelo; le hice a un lado. Parecía haber un delgado canal al frente, entre vallas de rocas claramente definidas. Tomé el timón manual y conduje el barco hacia allá. Ya estábamos tomando velocidad; a medias vacío como estábamos, el barco podía hacer treinta y ocho nudos y medio.

La exaltación me hinchaba como el viento a las velas.

—La llevaremos a la costa aunque tengamos que hacerla pedazos —grité.

—¡Deténgase mientras haya tiempo, estúpido! —exclamó Thunderpeck.

Pero yo no tenía intención de aminorar la marcha. No es que pensara que tuviésemos oportunidad de sacar ileso al barco por ese peligroso camino; una vez que tomaba una decisión intelectual, me sentía inundado de locura, la gozosa locura de la destrucción. Bajo mi mando estaba una de las máquinas más caras del mundo, y yo la llevaría al desastre. ¡El mundo podría ver cuánto me preocupaban sus tesoros...!

Quizás el doctor leyó algo de esto en mi rostro, el caso es que se acercó a la ventana y miró hacia afuera agarrado de la borda. Los tres miembros de la tripulación: Di con su cara manchada, Abdul arrastrando su pierna de hierro, Alan cubierto con su manta, subieron y se quedaron inmóviles mientras el viento les despeinaba, mirando adelante con una especie de remoto terror.

Una sola vez miré atrás. Otro hombre estaba a mi espalda, envuelto en una especie de niebla, con el rostro oscuro y velado, como si todavía no hubiese sido creado... ¡Era mi *doppelgänger*^[1]! ¡La figura...! Me sacudió un escalofrío de terror, y no me atreví a mirar por segunda vez. Pero la conciencia de esos ojos fijos en mi espalda alivió más aún mi excitación.

En ese momento ya estaba completamente enfermo. Más adelante, debajo del agua verde, había formas oscuras. Nos lanzamos sobre ellas. Skumpsby corrió a la borda y se inclinó a mirar, y una roca volvió a rozar el casco. Se oyó un bramido. Al frente estalló un oleaje brillante. Puse proa al puerto, y la estela que dejábamos se llenó de espuma a medida que abríamos un surco mayor en las olas. Una alarma empezó a sonar. La apagué de inmediato.

Ahora la tierra era visible en el horizonte, la tierra amarilla y marrón que forma el

rincón más inhóspito de África. Enfrente, a estribor, vi una torre, pero no me atreví a volver a mirar. Sostenía el timón manual y deseaba que llegase cuanto antes la destrucción del barco y de todo mi ser. ¡Justine, debías haber estado con nosotros!

Adelante volaba el ala negra de nuestra sombra, hundiéndose en las olas. Sentí que encima teníamos otra ala. Viajábamos a la sombra de poderes mayores de los que conocíamos. Estamos limitados al autoconocimiento que podemos lograr; es cuestión de honor, de inteligencia, de coraje; pero siempre queda una habitación inexplorada en la vaga mansión de nuestro entendimiento, una escalera desconocida que lleva en línea recta a las regiones infernales. ¡De ahí provenían los oscuros poderes que nos transportaban!

El pasaje era más estrecho de lo que yo había creído. Vi deslizarse el agua por encima de aserrados dientes de coral y grité tan fuerte como me lo permitieron mis pulmones. Nos estrellamos con un enorme estruendo.

¡Espectáculo terrible! A un lado del barco apareció una larga cinta enrollada de metal. El impacto me hizo volar. Caí sobre los tableros. Thunderpeck se derrumbó en la cubierta. Afuera, los otros tres también habían sido derribados. ¡El risco había abierto enteramente un costado del barco! Y yo me reía...

Estábamos fuera de peligro por el momento, y con las dos hélices aún intactas. La locura que había en mi cabeza me llevó a dar más potencia a los motores. Volví a apagar las alarmas que sonaban, y luego las dejé sonar todas juntas por diversión. El barco se inclinaba hacia el lado en que había sido desgarrado.

Ya no me importaba mirar los indicadores, pero vi que estábamos entrando en aguas menos profundas. Habíamos superado los arrecifes: delante nuestro no había otra cosa sino playa. Aminoré la potencia, pero seguíamos avanzando sin mengua de velocidad. Solté todo el lastre cuando el vapor de las turbinas sobrecargadas llegó a su nivel máximo.

Alan Bator corría por la cubierta. Trepó a la borda, saltó y se hundió en el mar. Me reí al verle desaparecer. Volví a ver su cabeza a popa.

La inclinación se volvía más notable; el agua entraba cada vez con mayor rapidez. La playa aparecía delante como una ola sólida. Más allá podía haber dunas, pétreas y poco acogedoras, prolongándose hasta el corazón del continente. El aliento cálido de África nos esperaba.

—¡Ahhhhhh! —grité.

Encallamos.

Bajo la arena debía haber coral o roca. No había esperado semejante choque... En mi excitación, no había esperado nada. Me aferré desesperadamente al timón y el barco pareció girar alrededor de mi persona.

CAPÍTULO TRES

El doctor Thunderpeck, Abdul Demone y yo sacamos uno de los botes inflables y lo bajamos. No había señales de Di Skumpsby, y nunca supimos qué había sido de él. Debió haber caído por la borda cuando encallamos.

Llevaba provisiones, apiladas a nuestro alrededor en la pequeña balsa. El agua verde se agitaba bajo nosotros como un gigante durmiendo. Y yo seguía aún lleno de una especie de placer enfermizo; pues toda la aventura era real, no una ilusión. A lo que agregaba esta certeza: fuera lo que fuera la realidad, era esto; no negaba que pudiese haber una realidad mayor frente a la cual la vida misma resultase un simulacro, algo que pareciese una sombra a criaturas situadas más allá de nuestra imaginación.

Al acercarnos a la playa tuve la sensación —y la llamo sensación más que reflexión, pues la sentí de un modo tan poderoso que mi piel se erizó— que volvió a mí con frecuencia en la serie de crisis que siguió a nuestra llegada a África: y vuelve ahora, todavía con más fuerza. Pensé que todas las nuevas experiencias eran bienvenidas menos por sí mismas que porque me ofrecían una oportunidad de profundizar en mí mismo.

De un modo oscuro aunque patente, esta idea me pareció una actitud errónea ante la vida. ¿Qué consecuencias tendría este error? ¿Adónde me llevaría?

Caía la oscuridad, pero acallé las protestas de mis dos acompañantes e insistí en que nos dirigiéramos a la playa. El sol se ponía cuando nos deslizamos por última vez por el costado del gran barco detenido; la luz casi se había extinguido cuando llegamos con la balsa a la playa y miramos a nuestro alrededor. A un lado estaba el mar, negro aunque el sonido de las olas sugería una vivacidad que no mostraba. Al otro lado, el desierto, de superficie quebrada. A lo lejos, en la costa, en el lugar donde yo había visto la torre, ardía una luz, trémula en medio del calor.

—Iremos en esa dirección —dije; me sentía lleno de poder, un caudillo—. Hacia allá hay signos de civilización.

Luego, la reacción me abatió. Caí de bruces contra la arena.

Cuando me desperté había un líquido caliente en mi boca. Alguien se inclinaba sobre mí para darme sopa. Una luz y un fuego ardían cerca, transformando el terreno accidentado del rostro de Thunderpeck en una tierra extraña.

—Pronto estará bien —dijo—. Tome esto y no se preocupe.

—Doctor, no estoy loco ¿verdad? Mi cabeza... es decir, el barco..., ¿se ha hundido?

—Claro, claro. Sale la luna. ¿No puede ver el barco?

—No ha sido otra de mis alucinaciones.

Lo señaló, y allí había una montaña de sombras, muy cerca; el *Estrella de Trieste* chapoteando en los bajíos. Suspiré y tomé la sopa, incapaz de hablar.

Abdul sufría una ligera conmoción. Mientras Thunderpeck le atendía me quedé

acostado mirando las estrellas, preguntándome por qué había hecho lo que había hecho. ¿De dónde había venido la enorme satisfacción que sentía? Ahora estábamos expuestos a gran cantidad de azares, y sin embargo no dejaba de regocijarme. ¿Por qué? Todo lo poco que tenía había desaparecido ahora, excepto las cartas de Justine a Peter, que llevaba en un bolsillo. ¿Por qué no sentía pena alguna?

Todo lo que podía responder era que el barco pertenecía a una compañía cuyo dueño era el Granjero. Odiaba al Granjero, y al hundir el buque había causado un daño, por pequeño que fuera, a su vida despreciable. Era el único modo en que había logrado devolver algo de la miseria que habíamos sufrido yo y otros cientos trabajando como labradores en su granja. Y tenía una razón más próxima, aunque entonces casi no me atrevía a pensarla: el Granjero conocía mi traición a Jess... Ahora todo es historia, pero cuando estaba recostado allí en aquella playa, apenas menos fértil que las tierras de que era dueño el Granjero, me adormecí recordando mi época de labrador (el nombre cortés y corriente para designar a un criminal).

Pudo haber sido aquel monstruo caduco en el agua el que me produjo los sueños de la granja. El carguero nuclear era una creación poderosa; y aún así había terminado su carrera. En este sentido se parecía a la granja. Y había un parecido mucho más profundo. En ambos había una cualidad primitiva, una gigantesca fuerza desnuda con la que el hombre no podía convivir sin cambiar. A aquel gigantesco dinosaurio que yacía muerto en la playa lo había matado yo mismo. En cambio, la vida en la granja casi había terminado conmigo...

Los campos eran todos cuadrados u oblongos, y de muchos kilómetros de lado. Cuando uno o dos de ellos limitaban con una de las raras carreteras, allí se construía una aldea. Uso la vieja terminología penal: las ‘aldeas’ eran simples grupos de barracas a los que regresábamos exhaustos por la noche. Aun recordaba con claridad los gritos de los guardias la primera noche. Todo en mi vida se sacudía después del tiempo de prisión bajo la ciudad, y al llegar a aquella mezcla fangosa, de composición desconocida, de usos ni sospechados, de olor nunca sentido antes.

—¡Eh, vosotros; moveos al doble de prisa! ¡Pareced vivos si queréis seguir viviendo!

Cuando marchábamos obedeciendo esos gritos, mirábamos atrás al gran vehículo sin ventanillas que nos había traído; lo odiábamos por habernos traído allí, semisofocados, y sin embargo ahora sentíamos nostalgia de su seguridad protectora, al oír que sus motores volvían a ponerse en marcha y ver que traspasaba las puertas y se iba para siempre.

Extraños cercados —aunque no estaban bien cercados— para impedir la entrada de los gases que salían de la tierra. Desnudarse bajo los gritos: la vieja pérdida de las ropas, ya sufrida antes; el olor de la desnudez. Y también mujeres en este lugar, que no mejoraban de aspecto al estar sin ropa. Un terrible golpe en mi tobillo, gritos para apresurarnos a hacer un bulto con las ropas. Enfermo, mareado y aún así tan sorprendido, deseoso de ver, tímido para mirar. Después todos cayendo unos sobre

otros, y el disgusto de tocar.

Más gritos, pero debían hacerlo adrede, no para dar órdenes, pues se producía demasiada confusión. Un guardia empujándonos, golpeando a una mujer en el pecho y el hombro, abofeteando a un hombre que parecía querer defenderla. Silencio animal en nosotros mientras entregábamos nuestras ropas a una guardiana situada detrás de un mostrador. Aquellos guardias eran a menudo labradores que habían cumplido su pena; incapaces de readaptarse a la vida de las ciudades, permanecían el resto de sus días en las aldeas.

Desnudos, ahora no teníamos nada, nada más que el sudor y la suciedad de nuestros cuerpos. Horribles flaquezas, las hinchazones y deformaciones de la avitaminosis, cientos de forúnculos y manchas, como cosas vivas que crecieran sobre rocas... Entramos en un estrecho corredor en el que nos bañan las duchas. Miedo al agua, codos enrojecidos se hunden en mis costillas. El olor del agua, algo en ella que hiere los ojos. Un viejo con pies defectuosos que se cae de espaldas y gime cuando le ayudamos a levantarse. Su pequeño órgano blanco, una valva marina. Gritos otra vez, empujones hacia otro cuarto.

De nuevo los guardias nos meten prisa. Un joven de mentón fuerte protesta y es golpeado... Lo sacan afuera y le golpean las piernas desnudas; temor de identificarnos con él...

En busca de ropas. El uniforme. Extraña alegría al recibir la chaqueta azul. ¡Nos dan algo! Regalos del Granjero. Nos miramos unos a otros, tímidos. Sabemos que tendremos que conocernos, pero ahora sólo pensamos que el equipo es bueno, de modo que algo resplandece en nuestros rostros. ¿Acaso no es signo de bondad el dar algo, aunque sea con golpes? En fila, tomamos las cosas secretamente complacidos, se nos obliga a vestir nuestros pantalones y blusas de sarga azul. No hay diferencia de sexos, todos son pantalones y blusas. Nos quedamos allí esperando más gritos, todo es extraño. Nos miramos unos a otros, pero no nos atrevemos a hablar. Los guardianes están en la puerta, charlando, riéndose a gritos.

Estamos allí un largo rato. Veo que las mangas de mi túnica son muy cortas; un hombre a mi lado con una marca de nacimiento sobre sus cejas, escarlata —supe más tarde que se llamaba Duffy—, tenía una blusa demasiado grande para él. Nuestros ojos se encontraron. Todo quedó calculado: el provecho, el riesgo. Los guardias hacían sonar sus botas; todas las máquinas del gobierno funcionan del mismo modo: infinita confusión, infinita demora. Me quité la blusa.

Lentamente, Duffy asintió. Sin quitar los ojos de los guardias, se quitó la blusa. Cambiamos de ropa, un arreglo conveniente. De pronto, todos los guardias empezaron a bramar a la vez.

De nuevo tuvimos que trotar, nos llevaron a los dormitorios. Como ganado, nos guiaban hacia una puerta. En la corriente de cuerpos no tuve tiempo ni espacio para meter el brazo en la manga derecha de mi blusa. Al pasar por la puerta, uno de los guardias asestó un terrible golpe sobre mi hombro derecho. Tropecé, caí por los dos

escalones que había afuera y arrastré a otro hombre conmigo. Dolor agudo en mi pierna. El otro sujeto se levantó de inmediato y siguió. A mí me llevó más tiempo. Un guardia que esperaba afuera me sacudió con rudeza. Mi rostro golpeó el borde de la puerta abierta.

Furia y dolor terribles, un ruido muy agudo en mi cabeza. Me empezó a sangrar la nariz. Sorbiendo la sangre, logré llegar al dormitorio cinco del bloque B. Deshecho, caí sobre la primera cama vacía que encontré.

El guardia del dormitorio estaba allí, un hombre que dormía en un extremo de la barraca y estaba a cargo de ella de modo permanente. Supe, al ver segmentos de su persona a través de mis dedos ensangrentados, que vendría a levantarme de la cama. En la furia que tenía, decidí destruirle en el momento mismo en que me tocara. Cerré los puños y me volví para enfrentarme a él. ¡Era Hammer!

—Muchacho —le dijo una vez March Jordill a Hammer, en una de nuestras sesiones nocturnas—, eres un animal raro e infernal, pero si te hubieran dado la oportunidad, no habrías sido un mal ciudadano. Puede parecer un elogio poco generoso, pero es un sello que siempre llevarás en ti, Dios sabrá porqué, por más líos en que te metas. Nadie logrará sacar nada útil de ti, pero nunca serás un ciudadano realmente malo. Te odiarán por eso, así que mantente preparado...

Pero en el dormitorio cinco no odiábamos a Hammer. Aún tenía en sí la bondad negativa que Jordill había reconocido en el muchachito gordo con acné. Por más que nos insultara, por más que nos empujara (y tenía que hacerlo para que nos moviéramos hacia donde nos querían llevar). Tenía compasión, y si no hubiera sido por Hammer, yo no habría sobrevivido a aquellos años arduos. Era duro, mal hablado, y un santo. No es que Hammer pudiera hacer nada por mitigar la horrible crudeza de nuestro modo de vida. El tratamiento médico no existía, no podíamos siquiera lavar nuestra ropa; jamás me cambié el uniforme con que comencé el período de mi sentencia.

—No les importa que vosotros todos reventéis —dijo Hammer una noche—. El cuerpo humano proporciona valiosos fosfatos a la tierra. Valéis más muertos que vivos, ¡y fíjate en toda esa preciosa mugre que llevas encima!

Era cierto que las máquinas y robots eran más valiosos que nosotros en el trabajo. Aún cuando se tratase de mecanismos viejos y estropeados, eran mejores que nosotros. Cada labrador consideraba una cuestión de honor hacer su tarea con la mayor lentitud y desgana posible, sin llegar a merecer un latigazo del capataz.

De toda la gente triste y deshumanizada de nuestra aldea, creo que yo era el único que sabía leer; ese arte arcaico era mi más valiosa posesión. No quise que nadie, ni siquiera Hammer, conociese mi secreto.

Las sirenas nos despertaban temprano, y enseguida una visita de los capataces que nos llevaban a hacer nuestro trabajo. ¡La monotonía de esa vida! Sólo variaba por las estaciones, que ni siquiera el Granjero, allá en su ciudad, podía abolir.

Esos años fueron todo dureza. Pero a veces, entre meses vacíos, había cosas

mejores. Un gesto amable de un hombre puede volver hermoso un día entero. Y en verano el sol brillaba con fuerza, dando a los músculos una vida que les había faltado todo el invierno. También estaban las mujeres de la aldea, con las que podíamos saborear el placer tradicional de los pobres.

También la muerte era importante para hacer a un lado la monotonía. Yo ya no podía reírme de ella como lo hacía cuando Hammer y yo éramos jóvenes, pues allí se mostraba en términos que uno nunca podría aceptar..., una mezcla de colapsos súbitos, sudores, ruidos extraños, vómitos, ojos que miraban y movimientos involuntarios del vientre.

Por todo eso, cuanto más tiempo se trabajaba en una aldea, más fácil se volvía la vida. Aunque el sistema no estaba pensado para admitir la confianza, la tierra no podía ser trabajada sin ella, de modo que a medida que uno demostraba que no estaba loco, se le permitía un grado estrictamente limitado de libertad; libertad que dependía en gran medida del hecho de que no había ningún lugar al que huir.

Puesto que a un hombre nada le parece tolerable excepto lo que considera como verdadera libertad —cualquier cosa que sea—, hasta el mejor de los días estaba marcado por la monotonía, y mi último día en la aldea comenzó de un modo tan poco auspicioso como todos los demás.

Como he dicho, nos obligaban a levantarnos temprano. Nuestros dormitorios eran barracas de plástico dispuestas alrededor de un vestíbulo central. Alrededor de las barracas había una cerca de alambre de espino; más allá estaban los almacenes, los cobertizos para las máquinas y el edificio administrativo; después, más alambre. Alrededor del escuálido campamento se extendían las tierras.

A las seis y media de la mañana salí de mi choza con mi ropa de trabajo, que era un traje de una pieza, ligero pero a prueba de aire, y con un casco. Mantuve la mascarilla abierta pues el día parecía fresco y la fumigación del día anterior en el área no había sido de importancia. Inglaterra en una mañana de mayo puede resultar algo muy bueno. Incluso para un labrador. Uno recuerda el invierno y siente gratitud. El cielo era un lecho de pequeños cirros lanudos; apenas se les podía llamar nubes, pues el brillo del sol las atravesaba. Una niebla amarilla como el sarro de la lengua de un enfermo cubría la tierra, resto de la fumigación de un par de días atrás contra los insectos. El olor irritaba ligeramente la garganta; la mayoría de los hombres mantenía sus mascarillas cerradas, pero yo insistí en mantener la mía abierta, por pura obstinación.

Entré a la sala común. Todo era muy ruidoso allí. Los hombres aún estaban atontados por el sueño y por la temprana hora de la mañana, pero aún así hablaban todo lo que podían, pues lo más probable era que no pudieran volver a dirigirse a un ser humano en todo el resto de la jornada. Así se comportan en el mejor de los casos durante el verano; en invierno, cuando está oscuro, están mucho más tranquilos. En enero las reuniones parecen un depósito de cadáveres.

Una cosa debo decir en favor de la aldea. Mientras uno vive, se espera que

trabaje, de modo que le dan regularmente veinte gramos de proteína animal variada, un día sí y otro no, en la cena. En las ciudades, durante las frecuentes escaseces de alimentos, nunca explicadas, uno puede pasar semanas enteras sin la menor ración de carne. En el orfanato estábamos siempre a media ración, nada de lo cual debe hacer suponer que los desayunos en la aldea resultaban mejores de lo que eran en realidad.

Después de haber comido la terrible sopa que llamaban guiso, había que dirigirse al capataz para averiguar qué trabajo se le asignaba a cada uno. Se busca y cuenta a las personas antes de que salgan al perímetro externo. Luego, de vuelta a los barracones, pues lo ideal es salir antes de las siete. Los inspectores y capataces están allí para asegurarse de que el movimiento se haga con fluidez.

Esa mañana se me dijo que estaba destinado a un lugar a varios kilómetros de distancia, en un punto que ya conocía de antes. Era una hermosa mañana para viajar; subí alegre a un tractor, puse en marcha los coordinadores y salí de inmediato.

¡Ese breve momento de soledad valía más que un plato extra de sopa! Estrictamente hablando, se supone que los capataces del campamento deben ir con cada labrador y entregarlo al capataz del sitio donde va a trabajar. Pero no sólo están permanentemente escasos de personal, sino que además los capataces son hombres perezosos, y a menudo tan enfermos como los hombres a los que deberían vigilar. De modo que, si creen que uno es digno de confianza y no intentará escapar, lo mandan solo a su destino. Saben que no hay ningún lugar adonde ir. Toda la maldita isla es una especie de campo de prisioneros.

Por supuesto, siempre se puede huir y unirse a los Viajeros. Pero oficialmente los Viajeros son considerados una superstición, al igual que las extravagantes religiones que prosperan en los campos, por lo que se hace lo posible para extirparlas. Ha habido casos (o así lo creen fervientemente todos los labradores) en que los Viajeros han sitiado las aldeas, las han quemado, han ahorcado a todos los guardias y capataces, y liberado a todos los presos. Por mi parte, era escéptico; nunca había visto a un Viajero, y mi educación me había predispuesto a no creer en nada que no pudiese ver y tocar.

En el momento de partir empezó a caer una llovizna ligera y neblinosa. En realidad se trataba de insecticida, y los rociadores ya rodeaban los campos, girando sobre la tierra una y otra vez en su ronda matutina, sin dejar un centímetro sin rociar. Encerrado, no sólo en mi traje sino en la cabina del tractor, yo estaba doblemente a salvo. Pasamos un área donde una gran máquina estaba espolvoreando un corrector de clorofila en forma de una densa niebla verde que se mezclaba con la lluvia de insecticida. Allí la cosecha había fallado debido a una erupción de la llamada psychosis de la capa superior de la tierra, y las plantas estaban todas secas y marrones, como ancianos muertos.

Durante un momento me dio la impresión de avanzar por la superficie de un planeta extraño. No era un mundo que yo conociese ni que pudiese tolerarme. Haber salido sin protección en aquella área hubiera significado exponerse a una muerte

instantánea y dolorosa.

Al pensarlo, en mi corazón se agitó como un animal una terrible pena. De un modo u otro, yo no tenía nada. Casi todos los antiguos rasgos de la tierra habían sido eliminados o alterados. Las pequeñas colinas habían sido aplanadas, los arroyos y ríos corrían en línea recta por el paisaje. Al subir por una ligera pendiente recordé que unos pocos años atrás allí había crecido una hilera de grandes árboles. Ahora el viento soplaba sin freno y la tierra aparecía desnuda, siniestra. Había máquinas trabajando. Era mi destino. Fui con mi tarjeta de trabajo hacia el capataz más cercano.

¡Trabajamos duro ese día! Era un trabajo complicado y peligroso..., e innecesario, si es que tengo que decir la verdad.

Al otro lado de la pendiente había un camino, y al otro lado del camino estaba el campo de un granjero diferente. Nuestro Granjero era dueño de muchos miles de kilómetros cuadrados de extensión agrícola. Cuántos no lo sé, pero se decía que su territorio iba desde la costa sur hasta el interior; ninguno de los que vivíamos en la aldea tenía modo de comprobar la veracidad de esta afirmación. Pero sabíamos que nuestro lugar marcaba uno de los límites del norte de su tierra. Era patrullado por veloces cosas automáticas, cosas que aullaban, guiñaban y parecían conversar entre ellas; por lo general, eran las únicas cosas vivas en el área, excepto por el tráfico que no se detenía, y al que no se le permitía detenerse.

Mientras los otros hombres y yo subíamos a los altos pilones para clavar la red, el tránsito corría abajo, coches y GEMs que pasaban por la carretera transportando en su interior hermético a los pasajeros, de una ciudad a otra.

En la ciudad vivía el Granjero. No conocíamos su nombre; estaba demasiado por encima de nosotros como para que su nombre fuera conocido en la aldea, ni siquiera por los capataces. Por cuestiones de eficiencia, las granjas se habían ido volviendo más y más grandes, devorando a las pequeñas unidades improductivas. A medida que crecía la población, las granjas tenían que crecer. Y en nombre de la misma frágil diosa Eficiencia, los ferrocarriles se habían ido simplificando desde hacía mucho tiempo, hasta quedar reducidos a un esqueleto de líneas rápidas que unían puntos distantes, con cargas inimaginables; su contacto con la gente común se volvía cada vez más raro.

A medida que la población crecía y se necesitaba más tierra para la agricultura, el sistema de caminos sufrió la misma simplificación drástica en interés de la misma diosa. Sólo quedaron permitidas algunas pocas carreteras; formaban una red tan regular que no hubiera quedado fuera de lugar en un libro de geometría.

No fue sin deliberación que los expertos eliminaron la mayoría de las carreteras y líneas férreas, pues entre los santos de la diosa Eficiencia existe uno llamado Centralización. Y se servía a la Centralización amputando los sistemas de transporte. Como resultado de la amputación, muchas aldeas y aun ciudades, comenzaron a morir. Así aumentó la Eficiencia, y la Centralización quedó establecida.

Las únicas unidades urbanas eran ahora las ciudades gigantes, y las magras

aldeas, que en épocas más felices habrían sido llamadas campos de trabajos forzados. Pero en nuestro iluminado presente las prisiones fueron eliminadas, y el delito más trivial se pagaba trabajando en la tierra; algunos lo llamaban ‘rusticación’.

Pese a toda la maquinaria empleada en la tierra, había mucho trabajo para los hombres en labores que suponían demasiado riesgo para las máquinas. Nuestro trabajo en los pilones era demasiado precario y difícil para las máquinas inventadas hasta aquel momento. Los pilones estaban a lo largo de la línea donde antes habían crecido los árboles, y nuestro trabajo consistía en colgar de ellos una inmensa red de metal a una altura que variaba entre dos y quince metros. Y mientras yo trepaba y clavaba y remachaba, maldecía al Granjero que debía estar sentado en su oficina, en la ciudad distante, revolviendo los papeles sin ver nunca el desdichado territorio del que era dueño. En esa época mis conocimientos no me permitían maldecir al sistema que había producido un hombre así.

Inmediatamente debajo de mí, la tierra estaba rota y erosionada. El subsuelo, estéril, quedaba al descubierto. Eso era lo que había pasado al desaparecer el abrigo y la sujeción que proporcionaban los árboles, a su vez, cortados para eliminar a los pájaros, que eran cazados en todas partes pues difundían enfermedades vegetales. Ahora construíamos sustitutos de los árboles; actuarían como biombos contra el viento, al igual que habían hecho los árboles, e impedían que el viento siguiera llevándose la tierra. Nadie admitía que esta maniobra mostraba una falla básica del sistema.

A medida que el hombre situado debajo de mí desenrollaba la tela metálica y yo la aseguraba, íbamos subiendo por el pilón. Llegué a ver la ciudad más próxima; sus atestados techos se hicieron visibles a través de la niebla. Estaba posada sobre una plataforma gigante, alzada sobre postes a gran nivel sobre la tierra circundante, a una altura en la que los venenos del aire del campo no llegaban a sus habitantes.

Me recorrió un estremecimiento de nostalgia, aunque conocía el hacinamiento de las oscuras calles de la metrópolis. Desde mi altura podía ver algo más; a un lado del camino, a poca distancia de donde estábamos, se alzaban las ruinas de una de las viejas ciudades caducas por el establecimiento de la nueva red de caminos. Una gran parte de ella había sido eliminada para disponer de más tierra cultivable, pero quedaba mucho en pie.

Dos años antes, yo mismo había trabajado en la tarea de echar abajo los restos de la ciudad. Un labrador debía trabajar en lo que se le ordenara durante el tiempo de su rusticación. Allí, en aquellas ruinas, encontré un depósito secreto de libros y llevé de contrabando algunos a la aldea. Los tenía ocultos bajo mi litera.

Decidí visitar las ruinas y ver si podía hallar algo más. Me devoraba el deseo de hacer algo prohibido.

Trabajamos todo el día, con un alto al mediodía para beber una sopa de nabos que ofrecía la cantina móvil. A la hora de dispersarse, cuando sonó la sirena, me fue fácil dirigirme hacia las ruinas de la ciudad, puesto que yo era el único de nuestra aldea

por aquel lugar. A ninguno de los capataces le importaba lo que hacíamos una vez que habían marcado nuestras tarjetas de trabajo.

Me mantuve bajo la línea de la cuesta, fuera de la vista de las cosas que se chillaban mutuamente mientras patrullaban el camino. Las ruinas estaban oscuras, cenagosas, prometedoras. Mi tractor abrió una senda en una gran pila de piedras frente a ellas. Con una curva cerrada, entré entre dos casas, allí donde había habido un comercio. Inmediatamente quedé fuera de la vista de cualquier guardia.

El factor tiempo era importante; en la aldea esperarían mi llegada después de cierto tiempo del toque de la sirena, sino me quedaría sin cena y tendría reclusión. Con todo, me quedé inmóvil un momento tratando de sentir el sitio en que habían vivido mis ancestros, fueran quienes fuesen aquellos optimistas sin rostro.

La vidriera del comercio ante el que me había detenido estaba rota. En el interior reinaba la oscuridad, la oscuridad y cosas desmoronadas. Las casas eran apenas restos de casas, cáscaras vacías, todo lo demás había sido comido por los elementos. Las apisonadoras habían amontonado frente a ellas piedras que llegaban hasta las ventanas superiores. No podría haber sido más desolador. La desolación era subrayada por la visión de rejas desnudas y de plantas que luchaban por sobrevivir entre los edificios. Aún así, se veía allí el fantasma de un orden de vida más humano, de los tiempos en que la unidad de masas no había llegado aún a ser la norma. Allí estaba el cadáver de un mundo en el que el individuo había tenido cierta dignidad.

Bajé mi mascarilla y salí del tractor. Caminando rápido me interné entre los edificios. Aquélla había sido algo así como la parte central de la ciudad; reconocí el edificio del que había sacado los libros, sin saber qué tipo de edificio podría ser. En los libros mismos había encontrado posibles nombres para él: librería, biblioteca, museo, sala de lectura; pero en realidad no sabía cuál le correspondía ni cuál era la diferencia entre esos distintos nombres.

El lugar estaba más ruinoso que nunca. Las apisonadoras habían echado abajo toda la fachada antes de suspender la operación. Me introduje en un lugar sombrío por una entrada trasera. Mi corazón latía con violencia, mis nervios estaban tensos.

Algo se movió en la ventana junto a la que pasé. Me volví. Dos hombres entraron de un salto y me tomaron violentamente de los brazos. Antes de que pudiera luchar, una mano sucia aferró mi mascarilla y me obligó a echar atrás la cabeza.

Vieron la estrella amarilla en el pecho de mi traje.

—¡Es sólo un labrador! —dijo uno de ellos.

Me permitieron erguirme, aunque todavía me agarraban con fuerza.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—Nosotros haremos las preguntas. Muévete, labrador. El jefe querrá verte —uno de ellos sacó un cuchillo. Tomó mi traje, clavó el cuchillo en él y produjo un corte de unos diez centímetros de largo. Sentí horror y apreté los bordes del corte para que no se escapara el aire puro. Era el procedimiento común para tratar con quien pudiera causar problemas; con un corte en el traje, uno está demasiado ocupado como para

hacer algo más.

La emoción directamente me provocó una alucinación.

Los hombres me llevaron de un edificio ruinoso a otro que yo no había visto antes. Estaba milagrosamente conservado. El interior estaba amueblado en el estilo de la época más lujosa, con cortinas hechas de elementos naturales por todas partes, y grandes instrumentos musicales oscuros en un rincón, y plantas no usadas para comer, maderas de verdad y extraños muebles sobre los que sentarse.

Un hombre gordo, de los que rara vez se ven fuera de los hospitales, estaba sentado a la mesa. Comía antiguos tipos de comida, muy coloreada, con instrumentos complicados. Cuando entré, dejó de ocuparse de su comida y se levantó. Me obligaron a adelantarme.

—¿Tiene algo de valor? —me preguntó.

En mi bolsillo tenía la fotografía de alguien. Era alguien a quien había amado, alguien que había dependido de mí, o que yo había abandonado. Hombre o mujer, no sabía quién había sido ni si me había abandonado a mí, pero el amor aún predominaba en la relación, que seguía siendo fuerte aunque había sido interrumpida mucho tiempo atrás. Aquella fotografía era sólo mía, mi valioso símbolo de aquella persona.

Apreté convulsivamente el bolsillo. Ponía todas mis fuerzas en ello.

—No tengo nada para usted —dije.

El hombre gordo sonrió y dijo:

—Debes tener algo, imbécil. Estamos en el siglo xx, no en el xxii; todos conservan aún sus posesiones.

Los hombres me sacaron la mano del bolsillo. Yo aferraba en el puño derecho mi fotografía. Me doblaron el brazo sobre el borde de la mesa. Uno de ellos dio la vuelta a mi mano con un violento gesto. El dolor me subió por todo el brazo y el hombro. Grité y la fotografía cayó al suelo. El hombre gordo la tomó y caminó con ella hacia un gran tanque situado junto a la ventana. Corrí tras él. El tanque estaba lleno de un líquido con un olor que me era familiar; ¡tantas veces lo había percibido, despierto y en sueños...! Era un hidrocarburo clorinado, llamado oxbenceno. Lo usábamos diluido, una parte en diez mil de agua, para eliminar las plagas más resistentes. El hombre gordo hundió en él la fotografía.

Vi aquel rostro adorado doblarse en el líquido y desaparecer, casi parecía sufrir al deformarse. Hundí mi mano en el líquido para salvarlo.

El amado retrato estaba casi en mi poder cuando mi brazo comenzó a disolverse. Una parálisis letal subía por mis venas. En el líquido nada sobrevivía. Con la boca abierta, en un gesto de vergüenza y miedo, caí hacia atrás, agitando el resto de mi brazo. La disolución ya alcanzaba al hombro.

La horrible alucinación terminó y me devolvió al mundo real, llorando aún, como seguiría haciéndolo siempre.

Yacía sobre un montón de bolsas en una sala en ruinas, oscura. Un grupo de

hombres andrajosos me miraba. Así fue como me encontré por primera vez en compañía de los Viajeros.

CAPÍTULO CUATRO

Y así he llegado, al fin, a los Viajeros, después de trabajar dos meses —o no trabajar, lo que es peor— en este manuscrito. Quizá debí haber comenzado con ellos, puesto que son una parte tan importante de mi vida; pues aunque les acompañé apenas un corto período, su carácter extraño tenía una fuerza tremenda; en su sistema había lugar para la confianza y la caridad. Y esto, a pesar de que eran los más perseguidos de los hombres. Y lo que es más importante, los Viajeros representaban una especie de iniciativa para el futuro en un continente lleno de callejones sin salida.

No. No logré empezar con ellos. Se necesita valor para escribir, y el valor crece más con el ejemplo propio que con el ajeno. Se necesita valor porque escribir es confesar, y mi mayor confesión debe aparecer en esta parte del relato. Amé a los Viajeros, pero traicioné a Jess. Asimismo, he recuperado el sentimiento de la escritura; he logrado una especie de resurrección de esta antigua forma artística; ¡disposiciones sintácticas, mecanismos semánticos, venid todos en mi ayuda, permitidme expresar mis pensamientos a nadie! O quizá después de esta guerra los restos de la humanidad volverán a descubrir las cavernas, y en el fondo de ellas volverán a confinar su lenguaje en el papel, y así volverán a aprender a leer. (Por supuesto, en mi corazón albergo esta esperanza).

... pero comprenderán? ¿Habré dicho demasiado, o tal vez demasiado poco? ¿He hecho bien en omitir los inviernos en la ciudad y la inconsistencia de mi arresto, la claridad de la nieve en las ciudades, la desesperación, la certidumbre de que la vida sería cada vez peor? ¿Debí referirme a mis alucinaciones, tan reales entonces y ahora, después de años, tan repugnantes? ¿Debí llenar el libro de notas al pie, imitando algunos de los que poseo?

Ya no existe modo de resolver estos problemas. Las convenciones se han derrumbado como viejos puentes. A un lado del golfo está la mente, eterna, intacta; al otro el cuerpo, que corre, salta, sangra. Es mejor copiar el método de las novelas de suspense que suelo encontrar en las pilas de viejos libros (transformadas, por el paso de doscientos años, en los más sutiles indicadores de aquellos viejos tiempos de plenitud), y limitarme al cuerpo. La mente puede ocuparse de sí misma, como lo ha venido haciendo desde el comienzo; no es tan lista como el cuerpo, pero puede sobrevivir. Y cuando ya no pueda resistirlo, saldré a la superficie y seré mi propio editor y comentarista.

Después de esta introducción, el lector deberá imaginar mis sentimientos; estoy recostado sobre las bolsas, mirando a esos hombres andrajosos. Nadie hablaba, yo no podía hacerlo, mi cerebro seguía embotado por la sensación de haber perdido el brazo. El aliento se me agolpaba en la garganta, y sólo cambió su ritmo cuando el líder de los Viajeros se inclinó para mirarme.

Los rostros de todos, salvo el suyo, eran los rostros de los hombres y mujeres de la época: consumidos y secos por los efectos de la mala nutrición constante y la

duresa de la vida, rostros en los que podía leerse la determinación de luchar lo poco que pudieran, y esa especie de inteligencia que se conoce con el nombre de astucia. Las mujeres, casi asexuadas en sus toscas ropas, apenas si tenían un aspecto menos rudo que los hombres. Aunque el salón estaba oscuro, vi claramente sus rostros; la puerta había sido transformada en una especie de basto filtro de aire para impedir que entrasen los gases, y pocos de ellos usaban ropa de tierra.

El rostro del líder era diferente de los otros. Sus arrugas habían adquirido un ascetismo que trascendía el hambre. Se notaba de inmediato no sólo que había sufrido, pues nadie en el presente había escapado de eso, sino que era un hombre cuyo espíritu había transformado ese sufrimiento en algo más grande. Antes de poner los ojos en él, yo nunca había apreciado la diferencia entre soportar y perdurar. En el momento en que le vi, y aunque nunca en mi vida había visto un rostro así, supe que de él podía esperar piedad.

Llevaba en la mano una especie de tela adhesiva, y con ella cerró el tajo que habían abierto sus hombres en mi traje. Durante todo ese tiempo, me miró con ojos penetrantes.

—Está enfermo, amigo —dijo—. ¡Ha estado hablando en sueños! Suba su mascarilla y déjenos verle la cara. Es un labrador, ¿no es cierto?

—Tengo que volver a la aldea —le dije—. Si no, llegaré tarde; y usted sabe lo que eso significa: las celdas o la Casa del Gas.

—Le aconsejaría que se quede con nosotros —dijo.

Una de las mujeres agregó:

—No podemos permitirle que se vaya, ahora que lo tenemos, Jess. Podría hablarles a los guardias de nosotros. Ahora es un Viajero...

¡Jess! ¡Aquel hombre era Jess! En todas las aldeas de prisioneros ése era el nombre que se mencionaba cada vez que se hablaba de los Viajeros. Para los labradores significaba esperanza; para los capataces, miedo. Yo sabía que su vida era una leyenda, y que había una recompensa por su cabeza.

Jess me dijo:

—Todos hemos sido labradores, convictos sentenciados a trabajar la tierra, como usted. Hemos escapado. Nos liberamos y ahora no obedecemos otra ley que la nuestra. ¿Se unirá a nosotros?

—Pero ¿adónde van? No hay ningún lugar adonde ir —dije.

—Eso se lo diremos a su debido tiempo. Primero debemos saber si se unirá a nosotros.

Me miré las manos. En realidad, no era una pregunta a la que tuviera libertad para responder como quisiera; esa clase de preguntas había desaparecido del mundo. Pensé que si quería salvar mi vida había una sola respuesta. Ahora sabía dónde se ocultaban y no me dejarían volver a la aldea.

—Me unirá a vosotros —dije.

—Su tractor nos será útil, de cualquier modo —dijo uno de los hombres—.

Podremos usarlo...

—No —dijo Jess—. Muy pronto echarán de menos una máquina, a los hombres los persiguen menos, son menos importantes. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Knowle Noland.

—Llámeme Jess. Los Viajeros formamos una hermandad, y pronto nos conocerá a todos. Lo poco que tenemos lo compartimos.

—He oído antes mencionar su nombre.

—Está bien, Knowle. Vaya y ponga en marcha su tractor. Haga un buen trecho en dirección a la aldea, apártelo lo más posible de esta dirección, salte y vuelva aquí.

Volví a cerrar mi mascarilla. Todos me miraban en silencio, hostiles. Sentía su falta de confianza. Sin una palabra me volví y pasé por entre las mantas húmedas que formaban el filtro de aire de la puerta. Afuera, la calma de la noche empezaba a caer sobre las ruinas de la ciudad. Dos centinelas estaban ocultos entre las piedras. Me miraron sin hablar.

Pasé a poca distancia del lugar donde me habían capturado. Llegué a mi tractor, trepé a él y lo puse en marcha. Lentamente lo saqué de las ruinas y apunté su nariz hacia los kilómetros vacíos de campo abierto.

No sabía cómo sería la vida entre los Viajeros, salvo que resultaría inimaginablemente dura. La vida en la aldea era algo que conocía. Si volvía con rapidez, el peor castigo que recibiría sería una semana en la Casa del Gas. La Casa del Gas era el sobrenombre de la fábrica a la que iban a parar los productos de la tierra, antes de que los transportes automáticos los llevaran a la ciudad. Había una en cada aldea.

En esta fábrica, mediante continuos rociados se eliminaban todos los venenos con que se había alimentado a los productos: fosfatos, potasio, magnesio, y los insecticidas y arsénicos con que se los había protegido. Manejar esos rociados, manipular los comestibles, no era en sí un castigo duro. Pero cada semana en esa atmósfera envenenada equivalía a un año menos de vida. A los robots no se los metía allí; se estropeaban y eran demasiado valiosos para arriesgarlos. Al oír el motor del tractor, miré las ruinas. Vi media docena de cabezas, media docena de rifles. Me cubrían.

Comprendía que dispararían si yo trataba de huir a la aldea, y sin pensarlo mucho más, puse una herramienta pesada sobre el pedal del acelerador y salté. Durante un momento me quedé inmóvil mirando a la máquina que se alejaba hacia la tierra abierta, en línea recta hacia una plantación de repollos. Entonces volví a las ruinas.

—No es tan inteligente como había esperado —le dije a Jess—. Las huellas del tractor serán fácilmente visibles para cualquiera que se tome el trabajo de investigar.

—Nos iremos de aquí dentro de una o dos horas, cuando oscurezca —dijo—. Venga con nosotros y coma, ahora es un Viajero.

La sopa era agua de verduras. La carne era de una vaca que habían robado de un corral, a algunos kilómetros de distancia. La bestia había sido alimentada con

stilbestrol, para acelerar su crecimiento; su carne era algodonosa, y obviamente carecía de las sustancias nutritivas básicas. El stilbestrol mismo era cancerígeno; eso se sabía desde doscientos años atrás; pero no había elección, y en consecuencia la comíamos. En la enloquecida carrera por mantener el nivel de producción de comida a la altura del aumento de población, no quedó en el planeta ninguna comida que los antiguos hubieran podido calificar de pura, excepto quizás en algunos remotos rincones del planeta.

Pero si la comida era mala, descubrí que la compañía en cambio era buena. Aquellos proscritos me aceptaban con bastante facilidad como uno de ellos (aunque tuve el cuidado de no dejarles saber que podía leer, pues no tardé en descubrir que todos ellos, incluso Jess, eran analfabetos). Así es como llegué a conocer algo sobre el modo de vida de los Viajeros.

No puedo decir que me haya transformado en uno de ellos. Tampoco estuve allí mucho tiempo, pero sin embargo esa experiencia fue vital, y algunas de las lecciones de supervivencia que aprendí entonces, con Jess, Garry, Haagman y los otros, me han sido útiles hace poco. Y el soplo de libertad que sentí..., era algo tan nuevo que en su momento me asustó. Pero desde entonces, ha seguido creciendo dentro de mí...

Casi antes de terminar la comida empezaron a reunir sus pocas cosas. Salieron en fila india a la oscuridad circundante. Cuando me levanté, Jess me detuvo.

—Debo preguntarle una cosa, Knowle —me dijo—. Nuestro mayor problema no es el enemigo sino la enfermedad. Los cancerosos no nos preocupan, porque el proceso no es infeccioso, pero a veces debemos desprendernos de quienes sufren tuberculosis u otras enfermedades. Pues bien, cuando le trajeron a usted a mi presencia estaba en un estado de inconsciencia, gritando sobre la pérdida de algo o de alguien. Tendrá que decirme qué mal es el que le aqueja.

Incliné la cabeza. Traté de encontrar las palabras. En realidad estaba muy avergonzado de mi dolencia.

—Si es algo de índole mental, no nos importa. De todos modos, la mayoría de nosotros está mentalmente enferma.

En voz baja le dije:

—Fue una especie de alimento envenenado que comí de niño en el centro de huérfanos de la ciudad. Un médico dijo que había afectado parte de mi cerebro y retina. Lo llamó un escotoma escintilante creo, y algo más que no recuerdo. Fue por eso que me arrestaron y tuve que servir como labrador; un día tuve una especie de visión cuando estaba en la calle, caminé en sentido opuesto al del tránsito y un ómnibus tuvo que desviarse a la acera. Por eso me sentenciaron a trabajar en la aldea.

Me respondió amablemente:

—Tendrá que llegar a ser uno de nosotros con la mente tanto como con el cuerpo. Es su única esperanza de sobrevivir. Tenemos un talento especial para reconocer a los que pueden traicionarnos. Sabremos cuándo usted se habrá convertido realmente en un Viajero en cuerpo y alma, y entonces podrá tomar una mujer y todos nos

ocuparemos de usted, pase lo que pase; ningún Viajero de verdad deserta o traiciona a otro.

—No piense que voy a traicionarles; no soy de esa clase —dije con mal humor.

Con calma infinita me miró a los ojos. Su mirada parecía tan aguda como si fuera a introducirse en mis pensamientos más íntimos.

—Si se queda con nosotros el tiempo suficiente llegará a conocerse a sí mismo. Eso es lo que hace digna de vivirse la vida de un Viajero; es posible escapar a los guardias, pero no de uno mismo. Cuando llegue ese día comprenderá dónde está la traición.

Recordé con amargura esas palabras mucho después, aunque en ese momento apenas si les encontré sentido. Debo decir esto: en aquella banda de andrajosos desesperados, creo que sobrevivía todo lo que quedaba de la nobleza del antiguo modo de vida, rebajada, marcada por las necesidades de la vida, pero aún evidente. Y Jess mantenía vivo ese espíritu entre los otros. Sin él, algunos no se hubieran diferenciado de los lobos.

Pronto hubo oscurecido y nos pusimos en movimiento.

Marché al lado de un hombre llamado Garry, que hablaba con suavidad y rara vez sonreía. Su silencio me hizo sentir que era bienvenido. Caminábamos en parejas, cada una bastante separada de la otra.

Delante de nosotros, un *Iron Wing*^[2] solitario espolvoreaba un sembradío. No le prestamos atención. Era manejado por robots y no nos vería. Nos alejamos de la aldea de la que yo provenía. La intranquilidad creció dentro de mí. Deseaba volver al mundo que conocía, a Hammer, a la rutina familiar. No deseaba ser un Viajero, verme obligado a cruzar una y otra vez la tierra sin esperanzas y sin hogar. Pero, ¿cómo podría escapar de aquella banda?

Los Viajeros formaban una sociedad libre dentro de la gran prisión que era Inglaterra. Como las condiciones del campo eran tan adversas a la vida, sólo hombres y mujeres convictos de ‘crímenes’ trabajaban allí. Para mantener la cantidad de trabajadores en el campo, las leyes de las grandes ciudades habían ido haciéndose cada vez más estrictas, de modo que hubiera nuevas infracciones que proporcionaran más mano de obra. Pero algunos de estos trabajadores se escapaban de las aldeas y formaban bandas.

No había ninguna esperanza de que pudieran volver a las ciudades con sus familias. Las ciudades, montadas en sus altas plataformas sobre tierra, impedían toda entrada ilegal. De modo que los Viajeros viajaban; vivían tan libremente como era posible dentro de esa amplia cárcel, hasta que eran atrapados por las máquinas, los perros o los hombres.

Demostrábamos que éramos libres. Caminamos hasta el amanecer, y acampamos en un viejo almacén inutilizado, al borde de una importante carretera. Aunque no habíamos viajado muy aprisa, la marcha me había dejado exhausto pues no estaba habituado a aquel tipo de ejercicio. Pero ahora comprendía porqué eran una leyenda:

iban y venían según se les antojaba, con frecuencia por caminos que sólo ellos conocían; emigraban e hibernaban, aparecían y desaparecían.

—¿Adónde nos dirigimos? —le pregunté a Garry.

Nombró el lugar sin dar muchos detalles, como si aún no tuviese mucha confianza en mí. Me dijo que estábamos escoltando a dos hombres que simplemente pasaban por este territorio. Provenían del norte y pasarían a otra banda de Viajeros más al sur. Se dirigían al mar y tenían esperanzas de llegar al África y a la libertad.

—¿Nosotros no vamos a la costa? —pregunté.

Sacudió la cabeza. Describió la costa, que yo nunca había visto, y el mar que golpeaba eternamente contra una orilla de cemento, plástico y metal... pues las antiguas playas habían desaparecido a causa de la avidez de los fabricantes de tierra artificial.

Se recostó a dormir. Por mi parte, a pesar del cansancio estuve despierto hasta mucho después que la luz del día se insinuó por el centenar de agujeros de nuestro refugio.

En los días que siguieron fui aprendiendo más y más sobre la vida de los Viajeros. Aunque la admiraba, una especie de temor me impedía sentirme parte de ella.

El mismo Jess nunca hacía ningún intento de ampliar su libertad, aunque ayudaba a muchos otros. Vivía su vida desesperada en el corazón del reino del enemigo. Y lo mismo hacían sus seguidores más fieles. Algunos de los hombres —ahora que sus rostros se volvían más individualizados y menos extraños para mí supe que eran unos veinticinco— me dijeron que era bastante simple seguir en libertad en tanto se mantuvieran lejos de las aldeas y no se aventuraran por los caminos, todos ellos patrullados por robots.

—Además, los robots son tontos —afirmó una de las mujeres—. Al confiar tanto en sus máquinas, los Granjeros no comprenden cuánta libertad nos dan.

—¿Pero qué libertad es esta? —gruñó el hombre que estaba a su lado—. La libertad de morir lejos del médico y de morirse de hambre en invierno. Hace un par de inviernos pasé dos meses en una aldea al norte de aquí, a la sombra de la muerte. Fue un milagro que saliera con vida. Si no fuera por Nan no estaría aquí... Os digo que es bueno ser un Viajero en esta época del año, cuando puede verse el sol a través de estas nieblas malolientes, pero cuando empiezan las heladas... Ah, el invierno es cruel. Todos los veranos desperdicio los días de sol pensando en los de frío que nos esperan...

—Cuando vuelve la primavera todo se olvida —dijo Jess—. De un modo u otro, los pájaros siempre vuelven; por más que los insensatos traten de matarlos, vuelven de Rusia y de África y de Escandinavia. Y todos esos venenos de semillas que ponen, y que llegan a marchitar hasta la col más robusta, no impiden que florezcan la vellowita y la ortiga y el botón de oro. Y nosotros los viajeros sabemos que somos hombres de verdad cuando escuchamos el canto del cuclillo, ¿no es cierto muchachos?

Aquella mujer, Nan, me atraía. Era más joven que el hombre con el que dormía, más limpia que la mayoría de ellos, y tenía unos maravillosos ojos azules. Me acostumbré a acostarme cerca de ella para poder observarla. Solía complacer mis ojos en la curva de sus piernas, casi rectas por delante, y suavemente abultadas en las pantorrillas. A veces echaba una mirada al magnífico grosor de sus muslos. Ella se preocupaba por sus piernas, y me vio mirándolas. Ella y Jess me hicieron desear ser un Viajero; pero aún soñaba con escapar, pues la libertad me importaba poco... Quiero decir, lo que ellos llamaban libertad.

Nan me habló. La noche que entregamos a los hombres que trataban de llegar a África nos encontramos con otro grupo de Viajeros en escondrijos subterráneos donde había habido una antigua mina. Allí nos sentíamos seguros, y lo celebramos. Llevé a Nan conmigo, a una galería donde estábamos solos y apenas si llegaban las luces de las linternas. El olor de la tierra era más limpio que cualquier olor que se sintiera en la superficie.

Allí, deslicé mis manos sobre esas piernas que tanto admiraba. Sentí su cuerpo generoso y puse mi lengua entre sus labios. Me lo permitió por un momento, me dejó hacer, y hasta me ayudó; luego se apartó.

—¡No puedes, Knowle; sabes que no puedes! ¡No eres un Viajero!

Discutimos. Al fin me explicó lo que quería decir. Había un ritual de aceptación al volverse Viajero. Cuando se decidía aceptar a un miembro, se le esterilizaba, sólo así se volvía un miembro pleno de la banda. Sólo entonces podía tener una mujer, no antes. En aquella vida azarosa, los niños hubieran sido una carga demasiado pesada para los Viajeros. Para una mujer Viajera, la preñez equivalía a una sentencia de muerte.

Todo lo bueno exige un sacrificio; nunca conocí ejemplo más amargo de tal verdad.

Ese mismo día, la sorpresa de aquel descubrimiento me produjo una alucinación. Cuando desperté, Garry y Jess estaban arrodillados a mi lado, humedeciéndome la cara. Me habían amordazado: había estado gritando tan fuerte que aun en el fondo de la mina se habían alarmado.

Débilmente me levanté y acepté la sopa. Ya volvían a ponerse en marcha y debíamos regresar por el mismo camino por el que habíamos venido. Era esa época del otoño en que las hojas caen de los árboles, aunque éstos todavía no están desnudos. Las noches en las que viajábamos eran frías y ventosas, y yo me convencía cada vez más de que nunca sería un Viajero.

Llegó la noche en que volvíamos a dormir en el almacén de las ruinas. En la marcha de la noche siguiente reconocí el paisaje. Aunque se diferenciaba muy poco de las tierras que habíamos recorrido, lo reconocí porque había trabajado muchas veces en él. ¡Estábamos otra vez cerca de mi aldea! Hammer roncaba a menos de un kilómetro de distancia, en el dormitorio cinco.

Si volvía... Pero me castigarían, a menos que pudiera ofrecerles algo de valor

para ellos; y de inmediato supe cuál era esa cosa de valor.

No bien mis pensamientos tomaron ese rumbo, me convertí en un poseso. Debía actuar ahora en aquel mismo momento, o no lo haría nunca. Mi plan, aunque idiota, era lo bastante bueno para el lugar en que me encontraba.

Emití un breve grito y caí boca abajo en la tierra.

—Levántate, pies de palo —dijo Garry, deteniéndose; yo gemí y él se inclinó sobre mí.

Los dos hombres que venían detrás, llegaron y se detuvieron. Yo seguí gimiendo, cada vez más fuerte.

Aunque no podía ver nada, oí que los Viajeros comenzaban a reunirse a mi alrededor.

—Dispersaos, estúpidos —dijo una mujer.

Alguien me alzó con rudeza y me dio la vuelta para poder ver a través de mi mascarilla. Lancé unos gritos más, y luego pasé a una especie de llanto que era más fácil de mantener.

—Tiene otro de sus malditos ataques; será mejor que le abandonemos —dijo uno, y hubo gruñidos de aprobación.

—No es un Viajero... Estará muerto por la mañana; dejémosle a la granja un poco de buen fertilizante —declaró otra voz, que muy pronto pude reconocer como la de Haagman.

Me volvieron a dejar caer. Entonces oí la voz de Jess.

—Fuimos nosotros quienes le obligamos a unirse al grupo. Es uno de los nuestros, ¿qué tiene que ver el tiempo que haya pasado con nosotros? ¿Somos tan miserables como para dejarle morir aquí?

—No me vengas con esas viejas tonterías, Jess —dijo Haagman con dureza—. Sabes que sí, somos miserables. Y sabes también que él no es aún un Viajero. Sigamos.

Pero la voz de Nan salió de la oscuridad:

—Knowle sufre, Haagman.

—¿Y quién no? ¡El muchacho se muere! ¡Escuchad!

—Más razón para no abandonarle —dijo Garry.

Volvió a oírse la voz de Jess, cortante y decisiva.

—Tú Haagman, y tú Garry, coged por los brazos a Knowle y sigamos. Llevadlo con cuidado.

Una vez tomada la decisión, nadie la discutió. Sentí sus manos tratando de asirme... Y en ese momento ¡se encendieron las luces!

Al instante supe que nos habían descubierto. Quizás mis ruidos habían delatado nuestra posición. Aunque mi sangre se heló, no supe si debía alegrarme o lamentarlo. Pero de inmediato sucedió algo que me hizo perder enteramente la calma. Los hombres bravos y duros que se llamaban mutuamente Viajeros se derrumbaron y aullaron de terror. Mi sorpresa y horror fueron tales que me senté y abrí los ojos,

también yo dejé escapar un estrangulado grito de miedo... Estábamos rodeados por una hilera de demonios.

Eran seis. Estaban vestidos de metal y brillaban en medio de la luz que sostenían sus compañeros. De sus cabezas salían dos cuernos, sus ojos despedían un fulgor rojizo que sugería el fuego del infierno.

En un minuto les reconocí. Era toda la patrulla nocturna de la aldea; los Viajeros habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino. Eran sólo máquinas, máquinas de un modelo nuevo introducido apenas un mes antes de que yo huyera, era obvio que los Viajeros las veían por primera vez; sin duda que la sorpresa que daban tenía un gran valor, al materializarse de entre las sombras, como lo habían hecho. Detrás había dos figuras humanas: el comandante de guardias y su lugarteniente. Dieron un paso adelante con las armas levantadas.

—Estáis todos bajo arresto. Un solo falso movimiento y disparamos a matar.

Como si quisiera verificar sus palabras, uno de los Viajeros se puso de pie y saltó entre dos de los robots demonios; ambas máquinas se dispararon, el hombre cayó de bruces y oímos crujir sus huesos antes de que tocara el suelo.

Nos ordenaron que nos levantásemos. Cubiertos por los robots, los guardias nos quitaron todas las armas, para lo cual nos abrieron los trajes de tierra. En aquel momento un helicóptero zumbaba sobre nuestras cabezas, cubriéndonos con la luz que proyectaba, y que era tan fuerte que reducía a la nada a los astros en el cielo.

Luego tuvimos que empezar a andar.

No fuimos hacia la aldea, como yo había esperado. Nos llevaron por otro camino. Caminamos sin detenernos durante cuatro horas... No, no fue sin detenernos pues en un momento dos de los hombres trataron de escapar; uno en una dirección, y otro en otra. Los demonios les calcinaron al instante.

Al fin, llegamos a un edificio bajo que yo nunca había visto antes. Estaba aislado en medio del campo. Tenía sólo una puerta baja, carecía de ventanas. No bien lo vi mi corazón comenzó a martillar. El solo aspecto del edificio me decía que en él nada bueno sucedería. Cada una de sus líneas proclamaba que existía para algún mal propósito.

CAPÍTULO CINCO

El terror irracional que se apoderó de mí cuando nos aproximamos a ese siniestro edificio debió producirme otra de mis lamentables alucinaciones. Si es así, soy incapaz de recordar sus detalles; eso es lo peor. Cuando recordaba las alucinaciones, a veces con tanta claridad que de ahí en adelante llegaban a ser casi una parte de mi vida, eran bastante dolorosas; pero cuando las olvidaba y no podía recordar ni un solo detalle de ellas, parecían permanecer dentro de mí indigestando mi mente, frías y espantosas.

Y no es que lo que vi al volver a la conciencia no fuera bastante horrible...

Veintitrés de nosotros estábamos en el interior del gran edificio, custodiados por los demonios y los guardias, e iluminados por poderosas luces que partían de una hilera de reflectores colocados a nivel del pecho, en uno de los extremos del cuarto. No era sólo la extraña posición de esas lámparas la que contribuía a nuestro malestar. ¡Oh, no! Detrás de nosotros la pared estaba agujereada por balas, la mayoría de ellas a la altura de los pulmones de un hombre.

Estábamos inmóviles. Nadie decía una palabra. Por mi parte, no sabía cuánto tiempo había durado mi horrible trance. Los dos guardias no mostraban tanta paciencia como los demonios, y de vez en cuando caminaban hasta la puerta. Evidentemente, esperaban a alguien. Pero no se nos permitía movernos. Si necesitábamos algo, debíamos obtenerlo donde estábamos. Miré a Nan, pero su rostro pálido no se giró en dirección a mí.

Al fin llegó alguien. Oímos el ruido de un vehículo que aterrizó afuera. Un oficial de negro entró y nos observó.

Era un hombre corpulento. Su rostro era pesado y llevaba un pesado par de gafas. Nos miró sin expresión. Su uniforme denotaba cierta importancia, y por su aspecto general supuse que su retraso se debía a que había venido desde la ciudad.

Los guardias le mostraron unas insignias. Las reconocí como insignias de prisioneros, del tipo de las que usaban todos los que se convertían en labradores. Sin ninguna duda, la mía estaba ahí; me la habrían quitado durante mi inconsciencia. Aquel oficial sabía leer, pues controló las insignias con una gruesa lista que traía en la mano. Al fin se volvió hacia nosotros y habló. Sus modales eran cortantes. Lo que tenía que decirnos no era gran cosa.

—Todos vosotros sois labradores y habéis huido. Todos conocen la pena por huir: es la muerte. En virtud de la autoridad de que me ha investido el gobierno central, tengo poder para imponer sobre vosotros esta sentencia, sin más demora. En consecuencia, declaro que todos seréis ejecutados en el mismo lugar en que estáis.

Mientras digeríamos estas edificantes novedades, uno de los guardias que nos había traído hacia este edificio de ejecuciones, conferenciaba con el oficial; él asentía, con el rostro serio. Los Viajeros miraban a su alrededor con desesperación, buscando una vía de huida. Pero los robots demonios no daban absolutamente

ninguna esperanza. Hombres valientes y endurecidos, mostraban pocos de los signos de mi propio terrible sentimiento ante la disolución inminente; una de las mujeres sonreía incluso con cinismo, y escupió al ser pronunciada la sentencia.

El oficial volvió a adelantarse.

—Me dicen que entre vosotros está un famoso gitano conocido con el nombre de Jess, por cuya captura hay ofrecida una recompensa —dijo—. ¿Cuál de vosotros es Jess? Dé un paso adelante.

Nadie se movió. Yo comencé a mover mi cabeza hacia donde sabía que estaba Jess, pero alguien me golpeó en la espalda y me quedé petrificado. Silencio.

—¡Adelántate, perro cobarde! ¡Te daremos un castigo ejemplar!

Nadie se movió. Sentí que mis piernas temblaban.

—Muy bien —ladró el oficial—. La sentencia de ejecución queda postergada; en su lugar, todos vosotros seréis llevados a la subciudad para ser interrogados. Quizás alguno sepa lo que eso significa.

Debo explicar que la subciudad era un área de considerable extensión, usada principalmente por servicios urbanos como las aguas de al banal y la basura, bajo la gran plataforma en la que se asentaba la ciudad. La policía tenía allí sus cuarteles de interrogatorios, y corrían leyendas sobre sus métodos para llegar a la verdad.

—Tienen una última oportunidad. Jess debe dar un* paso adelante de inmediato.

La amenaza fue efectiva. Alguien dio un paso adelante. Lo mismo hizo otro, y otro, y otro; cada uno de los Viajeros dio un paso adelante, hombres y mujeres. Yo mismo fui arrastrado con ellos.

El rostro del oficial enrojeció, pero no perdió el control. Señaló con un dedo al Viajero que tenía más cerca y le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Soy Jess —en realidad su nombre era Burgess.

El oficial interrogó a un segundo y a un tercero. Todos dieron la misma respuesta: “soy Jess”. Todos protegían al líder de lo que sabían que sería una tortura y muerte especialmente dolorosas.

Ahora el oficial estaba tranquilo, helado.

—Muy bien; ordenaré a los robots que les disparen a las piernas —dijo—. Moriréis todos con lentitud, salvo el que se adelante y me señale a Jess.

¡Ah, qué momento espantoso! Cuántas veces desde entonces me he preguntado por qué toda la vida de un hombre habría de ser juzgada por un solo minuto de ella. Y me pregunto también por qué no habría de ser juzgado por ese minuto. ¿Por qué no, si en realidad yo soy el juez, y puedo seleccionar el criterio con el cual juzgar?

Corrí hacia el oficial gritando que yo se lo diría, gritando que yo no formaba parte de ellos, que no era un Viajero, que... en fin, no importa lo que dije.

¡Eran inteligentes los Viajeros! Aunque habían sido registrados, dos de ellos se las habían arreglado para conservar sus cuchillos. Ambos los arrojaron en ese momento hacia mí...

Aquel torvo y sólido oficial, al buscar un traidor, no pudo saber que así buscaba su propia muerte. Pues los cuchillos no dieron en el blanco; mis piernas se habían debilitado por el miedo y al adelantarme, caí. Oí pasar los cuchillos sobre mí, ambos dieron en el pecho del oficial.

Levantó las dos manos y en un gesto torpe se golpeó el rostro, sus gafas salieron volando. Su pesado rostro se arrugó, y cayó hacia adelante. Casi antes de que se desplomara, el más rápido de los guardias había ladrado una orden a los robots demonios, que abrieron fuego de inmediato contra los Viajeros. ¡Oh, Nan! ¡Oh, Jess!

Cuando todo pasó y se desvaneció el último eco bajo el techo bajo, fui arrastrado a la oscuridad de afuera. Un helicóptero esperaba allí, con otro oficial en él. Recuerdo haber visto su rostro y haber pensado que parecía más asustado que yo. Mis manos fueron esposadas y me introdujeron por la fuerza en el vehículo.

No puedo contar en detalle la locura de las semanas siguientes. Siempre he pensado que fueron semanas, aunque en realidad pudieron haber sido días o meses. En el corazón de la subciudad a la que fui llevado, era difícil notar la diferencia entre el día y la noche, aún en las mejores condiciones. Soporté tres largos interrogatorios, y el resto del tiempo quedé confinado en una celda solitaria, sin ventanas. Había allí tan sólo un lavabo y una litera, y además, calefacción, lo cual no estaba nada mal pues fui desnudado por completo. No conozco ningún otro medio tan eficaz de reducir los nervios y la moral de un hombre a la nada. Pero fui afortunado: no me torturaron

Ellos no me torturaron. En aquellas circunstancias me era más fácil hacerlo yo mismo... Me preguntaba sin cesar, cómo pude haber llegado a actuar como lo hice.

Aquí venía una pila de páginas que escribí sobre la mente, pero es mejor que nos limitemos al cuerpo.

Un día vino un guardia. Me arrojó un par de pantalones y me sacó rápidamente de la celda. Tuve que vestirme como pude mientras caminaba. En lugar de llevarme a la sala de interrogatorios, como habían hecho antes, me sacó del edificio, donde otro guardia me tomó en custodia, el que me registró —o sea, dejó una impresión de su copia retiniana, como se hacía a veces en las ciudades—; en una época anterior, supongo que hubiera firmado un papel aceptándome como su prisionero.

Me obligó a entrar en un pequeño vehículo de patines, que puso de inmediato en movimiento. Recuerdo haber mirado hacia arriba y haber visto un gran escudo marrón y negro en el que centelleaba la humedad, en lugar del cielo. Al principio pensé que se trataba de una nube muy baja. Mi mente estaba confundida; necesité un buen rato para comprender que era una imagen de la ciudad que nunca veían los ciudadanos honorables: su poderoso bajo vientre de metal. En el estado en que me encontraba, el espectáculo me desmoralizó por completo; me sentí aplastado.

Fui llevado a la presencia del Granjero.

En ese momento pensé que era la cosa más terrible que podía sucederme. El Granjero era una leyenda; era quien provocaba todos nuestros males, era el Mal

Encarnado... Y de pronto me encontré en una pequeña oficina desnuda frente a él.

—Siéntese en esa silla y deje de temblar —me dijo.

¿Cómo había imaginado su aspecto? ¿Había imaginado sus colmillos, un cuerpo como una montaña? Era pequeño, delgado y tenso. Aunque su cabello era blanco, tenía una pequeña barba negra, y sus cejas también eran negras. Su nariz era larga y aquilina; su boca, firme. Esos rasgos se convirtieron de inmediato en mi mente, en los rasgos de la muerte.

Me observó con atención y luego apretó un botón. Apareció una mujer, a la que le pidió que trajera una manta. Hasta que ella regresó, permaneció en su sitio, contemplándome sin decir una palabra. Bajé la cabeza pues no podía soportar su mirada. Cuando llegó la manta se puso de pie y la echó sobre mis hombros.

—Abríguese —me dijo.

Cuando lo hice, comenzó a hablar.

Al principio me preguntó sobre los Viajeros, tal como habían hecho antes mis interrogadores. Después me preguntó sobre la vida en la aldea. Lentamente, empecé a hablar con más libertad. Incluso dije que sabía leer y que había encontrado libros en la ciudad en ruinas.

—De modo que ocasionalmente iba usted a esas ruinas, donde tenía una cita secreta con... los libros —dijo.

—No iba allí con frecuencia, señor. Fue por eso que no vi antes a los Viajeros cuando pasaban por ese lugar.

—Pero iba allí tantas veces como se atrevía a hacerlo, Noland. Supongo que nunca habrá encontrado un libro llamado '1984'. En ese libro se describe a un joven que es considerado un enemigo por sus gobernantes; también va a una cita secreta y encuentra allí a otro ser humano: una mujer de la que se enamora... Pero usted sólo encontraba libros allí, ¿no se sentía solo?

No supe de qué estaba hablando. No pude responderle. Cambió entonces de tono, y dijo con dureza:

—Usted es un tonto, Noland. Nada más peligroso que eso. Nunca debió mezclarse con los Viajeros. Además, tengo un informe médico que afirma que usted sufre de una especie de alucinaciones, ¿es cierto?

Como no sabía si él quería que yo dijese sí o no, respondí que suponía que era así.

—¿Sí o no, imbécil? ¿Tiene o no alucinaciones?

—Sí señor, gracias —mi cerebro estaba embotado.

—Voy a dejarle en libertad, Noland. Si no lo hago, pasará el resto de su corta vida molestando en la parte baja de la ciudad porque nadie sabrá qué hacer con usted, ¿me entiende?

—Sí señor.

—No creo que entienda. En ese caso, puedo intervenir porque según los informes usted es el hombre que traicionó o casi traicionó al gitano Jess. Lo hizo, ¿no es cierto?

—No fue mi intención, señor. Yo...

—¡Silencio! Como traidor usted merece una considerable recompensa. Procuraré que se la entreguen y con ella podrá comprar un empleo que yo le daré. ¿Tiene familia?

—Sí... No señor.

—¿No tiene padres?

—Provengo de un orfanato.

—¿Tiene idea del empleo en el que podría desenvolverse bien?

—No señor.

—Por Dios, hombre. Sé que le han tratado mal, pero haga un esfuerzo y trate de pensar en sus facultades, ahora que alguien trata de ayudarle

—No tuve intención de traicionar a Jess, señor. De verdad...

—Cuanto menos repita eso, mejor será. De hecho, sería bueno que salga del país. ¿Ha estado en el mar?

—Me temo que no, señor.

—Pronto se acostumbrará a él.

Volvió a llamar a la mujer. Fue entonces cuando oí por primera vez el nombre *Estrella de Trieste*. Después fui llevado de vuelta a la subciudad. Estuve allí durante muchos más incontados días, hasta que se me volvió a arrastrar a la luz del día. Me dieron ropas y me enviaron a embarcarme en el carguero, en un puerto del norte.

Nunca volví a ver al Granjero. Pero guardé conmigo la manta que me dio durante la entrevista; todavía estaba conmigo, doce años más tarde, cuando hice encallar su barco en la Costa de los Esqueletos.

CAPÍTULO SEIS

Las estrellas brillaban en un cielo que iba palideciendo. Pronto se disolverían todas, cuando aumentase la luz. Yo estaba recostado en el puente del *Estrella de Trieste*, mirando el cielo. Yo mismo me había disuelto.

Me di la vuelta lentamente, y luego me puse en pie. El carguero navegaba, a pesar de su notable inclinación hacia estribor, introduciéndose en el continente, hacia el corazón de África, siguiendo el Trópico de Capricornio por tierra; nuestra quilla cortaba el lecho de rocas, las hélices giraban en lo profundo de un mar sólido de arcilla. Mi cabeza se aclaró y vi la situación tal como era realmente: el barco destruido, encallado en aguas bajas, la playa..., la playa que se confundía con el desierto y seguía siendo playa, cientos de kilómetros tierra adentro.

Los instrumentos en el puente aún funcionaban, al menos algunos de ellos. Fue su sonido, más que ninguna otra cosa, lo que me había proporcionado la ilusión de que aún estábamos en el mar. Pensé en las cubiertas inferiores. Los aparatos automáticos seguirían allí, haciendo su trabajo como si nada hubiese sucedido. Instintivamente miré los tableros del motor nuclear. Varias de las agujas habían entrado en el sector rojo. Los delicados servómetros que controlaban el reactor, habían quedado inútiles cuando chocamos; si no eran supervisados, llegarían a un punto crítico y la explosión dispersaría al barco por toda África.

Pero eso no me preocupaba. Necesitaría unos pocos minutos para reunirme con el doctor Thunderpeck y el espasmódico Abdul Demone. Lo que me preocupaba era saber cómo había llegado al puente, pues lo último que recordaba era haberme dormido, exhausto, junto al fuego de Thunderpeck. Sin duda, mis alucinaciones habían entrado en una nueva fase, y al soñar con los Viajeros me había trasladado en la inconsciencia y había regresado al barco. Pero, ¿por qué había pensado que el barco se movía?

Entonces lo oí y lo supe. En alguna parte sonaba un motor, y no era el del carguero. Miré adelante. La playa estaba cubierta de niebla, esa especie de niebla que provoca frío en una playa tropical, una niebla que anuncia el calor y que no tarda en ser evaporada por el sol.

En todo el universo aún oscuro, sólo allí, en esa playa rocosa, tenía amigos. Podía verles, a Thunderpeck y a Abdul. Junto a ellos había un vehículo, y el sonido que había escuchado provenía de su motor. Sin duda había sido el ruido que me había despertado. El vehículo era un carro de combate ligero, con bandera de Nueva Angola. Seis hombres armados salieron de él, rodearon a mis amigos y les obligaron a levantar las manos sobre sus cabezas.

Mientras yo miraba, uno de los angolese se adelantó y empezó a registrar sus ropas. Vi que Abdul daba un paso atrás. El hombre le golpeó en el cuello. Entorpecido por el hierro de su pierna, Abdul cayó de rodillas en la arena y fue obligado a levantarse con rudeza.

No esperé ver más.

Era evidente que se trataba de una patrulla angoleña aislada. Nadie más podría andar por un lugar tan desolado. Nuestra posición estaba en el extremo del territorio angolés, cerca de la frontera del recién fundado estado de Waterberg, si mis cálculos eran correctos. La patrulla parecía tener prisa, lo que significaba que no tendría consideraciones. Y había algo respecto de lo cual no podrían tenerlas de ningún modo: el carguero. El *Estrella de Trieste* era un hallazgo valioso. Por un momento lamenté haberlo hecho encallar...

Sospeché cuál sería el próximo paso de la patrulla. Enviarían un destacamento a registrar el barco.

Aunque el *Estrella de Trieste* era sólo un barco de carga, había un pequeño arsenal en el camarote del capitán. Bajé corriendo a la cubierta 'A'. Uno de los limpiadores automáticos estaba en funcionamiento, moviéndose como un cangrejo según la inclinación de la nave; lo odié al verlo.

Mi camarote estaba donde siempre había estado. Sentí un centelleo de nostalgia. Cuando llegué por primera vez a bordo, lo hice como el miembro inferior de la tripulación, pero en sólo cuatro años, gracias a las enfermedades de mis superiores y a un caso de locura, había llegado a ser capitán; puesto que el título no implicaba casi ninguna responsabilidad, no era más que un título. Con todo, aquel camarote había sido un hogar, y el mejor que yo había conocido durante los últimos ocho años. Mi mano se deslizó, distraída, hasta el bolsillo del pecho. Allí estaban las cartas de amor de Justine a otro hombre; también ellas eran lo mejor que yo había conocido.

Abrí la puerta del arsenal con mi llave. Era poco más que un cajón. Había un par de sasers contra barcos robots descontrolados y peligrosos por haber perdido el rumbo, y un rifle lanza-rastreadores, para ser utilizado, obviamente, contra seres humanos. Recogí este último, más una caja de municiones. Corrí de regreso al puente y preparé el rifle para disparar.

Nunca había usado un arma de este tipo, aunque sabía cómo hacerlo. Lo que sabía que tendría que cuidar mucho era apuntar de tal modo que alcanzase a los angoleños sin dañar a Thunderpeck. Preparé el arma y me quedé inmóvil, viendo el indigno trato de que eran objeto mis amigos en la playa.

El cuadro cambió. Thunderpeck y Abdul fueron encerrados en el vehículo por los dos soldados, mientras los otros se adelantaban. Pero no pude ver la escena con claridad, pues en ese mismo momento salió el sol entre la niebla baja y me dio de lleno en los ojos.

Maldije al sol y al planeta sobre el que brillaba, pero en ese momento se me ocurrió una idea. Haciendo pantalla con la mano pude ver a los soldados, en el borde del agua, a punto de botar la balsa en la que habíamos desembarcado la noche anterior. Como había sospechado, se proponían abordar el carguero. No pensarían más que en acercarse a la borda, donde una escala de cuerda colgaba y parecía invitarles a subir. Volví a cargar el arma y corrí hacia babor.

Mi idea era simple. En ese momento no constituían un blanco fácil. Pronto estarían fuera del alcance de mi vista, ocultos tras la masa del barco. Una vez que hubiesen descubierto mi presencia, no descansarían hasta eliminarme. Para conservar el elemento de sorpresa necesitaba ir a la playa y esperarles allí, a ser posible detrás del vehículo. Desde ese punto podría apuntarles sin riesgo cuando volviesen.

Pasé una cuerda por la borda de babor, até el arma a un extremo, y la bajé hasta que quedó sobre el agua; allí la aseguré. Abrí una de las troneras —¡trabajaba como un demonio, puedo asegurarlo!— y deslicé otro de los botes. Antes de que estuviera totalmente inflado me arrojé al agua. Se abrió en la superficie como un grotesco nenúfar. Trepé a él jadeando. Remé hasta donde colgaba el arma, deshice el nudo de la cuerda y la coloqué en el bote; entonces empecé a remar hacia la playa. El barco me ocultaba de los soldados que lo abordaban.

Una vez en la playa, caminando sobre la arena, el peligro me amenazaba más bien desde el vehículo que tenía por delante; pero confié en que los angolese que estaban en su interior, se hallarían demasiado ocupados con Thunderpeck y Abdul, como para preocuparse de momento por el mundo externo.

Hay hombres que son naturalmente de acción. Quizás a ellos mis movimientos les hubiesen parecido normales; a mí, aún ahora siguen maravillándome. No había nacido para ser hombre de acción. Sin embargo aquella carrera por la arena blanca, con el arma en los brazos, fue muy excitante..., más allá del mero temor a la muerte. Los disparos que oí a mis espaldas agregaban una nota especial al momento.

Sólo cuando estuve detrás del vehículo y me enrosqué entre las protuberantes ruedas, comprendí que el fuego no provenía del vehículo mismo sino del barco. Mi cálculo del tiempo no había sido el adecuado; ni mi velocidad, tanta como yo había imaginado. Los cuatro angolese ya habían subido a la cubierta del carguero, desde allá me observaban.

Por supuesto, esto lo pensé en un instante. Lo supe sin necesidad de mirar a mi alrededor, ¡por suerte no lo hice! Aguijoneado por el miedo traté de hundirme bajo el vehículo, abriendo un hoyo en la arena.

Los disparos llamaron la atención de los soldados del vehículo. La portezuela se abrió y escuché una exclamación encima de mí; en cualquier momento los angolese mirarían abajo y me verían.

En ese terrible momento comprendí que no era un hombre de acción: mis nervios cedían, no estaba a la altura del momento, no me atrevía a hacer frente a mi destino. Solamente podía cavar en la arena y hacerme un ovillo, a la espera del disparo fatal.

Fue entonces cuando el universo entró en erupción.

Primero hubo luz, después sonido, y finalmente un terrible calor que me arrugó la piel. Entonces morí, o si no lo hice, conocí la muerte. Toda conciencia fue consumida en un gran infierno carmesí. Cuando me estiré, minutos después, atontado y rígido, fuera de mi agujero, el vehículo estaba en llamas; sobre el mar, alzándose en el aire de la mañana, había una horrible columna de humo de forma familiar; los restos de

una poderosa bola de fuego. Del *Estrella de Trieste* quedaba muy poco, salvo restos dispersos por la playa. De la patrulla angoleña no quedaban restos.

¡El corazón nuclear del carguero había estallado! Aunque me había salvado por un pelo, ahora estaba solo y sin provisiones en una costa desolada. Volví a hundirme en mi hoyo de arena, tratando de pensar, de no tener miedo.

Me quedé así hasta que el calor intolerable del vehículo ardiente me obligó a salir. Para entonces, pensé que la mayor parte de la radiación tenía que haberse diseminado. La nube de humo que colgaba sobre la playa era arrasada por el viento hacia el mar, lo que tomé como un buen signo de que el peligro se alejaba de mí. Pero yo lo ignoraba todo sobre la radiación, y sólo podía tener esperanzas de que, oculto como había estado, hubiese evitado recibir una dosis letal.

Ahora, lo aconsejable parecía ser alejarse lo antes posible de ese siniestro lugar.

Me levanté y comencé a marchar al trote por la playa. Me dirigí al sur, pues en esa dirección había visto desde el puente del *Estrella de Trieste*, una torre a poca distancia de la costa.

Aunque el poder del sol ya era fuerte, tenía grandes esperanzas de encontrar la ciudad, y salvarme de la muerte en el desierto. En mi mente hacía un inventario de mis pertenencias, aparte de la ropa que ya empezaba a colgarme en andrajos. Pero ¿qué tenía, aparte de las torturantes cartas de una mujer llamada Justine a un hombre llamado Peter, en el bolsillo interior? Por cierto que no tenía agua ni comida. El inventario era tan breve y deprimente que lo abandoné y me concentré en caminar de prisa por la playa. De nuevo el cuerpo tenía preeminencia sobre la mente.

Me detuve cuando vi a un GEM que corría por la costa en dirección a mí. El fin dramático del *Estrella de Trieste* debía haber llamado la atención a cincuenta kilómetros a la redonda. Temí que aquel vehículo pudiese traer alguna patrulla angoleña; pero aún cuando vinieran del estado de Waterberg, que quedaba al sur, supe que podrían ser muy hostiles. Aunque África estaba en un momento de paz interna después de una sucesión de guerras civiles, era sólo la autoridad del presidente Abdul el Mahasset la que impedía que las naciones bajo su poder volviesen a guerrear como lo habían hecho en Sudáfrica décadas atrás. Me sería difícil hacer gala de mis intenciones pacíficas, después del despliegue explosivo que había exhibido al llegar.

De modo que me quedé inmóvil, protegiendo mis ojos de la luz, mirando cómo se acercaba el vehículo. Era un móvil suspendido de formas aerodinámicas; llevaba la capota levantada, por lo que podía ver las cabezas de los hombres que lo tripulaban. Todo era nítido bajo la luz solar.

Ejecutó una vistosa media vuelta, levantando arena, y se detuvo apuntando en la dirección desde la que venía; al detenerse se hundió en la arena. Un hombre negro, alto, con una colorida capucha de seda y ropas largas, salió y caminó hacia mí mientras yo no sabía qué actitud tomar. Me alivió ver que ni él ni su compañero, el conductor, llevaban uniformes militares. Aunque no me produjo mucho placer ver el arma automática que tenía en la mano. La mantuvo apuntada hacia mí al acercarse.

—Quienquiera que sea, venga con nosotros —dijo.

—Espere un minuto... ¿Quiénes sois vosotros? ¿Adónde vais?

Hizo un movimiento con el arma.

—No tenemos tiempo para charlar ni discutir. Vamos a Walvis Bay; venga con nosotros rápido, antes que haya más problemas...

—¿Qué tipo de problemas?

Sacudió su cabeza gris, como si me reprochase algo.

—¿Quiere que le atrapen los angolese? Haga lo que le digo y dese prisa.

En general, todo esto no parecía convertirle en mi enemigo. Y de todos modos, yo no estaba en condiciones de discutir. Cuando subía por la escalerilla de metal del GEM, miré atrás hacia la playa, en dirección al lugar donde había estado el carguero. Una figura venía hacia nosotros, sacudiendo una mano.

Aunque hacía mucho calor, sentí un escalofrío. Aquel rostro negro —lo reconocía, sin duda alguna—, ¿no era acaso la Figura? Aún allí, en aquel remoto rincón del mundo, parecía que no podría librarme de su fantasma, que me perseguía. Pero un instante después vi que era el doctor Thunderpeck y suspiré con alivio.

Al mismo tiempo, el conductor del GEM soltó una exclamación y señaló algo. No era hacia Thunderpeck, sino tierra adentro; un carro de combate ligero se dirigía hacia nosotros con la bandera de Nueva Angola. De inmediato el hombre alto me empujó adentro, el conductor puso en marcha el motor, y partimos.

—¡Mi amigo! ¡No dejen a mi amigo! —grité, tomando al hombre alto por el brazo y señalándole a Thunderpeck.

El hombre alto, cuyo nombre, como supe después, era Israt, le dirigió una frase cortante al conductor. El vehículo volvió a girar y avanzó hacia Thunderpeck levantando una cortina de arena. Me incliné en la cabina y le extendí un brazo. Nos detuvimos apenas el tiempo suficiente como para alzarle por entre el ruido y la turbulencia de la columna de aire; luego volvimos a girar y nos dirigimos al punto desde el que el GEM había venido originalmente.

El carro de combate mostraba todas las señales posibles de hostilidad. Se adelantaba a gran velocidad, en dirección a un punto donde su rumbo cortarían el nuestro. La estrategia era obvia; si podían pasar por debajo de nosotros y cortar nuestra columna de aire, nos estrellaríamos. Ya estaban haciendo lo posible por asegurar esa posibilidad, apuntándonos con un láser. El primer disparo pasó a un lado, errando por muy poco el blanco; pero con la velocidad combinada de ambos vehículos y lo accidentado del terreno, el ataque no rindió frutos.

Pusieron en acción un altavoz.

—¡Ese vehículo! ¡Ese vehículo! ¡Alto o lo destruiremos! Estáis violando el Tratado de El Mahasset. Estáis en territorio de Nueva Angola. ¡Deteneos, o cortaremos vuestra columna de aire!

Respondimos con una aceleración; ya estábamos casi en el punto donde nuestros caminos se cruzarían. Puesto que nuestro vehículo parecía una máquina civil, no

teníamos armas con las que defendernos. En el último momento, el conductor se desvió a la derecha y nos deslizamos muy bajo sobre un lecho de piedras y luego sobre el mar, en medio de grandes cortinas de agua.

Miré atrás. El carro de combate, que no pudo detener a tiempo su velocidad, pasó más allá de las piedras y se hundió en el mar. Me reí y me volví para ver si Thunderpeck se alegraba. Pero el doctor había perdido el sentido.

Por primera vez me pregunté cómo habría sobrevivido a la explosión nuclear y en qué estado se encontraría. Le había creído muerto en el carro incendiado...

Israt me alcanzó un recipiente con agua helada. Hice tragar algo a Thunderpeck y después yo mismo tomé unos sorbos. Entonces revivió, al menos parcialmente, y explicó lo que había sucedido dentro del carro de combate durante esos terribles momentos en que estalló el carguero. Cuando uno de los soldados angolese trepaba para ver a qué se debían los disparos, el otro pretendía atar al doctor y a Abdul Demone. El doctor ofreció cierta resistencia y el soldado le golpeó y le arrojó contra el suelo del vehículo. Eso había sido su salvación. Cayó bajo una repisa en el momento en que el interior del carro se llenaba súbitamente de llamas. Se había cubierto la cabeza para protegerse de los golpes, pero aún así vio el fuego, incluso a través de sus ojos cerrados. De inmediato supuso lo que había pasado, puesto que una sola cosa podría haber producido aquel calor.

Atontado, se levantó. Abdul y el soldado estaban de pie, pero ardían; debían haber muerto instantáneamente. Del otro angolés no quedaba ni rastro. La explosión debió arrastrarlo y dispersarlo por el desierto.

A medias ahogado por el calor y con los pulmones ardiendo, Thunderpeck se las arregló para trepar a la torrecilla y arrojar a la arena, al otro lado del vehículo del que había estado yo. Aunque la arena ardía, logró abrir un agujero dentro del cual sobrevivió hasta que se dispersaron las partículas.

Antes de que hubiera terminado de contarme esta historia, ya nos aproximábamos a la ciudad que luego supe que se llamaba Walvis Bay.

Dejaré para más tarde la descripción de esta ciudad. Ahora basta decir que no estaba construida sobre una plataforma, como casi todas las otras ciudades de las que había oído hablar, sino que se asentaba directamente sobre un promontorio rocoso con vistas al mar. Esto no era de ningún modo su única peculiaridad, pero cuando la miramos por primera vez, lo único que notamos fue que tenía gran cantidad de torres apuntando al cielo, de modo que presentaba un perfil agudo sobre el desierto; nuestras ciudades no tenían torres, y apenas sí algunos edificios altos.

El camino de la ciudad estaba interrumpido por un arroyo amarillo de aguas lentas, el Swakop, que no presentó obstáculo a nuestro GEM. En la orilla opuesta había alambre de espino y cabinas de centinelas y emplazamientos de cañones, además de todo el equipo tradicional de una frontera; pero cuando un guardia movió una bandera en dirección a nosotros, giramos y seguimos el curso del río, y entramos a Walvis Bay por el mar.

No tuvimos tiempo de admirar sus fantásticos efectos arquitectónicos, pues aunque era evidente que habíamos sido rescatados, no lo era menos que habíamos sido también capturados. A Thunderpeck y a mí nos esposaron juntos las muñecas, y cuando el GEM se detuvo nos obligaron a descender. Nos llevaron por una amplia avenida y entramos en un edificio blanco en forma de torre.

—¿Adónde nos lleváis? —le pregunté al hombre negro alto.

—Espero órdenes de mis superiores, ellos decidirán qué se hará con vosotros. Es inútil que me hagáis preguntas.

—¿Quiénes son sus superiores?

—Ya le dije que es inútil que me haga preguntas.

El edificio al que habíamos entrado no era una prisión. Parecía más bien un hotel de lujo, aunque un lujo de un tipo algo rudimentario. El vestíbulo estaba amueblado con un gusto en extremo suntuoso: las paredes cubiertas con maderas exóticas, el techo pintado con una representación tridimensional de un cielo nocturno y adornado con plantas y árboles magníficos, muchos de los cuales parecían crecer directamente del suelo. Pero el suelo era de cemento desnudo, y en algunas partes mostraba los cables que corrían por el subsuelo. Caballetes de carpinteros obstruían el paso, y contra un muro de mosaicos se apilaban paneles aislantes. Las escaleras estaban lujosamente alfombradas, aunque las herramientas de los decoradores, dispersas contra las balaustradas, echaban a perder el efecto buscado.

Tres hombres fumaban sentados o apoyados contra pilares ornamentales cuando nosotros pasamos; no nos prestaron atención. Fuimos conducidos al primer piso y allí nos separaron. Thunderpeck fue introducido por una puerta y yo por otra. El hombre que nos había recogido en el desierto vino a mi cuarto conmigo.

Con evidente disgusto deslizó sus manos por mis ropas, sacando todo lo que encontraba en mis bolsillos y arrojándolo a una bolsa que había colocado sobre una mesilla lateral. Impotente, vi que las extrañas cartas de Justine eran arrojadas a la bolsa.

Cuando el sujeto me hubo desprovisto de todo, se inclinó solemnemente ante mí.

—Espéreme un momento; de inmediato estaré de vuelta —y tras esas palabras, tomó la bolsa y se marchó; me dejó encerrado.

Estaba en una especie de cuarto de baño que tenía otra puerta. Antes de tratar de investigarla —estaba seguro de encontrarla cerrada—, me acerqué al lavabo y abrí el grifo de agua fría, pues todo lo sucedido durante el día me había mareado. Salieron unas gotas de agua herrumbrosa, y después nada. Probé con el otro grifo, el del agua caliente; no salió nada. En el depósito no debía quedar más que polvo.

Me vinieron náuseas. Me senté sobre un pequeño taburete y cerré los ojos. De inmediato el mundo pareció apartarse de mí a gran velocidad. Alarmado, traté de abrir los ojos; los párpados habían adquirido un peso tremendo. A través de mis pestañas, como un hombre ve a su carcelero a través de los barrotes, vi a la Figura que se aproximaba. No pude hacer nada.

Vino largamente hacia mí, sin apartar sus malditos ojos de los míos. Ese rostro negro... ¿Por qué tenía el poder de paralizar mi alma? La Figura llegó a mí, se inclinó sobre mí y me liberó de las esposas de metal. Entonces el mundo volvió a apartarse, no supe por cuánto tiempo. Y cuando volví en mí, una mujer hermosa y fatal estaba mirándome.

CAPÍTULO SIETE

Inmensidad. Es parte de mi ilusión, me esfuerzo por expresarlo en palabras. Aún mientras corría entre el desierto y el mar en busca del abrigo de una ciudad, mantuve la conciencia de estar entre el desierto y el mar. Supe que a escala planetaria, esas dos grandes creaciones se agitaban con una actividad sin sentido para el hombre.

La Figura me produjo una impresión en cierto modo similar, de un inmenso proceso, importante para mí, aunque inimaginable. Si esta Figura era un producto de mi mente, qué incómodo saber que también en mi mente crecían las cosas incognoscibles.

Un eco de ese malestar llegó a mí cuando la extraña mujer se me enfrentó; o creí que era un eco, aunque puedo haberme equivocado tanto como los que piensan que oyen el mar en una valva, cuando en realidad sólo escuchan el susurro de su propia sangre. Pero sin duda alguna, mi primer pensamiento ante su fina palidez fue que se me ofrecía el privilegio de examinar el funcionamiento de esa máquina inescrutable.

De modo que no quedó fuera de lugar el que su primera observación me sonara totalmente desprovista de sentido:

—De manera que usted es uno de esos desesperados que usa Von Vanderhoot...

Mi inteligencia estaba todavía hundida en la arena.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—¿No se lo ha dicho Israt? ¿No me conoce?

—No sé nada de Walvis Bay, salvo que hay muchos ladrones y matones.

—Según lo que me ha dicho Israt, sabe mucho más que eso —dijo, levantando una ceja—. Y supongo que tendrá la inteligencia suficiente como para comprender que no le salvará el simular ignorancia...

—¿Salvarme de qué? No simulo nada. No sé nada de lo que sucede en Walvis Bay. Hasta el día de hoy, para mí sólo era un nombre en el mapa.

Suspiró e hizo un gesto displicente con su delgada mano.

—Supongo que dirá también que no tiene ningún contacto con Von Vanderhoot.

El nombre no me decía nada; me sentía totalmente perdido, y se lo dije.

Con huellas de cruel diversión en sus labios afirmó:

—Le aseguro que se está buscando problemas.

Me miró sin pasión; yo la miré a ella con mucho más interés. Para empezar, estaba seguro de que si me hallaba en peligro —de cuya naturaleza por el momento no tenía la menor idea—, aquélla era la mujer que podría ayudarme. Además, era de una belleza notable.

El aspecto usual de enfermedad que marcaba a la mayoría de la población de nuestro mundo subalimentado, también era evidente en ella. Aunque en su caso parecía algo innato, una característica tanto espiritual como física; ella lo había transformado en una sugestión de misterio y de hambre mental. Era bien formada, ligera de cuerpo; un vestido negro que le llegaba a los tobillos subrayaba su delgadez.

Adelante el vestido se abría hasta los muslos, revelando una rica tela escarlata.

Su cabello enmarcaba un rostro delgado y pálido, la perfección de cuyos rasgos —que me parecían casi traslúcidos—, se destacaba contra el pelo lacio y negro. Tenía un mechón blanco que partía de encima de la frente, pero parecía muy joven. En realidad, no parecía tener una edad definida. Sus modales eran lánguidos, pero noté en ellos una tensión interior. Despertó en mí un deseo tierno y sin esperanzas; al mismo tiempo, reconocí que la temía.

—¿Quién es usted? —volví a preguntarle.

Otra vez asomó su sonrisa despreciativa.

—Creo que sabe muy bien que soy Justine Smith.

—¡Justine! ¡Mi Justine! —las palabras me herían los labios, creo que ella apenas entendió lo que dije. Mi confusión aumentó cuando ella se inclinó sobre mí para decirme:

—Antes de llevarlo ante Peter será mejor que venga a mi suite y se lave. Le daré ropa para que reemplace sus harapos. Peter es tan meticuloso...

Peter... El hombre a quien ella le había escrito las cartas... De inmediato comprendí que aquellos documentos algo torturados bien podían haber provenido de esta criatura elegante y sutil.

—¿Quién es Peter? —le pregunté.

No me respondió. Se había girado y daba palmadas. De inmediato entró un niño negro y se inclinó ante ella, que ya pasaba en ese momento hacia el cuarto contiguo. Se quedó en el centro de ese cuarto y levantó un brazo para señalar otra puerta.

—Pase por ahí y podrá lavarse. Hay agua en el baño. El chico le traerá ropa en un minuto.

El cuarto en el que estaba era de un lujo imponente. El fino perfil de la mujer quedaba enmarcado por una ventana con un balcón desde el que se veía el inquieto Atlántico. Sin voluntad para oponerme, fui adonde me indicó y entré en el baño.

Inevitablemente, se despertó en mí una curiosidad erótica. Corrí las pesadas cortinas que ocultaban la ventana y la gran bañera azul, casi una pequeña piscina, a medias cercada por espejos, y estudié una fila de botellas que contenían extraños colores y aromas. En un extremo de la bañera había un gran delfín; una presión en su cola hacía brotar el agua. Alguien podía darse el lujo de mantener a Justine en aquel suntuoso hotel. Era una pena que aún allí, en aquel exótico santuario, el agua estuviese teñida de naranja por la arena o herrumbre.

Me alegré de poder lavarme, pero mientras tanto mi cabeza se llenó de pensamiento descabellados y temerosos. No sabía en medio de qué intriga había caído, ni podía determinar cuáles eran mis sentimientos hacia la hermosa mujer autora de aquellas cartas de amor. Mientras me restregaba recordé que de hecho, las cartas contenían poco que pudiera considerarse material ordinario de amor. La mayoría de ellas hablaba de algo más, algo que yo ni había entendido ni me había preocupado por entender: la política africana. Ahora me maldecía por no haberlas

estudiado con más cuidado: me habrían explicado lo que estaba sucediendo...

Mientras me secaba, entró el chico con una túnica de nylon. Aunque nunca había usado nada así antes, y me sentía extraño en ella, el cambio con los restos de harapos que llevaba, evidentemente, me favorecía.

En respuesta a una súbita curiosidad, fui hacia las altas cortinas y las abrí. Allí estaba el mar. A la izquierda, el balcón de Justine, donde ella estaba en ese momento. Miraba hacia abajo, pero en realidad no miraba nada. Su actitud denotaba un desagrado extremo. Fue entonces que decidí que debía ganar su apoyo; también se me ocurrió que la amaba.

Cuando pasé al otro cuarto vi que ella venía hacia mí desde el balcón.

—Vi desde la ventana del baño que parecía muy triste ahí afuera...

—De ningún modo. Tengo miedo a las alturas.

—Entonces, ¿por qué estaba allí?

—Siempre trato de dominar mis temores. ¿Usted no?

Me dejó sin palabras durante un minuto, por lo que yo insistí.

—Justine —le dije—, debe creer que he llegado aquí con la mayor inocencia, y enteramente por accidente. No sé nada de lo que pasa aquí ni de ese Von Vanderhoot o como se llame, del que usted hablaba. Por favor, créame.

Me miró de arriba abajo con sus largas pestañas casi tocando las mejillas.

—¡Cínico! —dijo—. Es tan evidente que está mezclado en esta intriga... ¿Cómo puede esperar que crea semejante mentira?

Furioso, di un paso adelante y la tomé por las muñecas. Aunque luchó, la mantuve con firmeza en su sitio.

—Le digo que no sé nada sobre nada. ¿Quién es ese Von Vanderhoot del que habla? ¿Y por qué debería conocerle?

—Es un espía pagado por los neo-angolese, igual que usted. Es un viejo enfermo del corazón que tiene que andar por todos lados con una de esas nuevas unidades antigraavitatorias. Israt estaba en el desierto buscando a Von Vanderhoot cuando le encontró a usted.

Empezó a hacerse una pequeña luz. Von Vanderhoot debía ser el muerto cuyo cadáver, transportado por su unidad antigraavitatoria, había alcanzado al *Estrella de Trieste*, ¡el hombre a quien yo le había robado las cartas de Justine!

—¡Von Vanderhoot está muerto! —exclamé, soltando sus brazos.

—De modo que admite que le conoce. Entonces...

—No, no le conozco... Es decir, no sé nada sobre él, ni quién era. Si yo fuera enemigo de vosotros, ¿hubiera aceptado con tanta buena voluntad que me trajera Israt?

Eso pareció hacerla dudar. Seguí.

—¡Escúcheme, Justine! Ese hombre estaba muerto cuando le encontré. Murió, y su unidad antigraavitatoria le llevó mar adentro. Saqué las cartas de su bolsillo y las leí. Puedo leer bien. Usted las escribió, ¿no es cierto? Bien, yo amé esas cartas. Eran

extrañas y excitantes. Yo he tenido demasiado poco amor en mi vida, y me enamoré de ellas. Y ahora la tengo a usted aquí; transfiero ese amor a usted, su autora. Moriré por usted, Justine.

—¿Ah, sí? —dijo mientras sus labios volvían a abrirse en esa sonrisa cruel.

Expulsé al fondo de mi mente, donde vivía casi siempre, la idea de que había sido incapaz de morir por Jess o por March Jordill. Fervientemente, le dije:

—Sí, Justine. Moriré por usted, si las circunstancias lo exigen. Pero ahora sabe que no puedo hacer nada. Ayúdeme a salir en libertad y seré su esclavo durante toda la vida.

Se echó atrás y se rió. Era un sonido pequeño y frío.

—¡Ahora estoy convencida de su inocencia! Si no lo fuera, no habría interpretado tan mal la situación. ¿Cómo puedo ayudarle a ser libre? Yo soy tan prisionera como lo es usted...

Mientras digería esa noticia, Israt entró y le hizo a Justine una reverencia.

—Señora, he hablado con el señor Mercator sobre nuestros nuevos huéspedes. Quiere verles a ellos y a usted en su hotel. De inmediato.

—Muy bien. ¿Dónde está el otro prisionero?

—Lo tengo aquí afuera.

Ella me hizo un gesto. La seguí cuando pasó, orgullosa, por la puerta. Bajamos, atravesamos el vestíbulo y salimos a la calle, donde la luz del sol no daba respiro. Me llegó un aroma de comida y comprendí lo hambriento que estaba.

Frente al hotel estaban estacionados dos grandes coches de modelo antiguo, no automático. Vi que Thunderpeck estaba sentado en el de atrás y logré saludarle con un gesto, antes de que me metieran en el primero. Me senté en el asiento trasero, con Justine, mientras Israt se sentaba adelante con el conductor.

—¿Quién es ese Mercator al que vamos a ver? —le pregunté a Justine.

—No pensará que el modo correcto de hacerme la corte, consiste en sacarme toda la información posible, ¿no le parece?

—Justine, no juegue conmigo. Si mi vida está en juego, debo saber con quién voy a enfrentarme.

Hizo una mueca de disgusto, como si considerase el tema como algo dramáticamente desagradable.

—Peter Mercator es el hombre a quien yo le escribí esas cartas que parecen haberle entusiasmado tanto.

—Nunca oí hablar de él.

—Lo cual me indica más de usted que de él; es uno de los hombres más poderosos en el Estado Inglés de Europa Unida.

—No sé nada de política, nada en absoluto.

—Usted parece no saber nada de nada. Tendrá que aguzar el ingenio frente a Mercator.

—Escuche... ¡Puedo leer, Justine! Se lo dije. ¿Puede acaso leer un ignorante?

¿Por qué tiene una opinión tan baja de mí?

Se volvió y me miró como si lo hiciera por primera vez. Sus labios altivos y amorosos se enfurruñaron.

—¡Infame! —dijo—. Tengo baja opinión de todos los hombres.

—¡Escuche! —le respondí, furioso—. No pienso ir al matadero como una oveja. No tengo ningún deseo de encontrarme con Mercator sin una buena preparación. Si le importa algo en el mundo, si tiene corazón, prepáreme para que pueda luchar por los dos, si es preciso luchar...

Pero hizo un gesto displicente con la mano.

—¿Por qué no habría de morir? ¿Por qué no habría de morir yo? ¿Acaso el mundo no está lleno ya de gente animal, veintidós millones o cualquiera que sea la cifra? ¿Cree que me preocupa lo que pueda hacer Peter con cualquiera de nosotros?

—¡Si a usted no le preocupa, a mí, sí! He tenido que pasar la mayor parte de mi vida luchando por sobrevivir... ¡Y lucharé por hacerla sobrevivir a usted! Ayúdeme ahora, Justine, y le juro que la ayudaré y le daré algo por lo que vivir.

—Ya le he dicho que no puedo ayudarle.

—¡Sí, sí que puede! Abriré la puerta del vehículo y saltaré. Golpee el brazo de Israt cuando trate de dispararme, y yo me escaparé por uno de los callejones laterales.

—Le advierto que yo también disparo muy bien.

—Usted no me disparará, Justine. Recuerde que yo he leído su corazón. Sé que usted es buena. Golpéele tan pronto como yo salte.

—Oh, déjese de melodramas y venga a ver con sensatez a Peter.

—¿Dónde vive ese hombre?

—Está en el Hotel Sudatlántico, y nosotros...

—¡La veré allí, Justine, amor mío!

Abrí la puerta del coche y salté.

No fue muy peligroso. El conductor tenía que ir despacio, abriéndose paso entre un bazar, y la estrechez del camino era aumentada por los vehículos constructores.

A un lado había un negocio oscuro con objetos de bronce apilados en la vidriera. Confiando en mi intuición, me lancé por su puerta abierta al interior. Una bala incendiaria me siguió, pasó por encima de mi hombro, se hundió en la pared y estalló. Había oído hablar de esas armas, pero nunca había visto una en acción. Su luz era tan brillante que me cegó. De la pared salían chispas hacia mí. ¡De modo que Justine no había golpeado el brazo de Israt!

En el negocio había una mujer anciana, doblada en dos por la enfermedad. Soltó un chillido y corrió hacia la puerta trasera en el momento en que entré. El brillo me había cegado demasiado como para ver con claridad, pero no obstante pude seguirla. Detrás había un patio estrecho, bañado por el sol vertical. Allí pude ver lo suficiente como para correr hacia el muro del otro extremo.

Salté y caí al otro lado, sobre un árabe flaco, le golpeé al caer, me levanté y corrí lo más rápido que pude entre dos casas sin ventanas. Pasé junto a un hombre cubierto

con un fez. Sin detenerme, se lo arrebaté de la cabeza y lo coloqué en la mía; cualquier clase de disfraz parcial podría ayudarme a huir de mis enemigos.

Después de dar la vuelta a dos esquinas más, tuve que aminorar el paso, jadeando. No oía ruidos de persecución detrás de mí, pero eso no bastó para tranquilizarme. Estaba en un área extraña, un basurero indescriptible, cubierto con toda clase de andamios y materiales de construcción; pintura, mortero, madera, plástico, ladrillos y arcilla. El área estaba cercada por lo que en un primer momento tomé por un muro jaspeado; luego comprendí lo que era: una hilera de falsos edificios y tiendas, y yo estaba en medio de sus dos hileras de fachadas. Me inundó un sentimiento de incomodidad..., quiero decir, una incomodidad más allá del estado natural de alta aprensión en la que me había dejado la huida.

Una vez más sentí la fragilidad de lo real. En aquel momento, la vida me parecía tan delgada como una oblea, como un cartel que uno arranca de un muro para revelar la sustancia realmente sólida que hay debajo. Me detuve, como borracho, y tuve que estirar las manos para no caer.

Un olor dulce y extraño asaltó mi nariz... ¿Eran violetas o alhelíes, o cebollas friéndose? Digo extraño, pues parecía extraño aunque sabía que lo había olido antes, sin poder recordar dónde. Casi caí, pero algo me tocó en la punta de los dedos; me volví, era Justine.

—Por aquí, Knowle. Sígueme —dijo.

—Pensé...

—¡No hay tiempo que perder!

Corrió. Abrió una de las falsas puertas y corrimos por un pasillo falso. Parecía un pasillo, pero no tenía techo y estaba abierto al cielo. Y como se inclinaba en un ángulo inusual, podía ver el océano. Abajo estaba la playa. Corrimos hasta otro edificio. Al principio creí que se trataba de una catedral, pero resultó ser una especie de hotel. El interior estaba lleno de trozos informes de plástico. Justine parecía incansable y subía piso tras piso por las escaleras. Al fin se detuvo ante una puerta, y yo a su lado, jadeando tanto que temía que mis pulmones pudieran estallar.

—Entra —me dijo abriendo la puerta.

Era una especie de salón, lleno de plantas y árboles ornamentales, algunos de los cuales crecían directamente del suelo.

También había máquinas, delgadas y espinosas como viejas esculturas, con hélices diminutas que giraban y zumbaban; estas máquinas crecían, sin duda alguna, igual que las plantas. Me asusté, pues el follaje ocultaba la pared del otro lado, y me sentí expuesto al peligro. Cuando volví para mirar a Justine, vi lo delgada y pálida que estaba; instintivamente fui hacia ella y la tomé en mis brazos. ¡La Figura estaba allí, frente a mí! Debió haber estado oculta tras uno de los árboles, con su aspecto negro y antiguo de siempre.

Con ira, la tomé del cuello. Sentí que aspiraba mi aliento, luego desapareció.

—¿Quién era? —le pregunté a Justine, para probar si ella también la había visto.

—Sólo viene a verte cuando estás cerca de la muerte —me dijo.

—Entonces, ¿por qué quiso tocarte?

Otra vez apareció esa cruel sonrisa que yo conocía tan bien...

—Yo estoy siempre cerca de la muerte. Odio toda la vida humana, y la muerte es mi aliada.

Había un lecho entre los árboles, con una luz tenebrosa encendida encima. Le sugerí que se acostara y descansara. Estuvo de acuerdo, pero dijo que primero debía regar sus plantas. Tomó un recipiente de cuello largo y color rojo brillante; caminó con él entre los árboles y las máquinas, regándoles las raíces. Yo me recosté en otro lecho y la observé en su tarea.

Cuando Justine terminó, volvió a su cama y dejó el recipiente a su lado. Se acostó. Deseé ir hacia ella, pero no pude. Fue como si me lo hubiese prohibido; ella tenía el recipiente, yo no.

Ahora vi que algo le sucedía a los árboles. Se retorcían de un modo turbador. Me asusté, hasta que comprendí que estaban muriendo y se agitaban en su agonía vegetal. En el aire había olor a oxibenceno; lo recordaba claramente desde mis tiempos en la tierra. Justine había envenenado a las plantas, aunque no sabía si por accidente o a propósito. Las hojas se volvían pardas, las ramas y tallos se inclinaban y quebraban.

En mi desesperación, fui hacia Justine. Apenas si podía verla. Parecía muy pequeña y blanca e insignificante. La llamé por su nombre, pero no se movió. Sus labios estaban ligeramente abiertos. Llorando, me arrojé en la cama a su lado.

La cama se transformó de inmediato en una áspera superficie blanca, como si hubiera muerto. Lentamente, tembloroso, miré a mi alrededor. Yacía dentro de un tubo de cemento de calibre suficiente como para poder volver la cabeza y mirar por encima del hombro. En mí crecía esa terrible sensación de falta de identidad, que era en sí misma una identificación. *Non sum, ergo sum*. Yacía dentro de un tubo de cemento. Al ser nada, soy en todas partes. Incluso en tubos de cemento. Podía derramarme por las cloacas de un mundo desconocido.

Aunque el propósito central de esta narración es preservar un cuadro de mi época más que de mí mismo, ¿cómo puedo presentarme si no es en las escenas en las que me vi temporalmente alojado? Quizás dentro de mí, mi esqueleto vive una vida real y ve al universo en sus términos. Un hombre pierde todo sentido de la responsabilidad al imaginar que su esqueleto puede elaborar, en su absurdo, grandes pensamientos sobre la cosmología y las causas primeras.

De manera que yacía en mi tubo de cemento, y gradualmente volvía a las fronteras de la normalidad. Torciendo el cuello sobre el hombro vi por la abertura de las fachadas de las tiendas y los materiales de construcción entre los que había caminado poco rato antes. Una alucinación más, pensé; ¿cuántas más tendría que sufrir antes de caer definitivamente en un mundo de irrealidad, cosa que me habían pronosticado los médicos que podía suceder? Además, este último sueño me dejó un disgusto que no podía explicar por completo, ni siquiera por la muerte de Justine.

Esforzándome por lograr un momento de introspección, comprendí que Israt y probablemente otros estaban registrando el área en mi busca. Tendría que escapar de ahí tan rápido como pudiera.

El valor me había abandonado. Enfrentarme al espacio abierto, y probablemente recibir una bala incendiaria en la cara, era algo que estaba más allá de mis posibilidades de tolerar. Después de todo tenía que tener en cuenta a mi esqueleto. Siguiendo la línea de menor resistencia, me escurrí del tubo hacia abajo.

A medida que avanzaba todo se hacía más oscuro y se volvía más pequeño el círculo arriba. Sentí débiles atisbos de claustrofobia, que no tardaron en hacerse más fuertes. Aún así meforcé a seguir, hasta que llegué a algo sólido. Mis dedos tocaron metal. Empujé y se abrió una trampilla. Entró luz y sin tomar ninguna precaución, salí.

Estaba en un cuarto grande y desnudo; en el otro extremo había un conmutador telefónico, apartado de la pared, desconectado. Por todas partes había grandes rollos de cable y un desorden de herramientas. Supuse que había llegado por el tubo que eventualmente conduciría a esos cables.

No había nadie. Pensé que, como era mediodía, los obreros se habrían retirado a descansar hasta que disminuyese el calor. Había una puerta abierta en el otro extremo del cuarto; salí por ella a un pasillo. Pasé junto a una mujer negra con una túnica blanca, que pareció sorprendida al verme.

—Buenos días —le dije, y seguí sin detenerme; nadie me detuvo, y salí a la calle por una puerta giratoria.

Afuera, mientras buscaba algo que ofreciese un refugio seguro, descubrí que Walvis Bay era un lugar más extraño de lo que había pensado en un primer momento.

La ciudad había sido planeada en la escala más grandiosa, pero la ejecución era muy deficiente. Había muchas calles estrechas que a menudo no tenían salida y más bien parecían jaulas; luego se abría una plaza con tiendas, cafés y lugares de diversión. Estos núcleos parecían parte de unidades mayores, con avenidas principales que las cortaban y un fragmento de parque y una fuente, enfrente de los que se alzaban gigantescos edificios blancos. Pero casi todo estaba sin terminar, las casas no tenían más que los cimientos, las tiendas no tenían puertas siquiera, las fuentes carecían de agua, los árboles morían como los de mi sueño. En algunos sitios, trozos de fachada habían caído a la calle. A los pies de estos edificios se extendía una sombra pesada y negra, y no se veía a nadie en ellos.

Para mí, un hombre perseguido, aquello parecía una ciudadela de la muerte. Sólo deseaba escapar, y me preguntaba cómo podría lograrlo. Quizás pudiera comprar o robar un bote y marcharme por la costa. Con este pensamiento en la cabeza traté de orientarme hacia el mar. Me había perdido, pero como Walvis Bay estaba construida sobre un plano simétrico, no tardé mucho en ver el brillo del océano en el extremo de la avenida.

Fui en esa dirección, hasta que descubrí que para llegar a la costa tendría que

atravesar lo que parecía ser la plaza principal, un espacio vasto y potencialmente hermoso, con muchos edificios altos alrededor, y en el centro, un jardín formal del que no había por el momento más que un esquema; grandes cimientos de mármol estaban vacíos, esperando las estatuas. Vi que el nombre de este parque era Plaza del Presidente. Uno de los edificios era evidentemente un templo. Estaba terminado, al menos el exterior. Superaba en altura a todas las demás construcciones y su torre se alzaba hacia el cielo ardiente.

Todo el templo, y especialmente la torre, estaba cubierto con elaborados mosaicos. Parte de lo que ellos ilustraban, y que en un primer momento tomé por una superficie resquebrajada por el sol, representaba a diferentes pueblos de África, todos mirando hacia el mar con ojos y narices llenos de orgullo. Esta ilustración formaba tal contraste con la severa estructura de piedra blanca del resto de la plaza, que no pude dejar de pensar en Thunderpeck dentro de su bañera del barco, con su rozagante rostro contrastando con la blancura del cuerpo.

No bien la vi, supe que aquella era la torre que había visto desde la cubierta del *Estrella de Trieste*. Había varios hombres trabajando en la gran explanada, disponiendo una serie complicada de bloques de color que eventualmente formarían un dibujo que cubriría todo el centro.

No podía cruzar por allí sin exponerme a un peligro. Mientras vacilaba, oí el ruido de un motor proveniente de la dirección que yo traía. Me oculté en la sombra de una columna que formaba parte de un edificio, y miré hacia atrás.

Apareció el radiador de un automóvil negro, brillante. Alguien se asomaba por la ventanilla, y miraba hacia las calles laterales mientras avanzaba lentamente. Debía ser Israt.

El edificio tras cuyas columnas me ocultaba era otro de los monstruosos hoteles que parecían formar una parte tan importante de la ciudad. Sin vacilaciones, me volví y entré; caminé a lo largo de un gran sofá, apartándome de las ventanas. Al acercarme a la mesa de recepción, evitando la mirada del individuo que dormitaba en ella, un cartel me llamó la atención. Me sobresalté, y entonces me volví hacia el ascensor, dominado por un nuevo propósito.

Estaba en el mismísimo Hotel Sudatlántico, donde vivía Peter Mercator.

CAPÍTULO OCHO

La psicología de la persecución es extraña. Se basa en el supuesto de una cierta actitud mental por parte del perseguido. Yo corría simplemente porque había empezado a correr. La sorpresa de encontrarme de pronto en el mismo sitio del que había pretendido huir, me hizo comprender que mi actitud había sido errónea.

Pues, de hecho, ¿por qué tenía que temer a Peter Mercator, quienquiera que fuese y por más poderoso que fuese? Sólo tenía que explicarle mi identidad, y cómo habían llegado a mi poder las cartas que le había dirigido Justine. Aún en aquel momento, comprendí que no sería tan simple, pero sin duda alguna era inútil seguir huyendo por una ciudad en la que no tenía a nadie a quien recurrir por auxilio. Mi mejor plan posible, decidí, mientras tuviera el elemento sorpresa en mi poder, sería enfrentarme a aquel hombre, Mercator, y ver qué podía hacer por mejorar mi situación y la de Justine.

Mientras elaboraba este plan, tan diferente del que tenía pocos minutos atrás, recordé algo que había dicho mi antiguo mentor y atormentador, Jordill: “Los otros no deciden lo que eres tú; tienen que actuar de acuerdo con lo que tú mismo decides ser.” Es una verdad a medias, pero tan útil como si fuera una verdad completa.

Al salir del ascensor en el último piso, me encontré frente a un lujoso restaurante... O más bien, un restaurante que sería suntuoso cuando estuviera terminado; un extremo resplandecía con murales alegres, elegantes mesas cubiertas de platería, manteles blancos y pesadas rosas carmesí (¡no podían ser reales en aquellos tiempos!), mientras que el otro extremo mostraba cemento desnudo en las paredes, y objetos envueltos en tela. Esto puedo anotarlo ahora; en aquel momento no fue la vista sino el olfato lo que me hizo percibirlo. Me quedé allí inmóvil, pensando en el hambre que tenía.

Cuatro hombres arrogantes me hicieron a un lado al pasar. Uno era medio blanco; el resto negros. El mestizo era un hombrecito contrahecho y llevaba una unidad antigravitatoria igual que Von Vanderhoot. Los cuatro iban elegantemente vestidos, con gruesos anillos en los dedos; los rodeaba un aura de autoridad. Entraron al restaurante hablando y fueron a un baño de caballeros; cuando salieron, un minuto después, el mestizo se había quitado la unidad y sus amigos, sus ligeras chaquetas y sus sombrillas plegables. Cuando tomaron ubicación en una mesa, le ayudaron a sentarse. Por la deferencia que mostraban los otros, se notaba que era un personaje importante.

Atravesé el restaurante en dirección al cuarto de baño. Estaba vacío. En una hilera de ganchos colgaban la unidad antigravitatoria del hombre, dos chaquetas y cuatro sombrillas plegadas. Sólo me interesaban las chaquetas. Busqué de prisa en los bolsillos.

Encontré unas gafas de sol y una cartera de paño, dentro de la cual había un fajo de billetes. Una tarjeta inserta en la cartera indicaba que su dueño provenía de la

República de Argelia y tenía rango ministerial. Sabía lo bastante de la situación mundial como para recordar que Argelia y Nueva Angola eran naciones hostiles entre sí. Me metí el dinero en el bolsillo y puse las gafas sobre mi nariz. Había esperado encontrar un arma; de todos modos el dinero aumentó mi moral.

Con gusto me hubiera detenido a comer. Los cuatro africanos parecían dispuestos a almorzar largamente, pero seguí caminando y salí del corredor.

Como no sabía dónde encontrar a Mercator, me detuve afuera, sin saber qué hacer.

En un extremo del corredor, un robot estaba revocando la pared. A veces estos autómatas tienen circuitos de comunicación, a veces no. Éste tenía sobre el hombro uno ‘fabricado en Egipto’, de modo que alenté esperanzas pues en años recientes, Egipto había alcanzado a ser el estado africano más adelantado, y se suponía que las máquinas que producía eran eficaces. Le pregunté si sabía dónde estaba la suite de Mercator, pero no respondió; posiblemente estaba programado para una lengua que no era el inglés.

Cerca colgaba un uniforme de albañil humano. En una súbita inspiración lo tomé y me lo puse, pues oí que venía alguien por el pasillo adyacente. Hacía rato que había perdido mi fez, quizás en la travesía por el tubo de cemento. Tomé un balde vacío y me alejé. Con las gafas oscuras me sentía bien disfrazado. Al dar la vuelta, vi que quien venía hacia mí era Israt; frente a él caminaba el doctor Thunderpeck.

Dos cosas se hicieron inmediatamente claras: que mi viejo amigo estaba cautivo, y que me reconocía, mientras que Israt no. Y ¿qué motivo tendría Israt para mirarme dos veces, en un hotel que seguramente estaba lleno de albañiles con delantales blancos?

Pasé junto a ellos balanceando mi cubo. No bien quedé atrás de Israt, moví con fuerza el balde y lo estrellé contra su cabeza. Thunderpeck ya había abierto la puerta más cercana, y lo arrastramos adentro. Era una suite; la decoración estaba terminada, pero faltaban los muebles. Dejamos al hombre alto en el suelo, y Thunderpeck se alzó con el arma que Israt había dejado caer. No estaba muerto, pero sí, totalmente fuera de combate. Me saqué las gafas y me sequé el sudor de la cara.

—Le aseguro que apareció en el momento justo —dijo Thunderpeck—. ¿Qué ha pasado con su tensión? Déjeme tomarle el pulso.

Le di mi muñeca. La tomó sin apartar la vista de Israt.

—Sobrevivirá. En realidad, creo que usted llegará a ser un hermoso cadáver. Cuando abandonó la caravana de un modo tan abrupto, me cubrieron y dieron una vuelta por la ciudad tratando de capturarlo. Deben estar habituados a tratar a imbéciles, por el modo en que le dejaron escapar.

—¿Adónde le llevaba Israt?

—A ver a ese Mercator, que parece ser el rey de por aquí.

—Bien. Iremos a verle juntos. Este asunto puede resolverse bien. ¿Dónde está Justine?

—En algún lugar de este edificio. Nos separamos abajo. Escuche un consejo: olvídela, es una mujer peligrosa, Knowle. Lo mejor que podemos hacer es salir de aquí. No quiero ir a ver a Mercator. Por el modo en que se han desarrollado los hechos, creo que nos iría mejor con los neo-angoleses. Éstos, son hombres desesperados.

—Es preciso aclarar la cuestión, doctor. Si no por mí, al menos por Justine. Si usted quiere marcharse, no tengo inconveniente.

—Ahora es usted el que se porta como un niño.

Le palmeé en el hombro y me incliné para hablar con Israt, que trataba de levantarse, apoyándose en un codo y nos miraba azorado.

—Mire amigo, estamos a la par —le dije—. Usted casi me mata con una bala incendiaria, yo le di un golpe con ese cubo. Así que no pensemos mal el uno del otro. ¿Qué le parece si organizamos algunas preguntas y respuestas? Ante todo, ¿dónde está su jefe, Mercator? ¿Está en este piso?

Israt era un sujeto sensato. Con los ojos en su arma, ahora en manos de Thunderpeck, dijo:

—Íbamos allí. La suite del señor Mercator está a la izquierda.

—¿Frente al restaurante?

—Sí. A un lado del ascensor.

—Bien. La pregunta siguiente. ¿Quién es Von Vanderhoot?

—Von Vanderhoot era el secretario del señor Mercator. Descubrimos demasiado tarde que era espía del primer ministro de Argelia, el general Ramayanner Kurdan, un hombre muy peligroso. Para ese entonces Von Vanderhoot había desaparecido con importantes documentos... Cartas. Eso sucedió ayer. Yo le estaba buscando en el territorio de Nueva Angola cuando lo encontré a usted. Usted es agente de Von Vanderhoot.

—Dejando eso a un lado, ¿por qué pensaron que Von Vanderhoot había ido a Nueva Angola si era agente de Argelia y se supone que Argelia es enemiga de Nueva Angola?

Israt se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Porque el contenido de esas cartas que encontramos en su persona, mi querido señor, era tan peligroso para el señor Mercator en un estado como en el otro. A Von Vanderhoot le habían pagado para que nos causara problemas. No simulará ignorar que ambos estados están particularmente interesados en Walvis Bay en esta semana histórica...

Esta última frase superaba mi conocimiento.

—Israt, le juro que soy inocente. ¿Qué cosa tan particular está sucediendo esta semana en Walvis Bay?

—Nos está haciendo perder el tiempo a los dos, señor Noland, al obligarme a repetir información que usted posee desde hace mucho tiempo. Esta ciudad se ha construido en una tierra cedida especialmente, y que no pertenece a ninguno de los

estados africanos. Se ha venido discutiendo desde el siglo xx, pero es un territorio independiente. Ahora es utilizado por las Naciones Unidas Africanas, según una idea del presidente El Mahasset, para construir una gran ciudad marítima donde puedan encontrarse todos los jefes de estado africanos en territorio neutral. Es la mayor maniobra práctica que se haya hecho nunca para unir nuestro continente en la realidad, y no sólo en el nombre. Y aunque un millar de enemigos ha postergado su construcción y ha saboteado cada paso, Walvis Bay será inaugurada oficialmente mañana por el presidente El Mahasset, para la mayor gloria de África, aunque no está realmente terminada y sólo han venido algunos de los invitados. Pero ya están empezando a llegar representantes de la prensa y de todas las naciones del mundo; y es por eso que, como usted sabrá, mañana será el día más importante de la historia africana.

Me puse de pie. Thunderpeck y yo nos miramos.

—No me han gustado nunca los grandes días —dije—. Doctor, ¿sería tan amable de quedarse aquí custodiando a Israt mientras yo voy a ver a Mercator? Si no vuelvo en media hora, ate a este sujeto y salga como pueda.

—Por Dios, Knowle. No conocemos este sitio... ¿Dónde podemos volver a encontrarnos?

Le hablé al oído, para que Israt no me escuchara.

—Enfrente de este hotel está la plaza más grande de la ciudad, la Plaza del Presidente. El edificio más grande de los que dan a ella tiene la torre más alta. No podrá dejar de verlo, es una especie de templo. Si nos separamos, nos encontraremos allí, en la base de la torre.

Sacudió la cabeza.

—Es una locura —dijo, y seguía moviendo la cabeza cuando salí del cuarto.

Caminé por el corredor con mi mono de trabajo blanco y las gafas oscuras. Mientras caminaba, traté de asimilar lo que nos había dicho Israt. Lo que yo había considerado una ciudad de desesperación era en realidad una ciudad de la esperanza. Por sí misma, era capaz de excitar a las aves de rapiña. No necesitaba que me hablaran de ellas para imaginármelas; pequeños grupos con intereses económicos, políticos con ejes que engrasar, mercenarios que sólo podían salir ganando con un África dividida. Inconscientemente, comencé a adjudicar un rol a Mercator.

Una vez que hube dado la vuelta al corredor, me encontré ante una puerta sobre la que se leía un pequeño cartel con tres palabras:

PETER MERCATOR
Inglaterra

Miré a mi alrededor, incómodo, y vi en el restaurante a los cuatro hombres a los que había robado, aún comiendo y bebiendo. Sin duda, eran dignatarios visitantes en la inauguración de Walvis Bay, o bien habían venido a engrasar un eje en particular.

Pensé en la vieja injusticia, tan vieja como el hombre, que hacía que ellos vivieran tan bien mientras las personas a las que se suponía que representaban, languidecían en los límites de la vida y la muerte, a causa de las medias raciones.

Cuando golpeé la puerta de Mercator, una voz firme dijo: “Adelante”.

Al entrar, me encontré en un pequeño vestíbulo con varias puertas; una de ellas estaba abierta, pude ver que daba a un cuarto con un balcón y vista al mar. Sentado en el brazo de una butaca estaba un hombre pequeño y tenso. Me adelanté hacia él, hipnotizado. Su cabello era blanco, su rostro pálido, sus cejas y barba negras, aunque estriadas de blanco. A pesar de que le había visto una sola vez en mi vida, nunca podría haber olvidado aquel rostro...

—¿Peter Mercator? —pregunté.

—Sí, adelante —dijo el Granjero.

CAPÍTULO NUEVE

En mi infancia, Hammer y yo solíamos jugar a Granjeros y Labradores. O bien, a Granjeros y Viajeros. O a Granjeros y Ciudadanos... Pero siempre, Granjeros y algo. Como niños que éramos, comprendíamos a los Granjeros; eran grandes, poderosos y crueles, cosas que deseábamos ser nosotros mientras trabajábamos para nuestro amo.

Los Granjeros tenían derecho a perseguir. Los Granjeros podían castigar. Aunque Hammer y yo éramos casi iguales cuando se trataba de una competencia de músculo contra músculo, siempre el que hacía de Granjero era el más fuerte. Bajo el encanto de ese título terrible, uno era superior al otro; incluso superior al Viajero. Hay tanto en un nombre... Los dientes cargados de nuestras bocas se volvían blancos de nuevo, por un momento, cuando éramos Granjeros.

Por supuesto, ninguno sabía exactamente qué era un Granjero, o qué cosa hacía. Pero sí, sabíamos que la vida en las ciudades de las plataformas dependía de los Granjeros; porque ellos eran quienes proporcionaban la comida, y en consecuencia, quienes tenían todo el poder. Y por ser una figura en sombras, era más terrible.

Veíamos a la gente morir a causa de distintas y complicadas enfermedades a causa de la nutrición deficiente, o de la simple y brutal inanición. Y de todo culpábamos al Granjero.

Hammer y yo éramos tan sutiles como un muro de cemento, no teníamos educación alguna, y nuestra inteligencia era estrecha y afilada como la hoja de un cuchillo. De noche, bajo nuestras mantas, nuestros sueños eran fuegos de cenizas ardiendo en cavernas. Recuerdo aquel día en que yo hacía de Granjero...

Dentro de mí, todas las crueldades posibles me daban fuerza, y aún así no podía capturar a Hammer. Él hacía el papel de uno de los Viajeros. Representábamos a esos hombres con capas de colores brillantes, de dos metros de alto, con una crin sobre sus ojos de gato y los gestos arrogantes que permitía la libertad.

El Viajero Hammer corría por las retorcidas calles laterales del Barrio Vedado, se introducía en las esquinas, se ocultaba en un muro semiderruido hasta que yo hubiera pasado, volvía sobre sus pasos, se ocultaba en las esquinas, a veces con mi mano persecutoria rozando —pero sin lograr atraparlo— su cuello peludo. En razón de cierta enfermedad especial que había surgido en esta parte de la ciudad durante varias temporadas, se la había cercado y estaba desierta a pesar del horrible hacinamiento del resto de la ciudad.

Oficialmente estaba desierta. La rata humana vivía en todas partes de la ciudad; el techo más delgado la abrigaba. Nosotros dos habíamos logrado pasar las barreras. Lo mismo habían hecho muchos seres humanos, los verdaderos Intocables de la ciudad, que ahora luchaban allí contra el barro y el polvo del invierno. De hecho, nuestros trabajos para nuestro amo eran con esta gente, y habíamos vendido ropa andrajosa en el Barrio Vedado en cantidad aceptable. Nuestro juego del Granjero era una celebración del comercio. Hammer giró en una esquina hacia un muro que se alzaba

en el otro extremo, no más alto que su pecho. Pero noté que estaba demasiado cansado como para trepar a él...

Se dejó caer en una esquina, jadeando.

Allí había una especie de choza, construida con ladrillos y cajas viejas, y como techo una hoja combada de plástico asegurada en su sitio por piedras. De esta morada había salido un hombre. Ahora se apoyó, estremeciéndose, contra la pared baja, y le miramos mientras agonizaba.

Tenía las Escamas, como se decía: una especie de enfermedad de la sangre. Ni Hammer ni yo habíamos visto nunca antes sus efectos. El hombre vibraba considerablemente, y llegó a una especie de danza hipada. Al hacerlo, se quitó lo que quedaban de sus ropas. Creo recordar que lo primero que cayó fueron sus mejillas.

Había poca sangre, apenas esas hojas que caían en el súbito otoño de su carne. No podíamos ayudarle. Estallamos en carcajadas. Era un espectáculo maravilloso, que se volvía más cómico porque el hombre no nos prestaba la menor atención, sino que seguía con su danza grotesca, que al principio imitamos..., pero la comicidad era tanta, que pronto nos tuvimos que limitar a mirarle.

Cuando el hombre cayó sobre sus rodillas, ya sin carne, alguien nos arrojó una piedra. Una mujer estaba acucillada en la puerta de la choza improvisada. Nadie hubiera pensado que un sitio tan pequeño podía albergar a dos. Huimos más de su cara que de la piedra que nos tiró. Tan alargada estaba su cara, que en ella sólo había dientes y negrura. Y sólo cuando estuvimos fuera de su alcance nos atrevimos a reírnos de nuevo.

Seguimos por la ciudad, olvidados de nuestro juego del Granjero. Era hora de ir a casa. Caminamos con los brazos sobre el hombro del otro, en parte por afecto, en parte para mantenernos juntos entre la muchedumbre al salir del Barrio Vedado. El único tránsito lo constituía algún ocasional vehículo público, todo lo demás que fuera mecánico y tuviera que moverse, lo hacía bajo la superficie de la ciudad. Pero la gente —un tropel compuesto de cuerpos separados, de grupos, de procesiones empujándose hacia aquí y allá—, la gente devoraba el espacio de la calle.

Algunos caminaban con un destino, otros con la vacilación que denota la falta de propósito o destino. Cuando no se consigue trabajo, no se consigue dinero para pagar por una habitación; entonces hay que quedarse en la calle, donde uno puede ser arrestado por vagancia. Pero cuando se encuentra trabajo... El alojamiento con la familia en una habitación puede llevar a una persona a la locura, a la asfixia, al aburrimiento, a las disputas y a las calles de nuevo. Las parejas casadas dormían por turnos en los cuartos, mientras el cónyuge caminaba fuera; de ese modo había paz y evitaban la procreación. Y caminar, como sustitución de comer; pues la fatiga de las piernas supera la urgencia de las vísceras. Es un ejercicio que mata la ansiedad y provoca una cierta paz en la mente. Es un entretenimiento, un modo de vida, una especie de muerte.

—No hay futuro para nuestras generaciones —decía March Jordill—. Por debajo

de cierto nivel no queda nada para el individuo, salvo el presente. Fue difícil lograr el poder de especular y hacer planes; la raza humana disfrutó de ese poder sólo por un breve período, antes de dejarlo escapar. Cuando no se piensa en el mañana, no se encuentra ninguna contradicción en procrear una familia numerosa para que pase hambre y para pasar hambre uno mismo. Los pobres han heredado el mundo y lo azotan con su tenaz e incansable órgano reproductivo —March Jordill, el hombre de los harapos: mi amo, y el amo de Hammer.

Nos abrimos paso hasta su casa, entre pordioseros e Intocables. Algunas calles estaban siendo ampliadas para proporcionar un mejor movimiento a la población. Otras estaban siendo estrechadas para proporcionar habitaciones extra para la población.

La de March Jordill era una casa poco firme que contenía oficinas de pequeñas compañías —la Fundación Megápolis de la Enfermedad, la Compañía Unida de Espesamiento de Agua y Leche, Precadáver Asociados, Financiera de Desarrollo de Agua Humana, Compañía de Fumigación Brisa, Licitadores Paralax de Nacimiento y Muerte, Pustulox— donde dormían los directores y las secretarías, soñando con su suerte, bajo los escritorios. La Compañía de Harapos March Jordill estaba en el piso superior, con su techo puntiagudo señalando las estrellas aún no pobladas. Ese piso superior fue el primer hogar que yo conocí.

Hammer había sido vendido como aprendiz a Jordill. Y yo le había sido entregado por el orfanato. Los dos sabíamos que habíamos tenido suerte. March Jordill estaba loco. Trabajar para un hombre en sus cabales era un desastre en las condiciones de supervivencia de la ciudad. Y teníamos suerte de tener tan cerca a la Financiera de Desarrollo del Agua Humana. Ahorrábamos nuestra orina, preciosa y dorada, sin desperdiciar una sola gota, en recipientes especiales, y cambiábamos cada galón por una ración de comida en las oficinas inferiores. La orina de una semana nos volvía millonarios, comparados con muchos de los otros rufianes jóvenes que conocíamos por las calles.

Encontramos a nuestro amo en el techo —donde le gustaba ir cuando no tenía trabajo que hacer en los mohosos cuartos de abajo—, hablando con la viuda Lamb, que tenía la nariz rota y cumplía muchas tareas a su servicio, desde la más casual a la más terrible e íntima, quizá con la esperanza de que él se casara con ella y la elevara de su *status* oficial de Intocable... Al acercarnos a él, Jordill nos aferró y nos miró de arriba abajo. La mitad de su rostro, la mitad inferior, estaba casi vacía. En la mitad superior se hacinaba todo el pelo que le quedaba, las arrugas de la frente, las cejas, los ojos hundidos y con pesadas bolsas, la nariz protuberante con el extremo girado con rudeza hacia el mundo. En la mitad inferior, salvo el espacio vacío del mentón, sólo había la división tensa de su boca; esa boca, casi sin labios, se abría y cerraba como una especie de planta atrapamoscas cuando hablaba.

—¿De modo que ustedes, muchachos, han escapado a todas las trampas de los vagabundos de la ciudad, y están de vuelta aquí, con buena ganancia, supongo? —

dijo.

Hammer no tenía hacia nuestro amo el mismo respeto que tenía yo. Se libró de su mano y dio un paso atrás.

—Hemos hecho lo que nos pidió —dijo.

—No esperaba menos de ti, muchacho. Entonces, dámelo...

—Yo lo tengo, señor —le dije. Del interior de la túnica que cubría mis costillas saqué el pequeño ornamento que la gente del Barrio Vedado me había dado en cambio por los harapos que les habíamos llevado. Se lo hubiera dado, pero él se adelantó a quitármelo y lo sostuvo ante su rostro, riéndose con su boca pálida. Se lo arrojó a la viuda Lamb, que lo atrapó con habilidad y lo sostuvo entre sus ojos y el cielo haciendo un ruido con la lengua mientras lo observaba.

—¡Uno de ellos! —dijo.

—Vale bastante fundido, y más todavía si se lo vendemos a los Creyentes de la Piel Humana.

—¡No ha quedado ninguno! —exclamó la vieja Lamb, sorprendida ante la mención de ese credo fuera de la ley—. Todos fueron atrapados por la policía y enviados como labradores hace mucho tiempo, mucho antes de que muriera Jack.

—Ya lo sé... Como siempre, ya lo sé —dijo Jordill, arrugando su rostro con otra carcajada—. Nada es erradicado nunca, Lambkin; ni los retazos de ropa, ni la semilla, ni el pecado ni la esperanza. Los de la Piel Humana son más inteligentes ahora, y hacen su trabajo con más disimulo, pero su creencia no ha muerto, como no han muerto ellos, y una vez que les hagamos saber que tenemos este hermoso ídolo de su fe, lo pagarán bien.

—Pero, señor March... Es ilegal... Y temo por usted...

Comenzaron una de sus discusiones, que yo no intenté seguir. Hammer se escabulló, protestando porque yo no le seguía. Pero me quedé largas horas, sin comprender ni un ápice de lo que decía March Jordill, todo por captar algo, y cuanto más crecía, más comprendía. Ahora, de esta conversación, comprendí que el ornamento que habíamos traído del Barrio Vedado era una imagen de un culto prohibido de los muchos que florecían a nuestro alrededor.

Este ídolo del culto de la Piel Humana era una cosa fea y desnuda, con dos rostros masculinos, uno en la cabeza, otro en el pecho. Sus pies estaban apartados, sus nalgas apretadas, y comprimía los puños contra sus hombros de metal. Aunque no me gustaba, no me atrevía a reírme de él.

—No entiendo nada de eso, en absoluto —decía la vieja Lamb, haciendo la mueca de disgusto que generalmente acompañaba a su negación con la cabeza—. En mi juventud no había tantos problemas y cada cual creía algo diferente.

—Ah, estaban equivocados, entonces —dijo con deleite March Jordill, pues le agradaba destacar los errores de los demás—. Todos han empezado a creer lo mismo de nuevo, ahora que la autoconciencia humana vuelve a hundirse en la conciencia de masa. Presenciamos la creencia en una sola cosa, aunque viene superficialmente

disfrazada en muchas formas la creencia en la oscuridad animal de la que surgimos hace relativamente tan poco tiempo. La superpoblación no sólo ha traído un colapso de la organización económica, que depende y dependió siempre de la organización agrícola, como también un colapso de la organización mental. Volvemos a ser animistas. Este vil y compulsivo idolillo...

—Lo que dice está muy bien, pero no veo por qué la gente no habría de tener tantos hijos como quiera. Es el único derecho que no se les ha quitado —la vieja Lamb se enardecía siempre al hablar de este tema: ella había tenido quince hijos—. ¡Yo sé donde están los culpables! No es culpa de nadie aquí, sino de esos estados de África de los que tanto se habla. No ayudan a nadie, lo único que hacen es combatir entre sí y no se preocupan por las naciones más pobres. La gente dice: ¿por qué se habrían de molestar por nosotros? Pero yo digo: somos humanos igual que ellos, ¿o no? ¿Por qué un hombre blanco no va a ser tan bueno como uno negro, digo yo? ¡Eso es lo que digo siempre! Estoy acostumbrada a decir la verdad, ah sí, y en un lenguaje que todos puedan entender..., no con ese dialecto que usted saca de los libros antiguos. Yo solía decírselo al mismo Jack. Nunca soporté que los hombres dijeren tonterías.

—Debe haber soportado mucho para ser tan pródiga con su descendencia —observó Jordill—. Pero no se da cuenta de que la emergencia de las naciones africanas es la consecuencia de nuestra caída, y no su causa. ¡Ah, cómo se ha perdido el sentido de la historia! En un sitio del mundo después del otro, el hombre ha ido agotando los recursos naturales, simplemente porque no reprime sus tendencias naturales al mismo tiempo que reprime a sus enemigos naturales. Primero empobrecieron y agotaron Oriente Medio y el Extremo Oriente, luego Europa y luego América y el Usser. Así fueron agotándose y cayendo las naciones, y ahora el único poder que queda se encuentra en los estados africanos. La capa superficial de tierra allá —en muchas regiones— es aún lo bastante rica como para alimentar a un conjunto de naciones laboriosas y *conscientes*. Esa situación no durará, por supuesto. A menos que suceda algo muy radical muy pronto, veremos el fin de la humanidad. ¡Pero mire a esa multitud que se arrastra por la calle! ¿Le parece que ellos se preocupan?

—Bueno, de eso no sé nada. Pero yo solía decirle a Jack antes de que se metiera en esa trampa mortal que fue la rebelión... “Jack —le decía—, serás más grande que yo pero lo cierto es que no tienes la mitad de sensatez que yo tengo, adorando esas extrañas religiones, si es que así las quieres llamar.” Durante un breve período fue Abstinente, cuando estaba de moda serlo, como algunos piensan que está ahora de moda..., ya sabe, no intente mentirme con cosas así Por supuesto, siendo un hombre, no pudo mantener la posición mucho tiempo.

—Incluso en los períodos históricos más felices, el intelecto nunca fue un guía muy seguro del cuerpo...

Y así seguía la charla mientras yo permanecía allí con la boca cerrada,

escuchando. No sólo me intrigaba lo que decía March Jordill, sino también el modo en que lo decía, pues en estas conversaciones parecía adoptar el tono de un profeta y hablaba en un estilo ornamental —que más tarde, gracias a mis lecturas, supe que era el estilo literario—. Cuando más adoptaba esta modalidad, menos lo entendía la vieja Lamb; y así llegué a comprender que él hablaba, más que nada, para sí mismo. Sólo mucho más tarde, cuando fui condenado y tuve el tiempo para pensar que se le permite a un labrador, me sorprendió el hecho de que en esto mi amo no era diferente de la misma vieja Lamb o de tantos otros con los que me encontraba. Incluso en los viejos libros que encontré: ¿se habían tomado los autores todo ese trabajo para comunicarse con otras personas, o para comulgar con ellos mismos? Así llegué a una visión de mi mundo en la que todos eran asaltados por otros y para defenderse, se volvían hacia sus propias personas. Hubo un tiempo en que creí que éste era el único conocimiento que no tenía March Jordill. Ahora ni siquiera sé si es un conocimiento.

Mi amo terminó esta extraña conversación cuando la vieja viuda estalló en demoradas lágrimas, en recuerdo de la muerte de su esposo. Jordill se levantó, dio la espalda a sus sollozos, colocó el ídolo de la Piel Humana en el parapeto que corría alrededor del techo y miró la muchedumbre que pasaba abajo. Entonces le cantó estos versos, que escuché tantas veces que llegué a memorizarlos, aunque él los cambiaba y reordenaba según su voluntad:

*¡Miraos unos a otros, personas!
No debisteis haber dejado de miraros
unos a otros, como animales ciegos
os convertiréis en sombras improbables
ajenos al trabajo de nacer
en la múltiple ausencia
de sus dioses, nadie os mira.
¡Miraos, gente de la Tierra, obras de la Tierra!
Mirad, mirad más, y con un cuchillo
abrid una conciencia.*

Las brisas dispersaban las palabras, y antes de que la canción terminara, un golpe de abajo lo llamó al silencio. Deslizó el ídolo en uno de sus voluminosos bolsillos remendados, me tomó imperativamente por el hombro y bajamos a ver a un cliente, con el que mi amo comenzó un largo regateo...

El cuarto estaba lleno con la confusión de todo nuestro tráfico: no sólo ropas viejas de todo tipo, sino cualquier otro objeto que mi amo había adquirido con la idea de revender. Había cosas del pasado que en el presente, según mi opinión, no podían tener ningún uso. Me proporcionaban un extraño sentimiento del pasado; me imaginaba a esa gente solitaria haciendo y deseando cosas extrañas irrelevantes respecto las cuestiones reales e importantes de la vida. Esta impresión provenía de los

libros con una fuerza especial. Había muchos libros, pues nadie los quería en una ciudad en la que nadie sabía leer; libros apilados en viejas cajas, o amontonados en un rincón, de modo que formaban una especie de mesa en la que la vieja Lamb trabajaba con la máquina de coser. Como mi amo estaba loco, leía todos esos libros, y a veces en voz alta, para gran disgusto de Hammer, que no comprendía en absoluto los principios de la lectura. Yo sí comprendía, y March Jordill me alentaba.

—Aislamiento muchacho, aislamiento —me decía, y sus ojos me miraban sobre sus bolsas de carne—. Es lo que ha venido haciendo el hombre, y ha sido el camino erróneo. En alguna parte, algo fatalmente erróneo sucedió... Pero no seguiremos con eso; lo que te quiero decir es que si llegamos a ser lo que ahora somos, fue amputándonos del mundo que nos rodea. ¿Sabes cuál fue el invento más grande de la tribu humana?

—¿La rueda? —era algo que había leído, y, aún en aquel momento tenía la idea de que en algún sitio, en algún laberinto de la ciudad, podría encontrarse aún esa primera rueda, enorme y antigua y comida por los gusanos; sólo había que buscarla con la diligencia suficiente: la Rueda Original, tan concreta como el Pecado Original.

—No, no fue eso muchacho. Ni el descubrimiento del fuego. Mucho más vital fue el descubrimiento de que la comida podía cocinarse al fuego, porque al hacerlo, aquellos hombrecitos primitivos se apartaron de muchas enfermedades. En la carne cruda hay seres vivos, ¿sabes? Gusanos que se transfieren a tu estómago y viven allí cuando te los tragas. Al cocinar la comida, se los mata. Así se evitó un perpetuo drenaje en la salud de la tribu; tanto salud física como mental, pues no se las puede separar. Y la tribu que empezó a cocinar fue la única especie animal con esa ventaja. Porque comían mejor, vivían mejor en todo sentido, y así fue como el hombre se impuso a los demás animales.

—Ahora no comemos muy bien, amo. Yo tengo bastante hambre todo el tiempo...

—¡Ahora no vivimos muy bien! Eso es lo que va mal en el mundo. Es posible que hayamos matado a todos los animales peligrosos, pero también nos hemos comido a todos los demás, ¿ves...? Pero, ¿qué te estaba diciendo?

Si no se le mantenía centrado en su tema, se enfadaba mucho y llegaba a pegarnos, por lo que Hammer no le apreciaba mucho.

—Estaba diciendo que alguien nos había aislado.

—No, no es así. Hablaba de cómo la gente se aisló a sí misma, y te estaba dando un ejemplo —se volvió y miró con la cabeza inclinada, una pila de perneras de pantalones—. La gente progresó aislándose del mundo natural. Pero ahora ha llegado a un estadio ulterior. Cuando el suelo se volvió tan malo, se trasladó a ciudades levantadas sobre plataformas para mantenerse lejos del suelo, pero así fue como se aisló de su pasado. Es por eso que todo se va al demonio. Hemos sido aislados de la cultura que nos precedió.

—Creí que usted pensaba que eso tenía que ver con... el exceso de gente —

explicaba miles de razones para el estado del mundo, una nueva por cada libro que leía, y a mí me confundía.

Pero me tomó de los hombros y me sacudió y se rió con su risa peculiar, y dijo:

—Si llegas a ser un hombre serás bueno en las discusiones. Escucha siempre las discusiones, muchacho... A veces hay un grano de verdad en ellas.

A veces parecía tratarme como si pensase que yo tenía importancia. Otras veces, se quejaba por estar rodeado de idiotas como yo, la vieja Lamb y Hammer. Ahora que estaba ocupado con un cliente, me deslicé debajo de la mesa y me acosté bajo la manta junto a Hammer. March Jordill dormía encima de la mesa, sobre un montón de rellenos y almohadas, pues sufría de ciática y otros males, tanto que a veces nos asustaba con sus lamentos. El olor que había bajo la mesa era mohoso, a descomposición, y nos quedábamos allí apretados para entrar en calor, escuchando con medio oído el regateo.

No llegaron a un acuerdo, pues el cliente de mi amo pedía lo imposible. Al fin, mi amo le señaló al hombre la puerta que daba a las escaleras, y se la abrió.

Entró un policía de uniforme negro, y levantó un arma contra mi amo. Al mismo tiempo —podíamos verlo desde nuestro escondite—, se abrió la puerta que daba al techo y apareció otro patrullero con un robot detrás, escoltándolo. Debía haber aterrizado en el techo, no lo habíamos oído a causa de la discusión.

March Jordill se volvió y vio que estaba atrapado. Su rostro se puso muy blanco y viejo. Era gracioso: por primera vez en mi vida comprendía que no era un hombre muy viejo, como había pensado hasta entonces, sino un hombre joven con una mente muy vieja. Sus miembros empezaron a temblar, casi como los del hombre cuya carne habíamos visto caer momentos antes.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—March Jordill; está acusado de tráfico ilegal en diecisiete oportunidades —dijo uno de los policías—. Tendrá que venir con nosotros.

—No me moveré de aquí si antes no escucho cuáles son esos cargos —dijo mi amo.

Con gesto aburrido, el policía sacó un pequeño altavoz y lo conectó. Se oyeron los diecisiete cargos, todos los cuales pudimos reconocer Hammer y yo; no mencionaban el ídolo de la Piel Humana ni muchos otros delitos, pero comprendí que era bastante para condenar a March Jordill al trabajo en la tierra por el resto de su vida.

Se me ocurrieron por un momento algunas ideas delirantes para ayudarle. Estuve a punto de saltar y golpear a uno de los policías, pero antes de que pudiera moverme, Hammer me tomó del hombro y me mantuvo en la oscuridad junto a él, con su mano suavemente sobre mi boca para indicarme que no debía hablar ni respirar fuerte.

Mi amo fue introducido en el robot; eran máquinas con piernas, diseñadas en forma vagamente humana. Se abrían y había lugar en ellas para encerrar a una persona, entonces el robot podía moverse con su propia energía y llevar a la persona a

los cuarteles de la policía, bajo la ciudad, para que fuera interrogada.

Y eso fue lo que sucedió. En un minuto, todos se habían marchado. Yo estaba atónito.

—Vamos, muévete. Tenemos que salir de aquí antes de que vuelvan y registren el lugar —dijo Hammer, saliendo de debajo de la mesa—. Nos enviarán a la tierra sólo porque trabajamos para el viejo Jordill... ¡Pero muévete de una buena vez!

Salí y lo miré con odio.

—Vete —le dije.

—Seguro que me voy... Y si tienes algo de inteligencia, puedes ir escapando tú también, huérfano —corría alrededor del cuarto como un loco. Había tomado una bolsa y la llenaba con todos los artículos de valor que encontraba. Vi que March Jordill había dejado el ídolo de la Piel en un anaquel, mientras discutía con el cliente difícil (que sin duda había sido enviado por los policías). Hammer alzó el ídolo y lo metió en su bolsa. En la puerta, se detuvo y me miró.

—¿Vienes, Knowle?

—Creo que sí, pronto.

—No te entretengas. El viejo se ha ido para siempre, eso ya te lo imaginas. Mírame a mí... De ahora en adelante, soy libre y adulto. Me voy a vivir en libertad. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Todavía no.

—Entonces, adiós —levantó el pulgar en señal de despedida, y se marchó con la bolsa cargada sobre sus hombros.

En mí no había nada. Fui a la ventana polvorienta y miré afuera. En un minuto, Hammer apareció bajo la luz de la calle, pues ya era de noche. No bien salió, un hombre de uniforme que había estado vigilando el edificio, salió de las sombras y lo tomó por el brazo, retorciéndoselo, y se lo llevó. Fue ése el fin de la vida libre y adulta de Hammer.

Ahora sí podía llevar a cabo una huida segura. Pero antes de marcharme, estuve llorando allí un rato, con mis primeras lágrimas desde que había dejado el orfanato; lágrimas de soledad, lágrimas por la oscuridad que se avecinaba, lágrimas por mi amo, a quien estarían golpeando su larga cabeza inteligente allí abajo, lágrimas por cosas que nunca conocería.

Varios años después, cuando yo mismo me hice Labrador, encontré a Hammer, que era guardia, rudo, cruel, sobreviviente. A través de los años había tenido esperanzas de volver a encontrar a March Jordill. Tal cosa nunca sucedió. En su lugar, un día de mucho calor en Walvis Bay, me encontré enfrentado al hombre que se llamaba Peter Mercator, y a quien yo había conocido y odiado como el Granjero.

CAPÍTULO DIEZ

La sorpresa me quitó la ventaja que traía. Pero quizá lo que hice a continuación, le sorprendió más que cualquier otra cosa que yo pudiera haber pensado. Me quité las gafas oscuras, las plegué y guardé en un bolsillo, y le dije simplemente:

—Soy Knowle Noland. Usted quería hablarme.

Se levantó y vino hacia mí. Con su cabello blanco y sus cejas negras, su rostro era muy notable. Vi la actividad de sus ojos bajo las cejas, buscándome, estudiándome.

—Por cierto que quiero hablar con usted. Sentémonos junto a la ventana.

Al pasar por el cuarto, vi que había otro hombre con él, un anciano pequeño de rostro fofo y manos movedizas que se buscaban una a la otra. Por sus ropas y su aire ocupado, adiviné que se trataba de un profesional más que de un matón: me mantuve en guardia.

Mercator confirmó mi suposición, volviéndose hacia el hombrecito y diciéndole:

—Querría que nos dejara solos por un momento, doctor...

El doctor vaciló.

—Recuerde lo que le dije. Las drogas no lo hacen todo. Debe descansar más o no responderé por las consecuencias.

Con tranquila desesperación (¿era eso?), Mercator le respondió:

—Dentro de dos días seguiré sus indicaciones, doctor... Si es que todavía estamos aquí.

Ante esto, el médico hizo una tiesa reverencia y se marchó.

Desde los mullidos sillones junto a la ventana podía ver la plaza a través de los postigos venecianos. Varias personas caminaban por allí en medio del brillante sol de la tarde, y pensé que todo se iba poblando poco a poco. Estábamos muy lejos del suelo, durante un rato había olvidado que aquella habitación estaba en el piso diecisiete.

—Me está causando un pequeño problema, señor Noland —dijo Mercator, sentado de tal modo que pudiera estudiarme, como lo había hecho ya una vez en una oficina anónima, muchos años atrás—. No tengo idea del capricho que lo ha hecho venir a verme así, pero no podré permitirle que continúe libre, al menos hasta mañana a la noche, cuando hayan pasado los fuegos artificiales y yo esté de regreso en Inglaterra.

—He venido a explicar el modo inocente en que me impliqué en sus asuntos. Lo que está haciendo usted aquí no me interesa, excepto en lo que concierne a Justine Smith.

Alzó una ceja, y dijo casi con ansiedad:

—Justine...

—Sí. Justine, ¡su amante!

Su rostro parecía más macilento de lo que yo recordaba. En ese momento no sólo parecía más viejo, sino también, enfermo. Profundas arrugas corrían desde su nariz a

la mandíbula. Y las arrugas se acentuaron cuando dijo:

—Por cierto que estoy dispuesto a creer que usted sabe muy poco sobre mi organización, si eso es lo que cree. Justine no es, en el sentido en que usted lo piensa, mi amante; ni podría serlo. Es virgen. Y en ese mismo sentido, también yo lo soy.

—No bromeo —le dije, de mal humor.

—Supongo que usted lo encontrará cómico, pues observo que pertenece a la plebe, pero estoy hablando de un asunto de convicción personal; y sobre esa convicción descansa la actual empresa, tan peligrosa. ¡Justine!

Llamó, y Justine en persona apareció desde una habitación lateral. Parecía tan hermosa y fría como siempre. Noté por primera vez que sus pómulos eran altos, con sombras bajo ellos, y me pregunté con un sentimiento de amor, de qué nacionalidad o mezcla de nacionalidades sería. Fue a colocarse al lado de Mercator, que se había puesto de pie, sin tocarlo.

—El señor Noland ha venido a visitarnos, Justine.

—Te dije que había prometido hacerlo, Peter... ¿No es verdad?

—¡Justine! —exclamé—. Recuerda lo que dije... Y usted me había dicho que era prisionera de Mercator, ¡mentía!

Frunciendo el entrecejo, me respondió:

—Está muy lejos de comprender esta situación en la que se ha entrometido... No es cierto que yo le haya dicho que era prisionera de Peter. Si le dije que era prisionera, me estaba valiendo de una metáfora; hablaba de la prisión de la necesidad... ¿Qué harás con él, Peter?

¡La mirada que intercambiaron...! Aunque ambos parecían enfermos y exhaustos, había una confianza absoluta en esa mirada, una confianza que me excluía inevitablemente; no pude soportar verla.

Salté y enfrenté a Mercator.

—¿No me reconoce? —le dije—. Pero por qué habría de hacerlo... Sólo nos encontramos durante un momento, hace muchos años; y en aquel entonces yo estaba tan demacrado por la prisión y los interrogatorios, que para usted no era más que uno de esos miserables labradores... Pero para mí, usted era el Granjero; tan abajo estaba, como para poder conocer su nombre verdadero. Ahora estoy otra vez ante usted, en uso de todas mis facultades. Y no le será tan fácil hacerme a un lado.

Volvió a sentarse. Puso el mentón en una mano y apoyó el codo en su rodilla.

—Cuántas veces he soñado que la némesis tomaría la forma de un labrador... —dijo, casi para sí mismo—. Noland, Noland... Sí, ¿no fue el hombre que dio pruebas contra el Viajero? ¿El gitano Jess?

Después de todos esos años, mi rostro ardía por la sola mención de aquella noche desgraciada. Leyendo en él la afirmación que buscaba, Mercator prosiguió:

—¿Y de veras cree que le traté con desprecio? ¡Hice lo que pude por usted! Le salvé de las celdas de la policía... ¿No le conseguí incluso un empleo?

—Me colocó en el *Estrella de Trieste* como tripulación supernumeraria. Ascendí

hasta capitán mucho después de que usted se hubiera olvidado de mí. He venido aquí para decirle que ayer tuve el placer de hacer estallar ese podrido barco suyo, a menos de diez kilómetros de aquí.

Sacudió la cabeza y miró a Justine, como buscando un gesto de simpatía cómplice, mientras me daba respuesta:

—Hace cinco años, vendí mis intereses en la línea Estrella; ahora, casi todo mi capital está invertido en la industria de la antigravedad. Es el negocio del momento; si usted hubiera ahorrado algo de dinero, Noland, le aconsejaría que lo invirtiese en la antigravedad. A menos que haya una guerra mundial, por supuesto.

Al decir esto, Justine y él se sonrieron secamente.

—Ahora soy yo el que da consejos, Mercator... He recibido demasiados de usted en el pasado.

Se levantó y dijo:

—No me interesa el sufrimiento pasado. Estoy demasiado ocupado con el presente. No puedo permitirle que salga por ahí, Noland. Es obvio que usted está desequilibrado y no es enteramente responsable de sus acciones. ¿Quiere una bebida? Quizás así será tan amable de contarnos cómo se conectó con Von Vanderhoot...

No me tomaré el trabajo de decir aquí cómo odiaba a aquel hombre que vivía con tanta facilidad, que disfrutaba tanto de su poder, que se desembarazaba de mi ira tan ligeramente. No sólo odiaba lo que yo creí que era su actitud ante la vida; envidiaba todas las cosas y cualidades que él tenía, y de las que yo nunca sería heredero.

—No voy a explicarle nada, Mercator; máteme si quiere. Ya le dije a Justine lo poco que sé y no quiero repetirme. No dudo que ella se lo ha dicho. Ni voy a beber nada con usted —mientras hablaba, mi estómago gemía ruidosamente, recordándome el hambre que tenía.

Fue a un armario y sirvió bebidas para él y Justine. Aunque no dijo nada más, vi con satisfacción que su mano temblaba. Justine seguía mirándome. No pude interpretar su mirada sombría; mi vida nunca me había enfrentado con algo tan sutil como ella.

—Se comporta de un modo tan extraño... —dijo Justine con calma—. Está enfermo, ¿no es verdad? ¿Lo ayudaría saber lo que estamos haciendo aquí?

Estallé en una carcajada irritada:

—Es un placer oírla hablar, Justine; diga lo que diga.

Se volvió y pasó al cuarto siguiente. Mercator le echó una mirada de advertencia y sacudió la cabeza, pero ella le ignoró. La seguí. Mercator vino de prisa, le alcanzó una bebida en un vaso delgado y se marchó, aunque dejó la puerta abierta tras sí. Cuando ella hablaba, su voz era baja, de conspiración. También tenía un matiz acusatorio... ¡Qué difícil es soportar la ira de una mujer hermosa, aún cuando el estómago está gimiendo de hambre!

—¡Eres imposible con él, Knowle! Trata... Trata de comprender lo que sienten los otros. Peter es un hombre orgulloso, igual que tú: ¿cómo puedes esperar cualquier

forma de acuerdo, si sigues hablándole de ese modo?

—¿Acuerdo? ¡No puedo llegar a ningún acuerdo con él! Es uno de los hombres que ha hecho de mi vida una miseria. Si no fuera por él, yo...

—Estás buscando excusas débiles. ¡Oí lo que decías allí adentro! En realidad, Knowle, te tomaba por algo mejor. ¿No tienes creencias? ¿Siempre han sido tan desdichadas tus relaciones con los otros?

Ninguno de los golpes que yo había recibido en el pasado fue tan fuerte como el que me produjeron estas palabras. Entonces no sabía cómo podía condenarme desde su peculiar punto de vista religioso, pues no tenía idea de sus creencias aparte de las sugerencias de Mercator; pero sentí de inmediato que su agujón venía envenenado con la verdad: mis relaciones con los otros terminaban principalmente en el fracaso o en la traición, y la confianza no es vecina del miedo. Pero en aquel entonces, aún creía en la idea de que son las personalidades las que dan forma a la historia, en lugar de ser al revés. Y la herida que las palabras de Justine me produjeron, fue grande.

Recuerdo haber bajado los ojos y evitado su mirada.

—No hables de eso, Justine... Ese aspecto no te compete. Quizá no conoces su pasado. Han sido hombres como él los que arruinaron a Inglaterra, con su odioso sistema de explotar por igual a los hombres y a la tierra. No entenderías nada de eso.

Sus modales se mantuvieron irritantemente pacientes.

—No seas condescendiente. He estado en Inglaterra, y Peter y yo no tenemos secretos... Ambos pertenecemos a la misma fe.

—¡No importa la fe! Lo que digo es que no sabes lo que él me hizo a mí, personalmente.

—Sé que te salvó del trabajo de la tierra. Lo dijo, y él nunca miente. Además, Inglaterra está terminada, agotada, arruinada, lo mismo que todos los demás podridos pequeños estados de Europa, sí. Y de Rusia y China, y lo que se conoció como los Estados Unidos, en donde nací. No sabes nada del cuadro actual del mundo... Eres uno más en la masa. África es el único lugar con posibilidades en sus hombres y territorios. Si no, ¿por qué piensas que los otros vacilantes países como el tuyo y el mío habrían firmado tratados y alianzas con los estados africanos? Es para lograr que les ayuden, lo mismo que tú, que venías a buscar arena...

—¡Arena! ¡Arena! Por Dios, Justine; eso sí demuestra generosidad de los estados africanos. ¡Qué buenos son al darle a Inglaterra unas pocas toneladas de arena! Pero sabrás que la tenemos que pagar... Aunque sólo en la Costa de los Esqueletos tienen suficiente arena como para cubrir a toda Inglaterra. Apuesto a que tu amigo saca un buen porcentaje del negocio. Dime qué ha venido a hacer aquí, si no es a concertar algún negocio.

—Estamos aquí por otras razones. Ahora, mis palabras la habían herido. Alzó su mano y me abofeteó.

—¡Por lo visto, no entiendes razones! —gritó con furia desbordada—. ¿No comprendes cuánto odiamos a los de tu clase, con su pequeñez de miras, con su

orgullo materialista, los que han hundido al mundo? Millones sobre millones de ellos, agotando los recursos de la Tierra con sus estrechas ideas...

Aunque me sentía ofendido, sobre todo en mi orgullo, le dije:

—Está bien, Justine. Eres una pequeña aristócrata y odias a la gente común. Los de tu clase han disfrutado del poder durante casi toda la historia. Pero soy tan bueno como tú. Puedo leer tan bien como tú y no estoy tan envanecido. Si mi estómago gruñe en presencia tuya, es porque tengo hambre, y aún así dices que soy uno de los culpables de terminar con los recursos del planeta. ¡Eso es lo que vosotros habéis hecho!

Se volvió y caminó hacia la pared de enfrente.

—Tus creencias y las mías son absolutamente opuestas; fui una necia al querer explicarme contigo —dijo, pero su ira había desaparecido cuando me vio frotarme las mejillas—. No sabía lo irracional que eres. El régimen actual del mundo no tiene oposición seria porque no hay nadie que tenga ideas claras sobre la naturaleza del hombre y el carácter universal de la condición humana, lo que sucede porque no hay suficiente gente que pueda hacerse una idea metafísica de la naturaleza humana. Estamos en bancarrota espiritual y agrícola: quizá las dos vayan siempre juntas...

Todo eso fue dicho de un modo extraño, se me ocurría que estaba repitiendo algo que le había dicho Mercator. Al mismo tiempo, había bastante de defensivo en su voz, como para sugerir que quizá trataba de ofrecerme una explicación de su propia conducta. Me sentí preso de un deseo cercano al sexual; quise conocerla mejor, comprenderla. Y aún así, contradictoriamente, me negué a dejarme ablandar por lo que me había dicho.

—No entiendo de qué estás hablando, de todos modos no tiene nada que ver con lo que discutíamos.

—Sin duda, esto también te parecerá irrelevante...

Puso una cinta en un aparato y lo encendió. Salieron voces que reconocí. Eran voces que había oído a menudo a bordo del *Estrella de Trieste*, y siempre me habían aburrido. Se trataba de las estaciones de radio en inglés de varias de las naciones más poderosas de África: Argelia, Nueva Angola, Waterberg, Congo Occidental, Egipto, Ghana, Goya, Nigeria. La corriente de opinión predominante en ellas, como sabía, era dura y enérgica, y con no pocos rasgos agresivos hacia Europa y América, que se acentuaban cuando hablaban de sus vecinos africanos.

—¡No quiero oír esas malditas tonterías! —grité, pues ella ponía el volumen cada vez más alto.

—Escúchales, Knowle; mi muchacho duro y realista. ¿No te asustan con su codicia y sus exigencias?

—¡Apaga eso, Justine!

—Dicen lo mismo que decían las naciones europeas hace un par de siglos, Knowle. ¿Lo sabías? Todos quieren lo mismo: más tierra.

—Ya te dije que no quiero oírles. ¡Apágalo!

—¿Y sabes que sólo un hombre puede mantenerles en paz en esta época? En todo este continente, sólo un hombre tiene posibilidades de asegurar la paz entre las naciones africanas: el presidente El Mahasset —siguió alzando el volumen; las gruesas voces estallaban en nuestros oídos, sus palabras ya no podían distinguirse.

... hasta que ya no pude más.

—¡APÁGALO, MUJER!

—... ¡Y PETER MERCATOR Y YO VAMOS A MATAR AL PRESIDENTE MAÑANA!

De pronto, me vi libre del encanto que la conversación había arrojado sobre mí, y volvió la idea de la acción. Cuando me acerqué a la puerta, Mercator venía desde el otro lado. Sin detenerme a pensar, le golpeé con fuerza en la mandíbula. Mientras él retrocedía aún, crucé la habitación y salí corriendo al pasillo.

Las últimas palabras que había gritado Justine seguían en mi mente. Me convencieron de que ella y Mercator estaban implicados en una conspiración demencial.

Miré a la derecha y a la izquierda al pasar por la primera encrucijada del corredor. A la derecha vi a Israt; estaba hablando con un hombre de uniforme, al que tomé por un policía. Israt me vio y gritó. Comprendí que había estado en la suite de Mercator durante más de media hora, después que Thunderpeck se fue.

Vacilé apenas por un instante. Ambos se movían hacia mí; mi cerebro actuó sin pérdida de tiempo, me volví al restaurante. Los cuatro dignatarios aún estaban allí. Habían llegado al café y al coñac, y se sonreían ampliamente unos a otros, salvo el mestizo, hundido en su silla con un vaso de agua en la mano. Me dirigí al baño de hombres.

En un minuto, los hombres de Mercator estarían detrás de mí. Y esta vez sería cuestión de balas, no de palabras. ¡Estaban dispuestos a asesinar al presidente de África! Me habían revelado su secreto y no podían confiar en mí, que pertenecía a la odiada plebe. Sin duda, la bella y fatal Justine había revelado la verdad sólo porque su orgullo había sido tocado; bastaba con lo que me había dicho. Eso sellaba mi destino.

Tomé uno de los tablones que los albañiles habían dejado en el baño, y lo ajusté entre un lavabo y un secador de aire caliente, de manera que cruzara la puerta e impidiese abrirla. Eso les detendría durante un minuto; no había cerradura en la puerta. No hice caso esta vez de las chaquetas que había revisado antes, sino que alcé la unidad antigravitatoria del mestizo. Al mismo tiempo, alguien golpeó con violencia la puerta.

Vi que el cemento cedía bajo el lavabo. ¡Malditos sean por construir de modo tan precario! No tenía tiempo para ajustarme el arnés y atar la unidad como debía. Corrí hacia la ventana con el aparato en un hombro, la abrí y salí a la cornisa.

De inmediato me sentí cogido por la náusea y por un pánico extremo al ver abajo, muy lejos, la calle. Nunca había usado antes una de aquellas unidades, pues en esa

época todavía eran una novedad. Pero era demasiado tarde para volverme atrás. Volvieron a golpear la puerta y el lavabo vaciló. Busqué el dial de encendido de la unidad, la moví y salté del edificio.

De inmediato las calles comenzaron a venir hacia mí como en un remolino. En ese instante todo se hizo extremadamente claro. Noté que había mucha gente en la calle, incluso vi aviones en el horizonte, como si trajeran más gente aún para la ceremonia del día siguiente.

Y entonces un terrible pensamiento invadió mi cerebro; parecía haber olores extraños, comprendí que la unidad no funcionaba. Extendí las manos, grité con música espléndida. Los techos, el pavimento, todo giró hacia mí... ¡Y di contra el suelo!

CAPÍTULO ONCE

¿Me había creído en el infierno antes, en el purgatorio? ¿Me había creído en una vida después de la vida, en la que mi cuerpo destrozado pudiera seguir sufriendo?

Ahí estaba, créase o no. Y esos potentes símbolos de horror de los que me había sido tan fácil desembarazarme cuando aparecían en mi vida, ahora estaban ante mí de un modo innegable. Aún cuando corría huyendo de ellos, no podía decir qué forma habían tomado; en un momento pensé que eran esqueletos, y al siguiente que eran demonios vestidos con armaduras resplandecientes, provistos de grandes luces que me quemaban al tocarme.

El sitio en que estaba... ¡Parecía no tener dimensiones! Un escarabajo perdido en un trapo arrugado podría haberse formado una idea más adecuada del sitio en el que se encontraba, más que yo. Pues aunque podía decirse que estaba rodeado por calles y edificios de todo tipo, siempre estaban *demasiado cerca*, como si se apretasen contra mis ojos.

Si las dimensiones se habían roto, era porque mi cerebro se había roto. Gran parte de él no había sobrevivido a la caída. Demasiado se había perdido del todo, como para que yo llegara a adivinar qué había tenido en su sitio. Pero me acuciaba un deseo..., no, manía es una palabra más adecuada, una manía por establecer lo que había sido el mundo antes de que yo lo abandonase. No podía recordar nada de ese mundo, salvo que era distinto del que ahora me rodeaba.

Esta manía me torturó. ¿Qué había sido el mundo? ¿Qué era el mundo? ¿Y qué había sido yo, qué tipo de ser? ¿Qué era el 'yo' esencial? ¿Por qué nunca lo había puesto en claro cuando había tenido la oportunidad de hacerlo?

La manía me impulsó hacia una calle. Mejor dicho: la manía me llevó a una modalidad de ser una calle que fluía a mis lados. Alcé las manos para dejarla pasar bajo mis brazos. Había seres en la calle, seres muy parecidos a mí. También había una rígida etiqueta que me impedía hablar con cierta gente, aunque necesitaba ayuda desesperadamente, aunque estaba tan cerca de mí... Pero en el mundo antiguo lo que nos movía era la muerte (¡eso sí lo recordaba, y con claridad!); aquí sólo estaba la manía...

Traté de explicármelo con calma, con claridad. Por supuesto que no sería posible. Ciertos alimentos no pueden ser digeridos: sólo se pueden escupir. Algunos venenos no matan; lo embalsaman a uno en una especie de momificación viva, y la mente se esmalta y se vuelve un espejo distorsionante.

La calle rodaba más y más. Desplegó a mi lado un gran edificio redondo, como una cinta... Pero eran mis brazos los que lo hacían. Lo comprendí entonces, aunque ahora no lo comprendo. Al fin, la manía me llevó hacia un hombre sentado de tal modo tras un pequeño fuego en la calle, que su rostro estaba oscurecido por el humo. La etiqueta me permitía hablarle antes de que se alejara, porque sus ojos estaban ocultos.

Mientras la calle nos transportaba, le dije:

—¿Cómo era el mundo antes de que yo me fuese? Debo saberlo para liberarme...

—¿Entonces no sabe nada sobre las ovejas y las cabras? —me dijo—. Puedo hablarle de las ovejas. Pero tendrá que buscarse a otro que le hable de las cabras.

Apenas sí pude entenderlo, pues parecía moverse a velocidad mayor que la mía. Quizás en este punto yo le golpeaba, pero el humo me impidió verle el rostro, y sin esperar una respuesta empezó a hablarme de la oveja de un modo automático que sugería que a lo largo de los tiempos había tenido que repetir interminables veces su cuento.

—Había un gran campo de ovejas —dijo—. Muchas de las ovejas tenían corderos, y todas eran felices. No tenían ninguna preocupación; ni financiera, ni matrimonial, ni moral ni religiosa, y además la hierba era buena.

“Lo único que las molestaba era el ferrocarril. A lo largo de un lado del campo, donde ellas preferían recostarse, había un terraplén, por encima del cual corrían los trenes diesel.

“Doce trenes diesel pasaban por encima del terraplén por día. Nunca se detenían, pues no había por qué detenerse, y nunca tocaban el silbato, pues no había motivos para hacerlo. Pero pasaban por ahí muy rápido y haciendo mucho ruido.

“Cada vez que pasaba uno de los trenes, las ovejas y los corderos se veían obligados a correr alejándose del terraplén hasta el otro lado del campo, porque temían que el tren pudiera atropellarlas. Siempre pasaba un largo rato después que el tren se había ido, antes de que se atreviesen a volver a sus pastos.

“Una de las ovejas más viejas de ese campo era considerablemente más sabia que el resto. Cuando había corrido por duodécima vez en el día, se dirigió al resto del rebaño.

—Amigas mías —les dijo—. He estudiado cuidadosamente el camino que siguen esos horribles monstruos de metal cuando pasan por nuestros pastos. He observado que nunca bajan del terraplén. Siempre nos hemos enorgullecido, no sin razón, de que podemos correr tan rápido que esos horribles monstruos de metal no pueden atraparnos. Pero quiero que consideréis una teoría enteramente nueva, basada en mis observaciones. Amigas: suponed que esos horribles monstruos de metal *no puedan* bajar del terraplén...

“Hubo algunas risas burlonas, sobre todo entre las más ligeras. Sin turbarse, la vieja oveja siguió diciendo:

—Pensad en lo que resultaría si mi teoría es correcta. Si los horribles monstruos de metal no pueden bajar del terraplén, entonces no nos perseguirán. De hecho, amigas mías, es posible que las percepciones de estos seres sean tan extrañas que ni siquiera tengan conciencia de nosotros.

“Estas palabras eran tan sorprendentes y nuevas, que de inmediato comenzó una acalorada discusión. Como señalaron varias ovejas, si la hipótesis era correcta, esto implicaría que los pastos y ellas mismas no eran el centro de la estructura de las

cosas; lo que constituía una herejía intolerable que debía ser castigada. Los corderos las contradijeron, argumentando que la gente debía tener libertad para pensar lo que quisiera, siempre que no lo comunicaran a nadie. Lo peligroso de la hipótesis es que si se creía en ella, nadie se molestaría en correr muy rápido cuando viniesen los horribles monstruos de metal, en poco tiempo el rebaño entraría en decadencia y no podría correr en absoluto.

“Cuando todos dijeron lo que querían decir, volvió a hablar la vieja oveja sabia.

—Afortunadamente, es posible probar empíricamente mi teoría —dijo—. Mañana, cuando venga el primer horrible monstruo de metal, no correremos; nos quedaremos echadas junto al terraplén, y todas podréis ver que el horrible monstruo de metal pasa a toda velocidad sin tomarnos en cuenta.

“La proposición levantó gritos de horror: era un insulto al sentido común. Pero esa noche, era tal la intriga del rebaño que fue evidente que por la mañana todas cooperarían en el peligroso experimento y la vieja oveja sabia se saldría con la suya.

“Cuando la vieja oveja sabia percibió este estado de cosas, empezó a dudar. ¿Y si estaba equivocada y todas eran exterminadas por los horribles monstruos de metal?

“Al fin el resto del rebaño se durmió, y ella decidió que debía subir sola al terraplén y estudiar el territorio enemigo. Si veía algo que la alarmase, podría posponer el experimento...

“Llegar a lo alto del terraplén fue más difícil de lo que había esperado. Había que atravesar alambres, luego trepar por una pendiente empinada, atravesar arbustos espinosos; la vieja oveja sabia no estaba acostumbrada a este ejercicio. Cuando llegó arriba del terraplén, tuvo un ataque al corazón y murió.

“El rebaño se despertó a la mañana siguiente y no tardó en ver los cuartos traseros de la vieja oveja sabia encima del terraplén. Hubo un consejo. Llegaron a la decisión de que, para honrar su memoria, debían realizar el experimento.

“De modo que cuando se oyó aproximarse al primer horrible monstruo de metal, todas las ovejas se quedaron tías en el sitio en que estaban. Apareció rugiendo el horrible monstruo de metal, chocó contra el cuerpo de la vieja oveja sabia, descarriló y cayó del terraplén, y mató a todas las ovejas sin excepción.”

La historia me desconcertó.

—¿Y qué pasó después? —le pregunté al hombre sin cara.

—La hierba volvió a crecer alto en toda esa comarca.

Le dejé, o dejé que la calle se lo llevara. Ahora los edificios se movían más rápido. El efecto no era como si yo corriese hacia adelante, pues yo también iba hacia atrás, salvo que a menor velocidad que ellos.

La manía volvió a poseerme de un modo salvaje y me impulsó a hablar con una anciana que se apoyaba en un bastón. Sus ojos estaban cerrados, o quizás tenía párpados sin pupilas debajo, pero en cualquier caso no me miró en ningún momento mientras estuve ante ella.

—No comprendo nada —le dije—, sólo sé que hay sufrimiento. ¿Por qué

sufrimos, anciana?

—Te contaré una historia —me dijo; aunque ambos nos movíamos en el torbellino, ella hablaba con suavidad, y yo apenas si podía captar sus palabras.

—Cuando el Diablo era niño, se le mantuvo alejado de todo conocimiento de las cosas amargas del mundo. Sólo se le permitía ver las cosas felices. El pecado, la desdicha, la fealdad, la enfermedad, la vejez, se mantuvieron en secreto para él.

“Un día, el Diablo se escapó de su niñera y trepó al muro del jardín. Salió a la calle lleno de excitación, hasta que encontró a un viejo doblado por la edad. El Diablo se detuvo y lo observó.

—¿Por qué me miras? —dijo el viejo—. Se diría que nunca has visto antes a un viejo.

“El Diablo vio que sus ojos eran sombríos, su boca flácida, su piel llena de arrugas.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó.

—Esto le sucede a todos. Es una enfermedad incurable llamada tiempo.

—Pero, ¿qué has hecho para merecerla?

—Nada. Me he emborrachado, a veces he mentido, he dormido con mujeres bonitas, no he trabajado más de lo necesario... Pero esas no son cosas malas. El castigo es mayor que el crimen, jovencito.

—¿Cuándo te curarás?

“El viejo se rió.

—Detrás de mí viene un funeral por la calle. ¡Échale un vistazo! Es el único modo de curarse.

“El Diablo esperó donde estaba hasta que llegó el funeral. Trepó a un árbol a un lado del camino y cuando pasó la procesión fúnebre, miró la cara del cadáver. Aunque también era un viejo, parecía más tranquilo y menos torturado que el anciano con el que había estado conversando. Parecía como si se hubiera curado, tal como había dicho el viejo. De modo que el Diablo siguió la procesión hasta el cementerio, a ver qué sucedería después.

“Se sorprendió al ver que ponían al cuerpo en un agujero y lo tapaban con tierra. Se quedó en el lugar hasta que todos los demás se marcharon, pensando que las cosas no eran como debían ser. Aún estaba allí cuando uno de los criados de su familia le encontró y le llevó amorosamente a su casa.

“Al día siguiente, el Diablo volvió a saltar por el muro. Quería ver si el cadáver se había curado como debía. Halló una pala en el cementerio y comenzó a cavar en la tumba. Lamentablemente, había olvidado cuál era la del muerto del día anterior, y cavó en muchas otras. En cada agujero encontró cosas terribles con rostros alarmantes, llenos de gusanos. Decidió que cualquier cosa era preferible a esa cura llamada muerte.

“Fue ese día que el Diablo se puso enfermo; ese día, también, decidió lo que quería ser cuando fuese mayor.”

Miré a la vieja con sus ojos cerrados. Como todos los habitantes de aquel purgatorio, sus palabras estaban más allá de mi comprensión.

—¿Y qué fue el Diablo de mayor?

—¡Un hombre de ciudad, por supuesto! —dijo, riéndose de mí.

La calle volvió a arrastrarme, o tal vez fuera la manía la que me perseguía. Me pareció caer, a velocidad cada vez mayor, de modo que los otros seres que había allí pasaban a mi lado como si cayeran por un precipicio. Todo era confuso, pero sentí que quizá no estaba haciendo las preguntas correctas, o los otros hacían suposiciones falsas, y que eso agravaba mi velocidad de caída.

Una niñita caía a mi lado, una niñita delgada, con brillantes rizos color cobre, pero el rostro como un pergamino quemado. Le grité, por encima de los ruidos:

—¿Cómo podemos saber si estamos preparados para la verdad?

Cuando me sonrió, vi que no tenía dientes; la tomé entonces por una vieja enana que se había teñido el cabello.

—Hay un cuento sobre eso —me dijo—. Sobre un joven pobre pero orgulloso que saltó desde el piso diecisiete de un hotel, al suelo. Mientras caía, se preguntó si toda su vida y la vida de casi todos los demás que él conocía, no estaba basada en valores ilusorios. El suelo giraba...

—¡Alto! ¡Alto! ¡No me digas cómo termina la historia! ¡Es mi propia historia! Moriré si me dices algo más. ¡Ahora veo que aún tengo el poder de elegir mi final!

Ya al pronunciar estas palabras empecé a desligarme de toda aquella extraña locura. La vieja bruja se alejó en un remolino, y comprendí que lo que había tomado por una calle no era nada por el estilo. Aquellas líneas verticales, aquellas chimeneas de ventilación, aquellas barandas y ventanas..., formaban parte del *Estrella de Trieste*. Pues ya había terminado con África, navegaba de regreso a casa en mi barco y dejaba atrás todos los problemas.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de que mi barco estaba acorazado; pude ver que el gris de la calle no era otra cosa que el escudo que lo protegía casi todo, volviéndonos inmunes a todo salvo un ataque nuclear. Aferrado al timón —navegábamos entre aguas grises a tremenda velocidad—, era difícil ver el rumbo, de tan gruesos como eran los cristales blindados.

Cuando apareció la costa de Inglaterra, sonaron las campanas y la tripulación empezó a gritar de alegría. Le di a la nave un poco de velocidad adicional. Respondía como una mujer, y subimos a una rampa de desembarco sin dificultad. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que manejaba un vehículo anfíbio.

En un momento, llegamos a la ciudad más grande. Estaba en lo alto de su plataforma, de muchos kilómetros de ancho, y a su alrededor se extendían las tierras exhaustas: antes de subir a la plataforma vi pequeños seres pálidos plantando hilera tras hilera de plantas marchitas. Seguí con más lentitud e introduje la nave por una de las calles.

Todos los marineros estaban apoyados contra las bordas, gritando de alegría y

saludando. También en mi corazón se alzó un enorme alivio de que estuviéramos de regreso en casa. Pero en las calles vi cosas que no deseaba ver.

Primero vi cómo había sido construida la ciudad, cómo los vehículos subterráneos que corrían por debajo de la plataforma de base, habían eliminado la necesidad de todos los vehículos de distribución y aprovisionamiento y administración, que antes había atestado las calles; todos habían sido automatizados y corrían bajo el nivel del suelo. También se habían eliminado mucho tiempo atrás todos los vehículos privados, para lograr mayor eficiencia en el transporte público. Como resultado, el tránsito había desaparecido y las calles eran estrechas.

A ambos lados estaban las casas de los ciudadanos, de la plebe. Más que apartamentos eran barracas; se distribuían por toda la ciudad, eran la ciudad, pues la ciudad se había descentralizado. Dividida en distritos, ningún distrito tenía privilegios sobre ningún otro. Todas las oficinas públicas y de gobierno eran iguales a las construcciones plebeyas en las que vivían los trabajadores. Sólo de vez en cuando la forma brutal de una fábrica o de una distribuidora quebraba la uniformidad.

Una de las fábricas frente a la que pasamos, alta y negra y sin ventanas, era una fábrica de tierra, donde se inyectaban microorganismos sintéticos a la arena que nosotros traíamos de la costa africana.

¡Pero la gente, el pueblo del que yo había surgido...! Me volví hacia ellos con interés, y comprendí por primera vez el grado de brutalidad al que había llegado. Cuanto más trabajo tomaban a su cargo las máquinas, más se parecía la gente a las máquinas. Un cuerpo malnutrido muestra sus coyunturas, tendones y huesos de un modo muy poco diferente al de un robot ordinario.

Pero los robots no sufren esas horribles enfermedades de la piel. Los robots no tienen estómagos y piernas distendidas por el beri-beri. Nunca sufren úlceras o escorbuto. El raquitismo no tuerce sus columnas ni quiebra sus rodillas. No caminan con aspecto de perro apaleado. Sus mecanismos no se atrofian ni se quiebran sus corazones. ¡Lo había olvidado, lo había olvidado!

Muchas de aquellas personas trágicas llevaban encima amuletos para mantener alejada a la enfermedad. La mayoría de ellos había entrado en cultos y religiones extraños. Entre los de ideas más simples, las orgías formaban una parte vital, aunque ocasional, de sus vidas; la pérdida del semen estaba fuertemente ligada con la fertilidad vital de la tierra de la que habían sido separados para siempre. Entre la élite —pues cada hormiguero tiene su aristocracia—, había un culto austero que prohibía el contacto sexual, pues el mundo ya estaba cargado con demasiada gente; su lema era: “que la Tierra produzca una decadencia”.

Vi todo esto y lloré; y solté el timón, y alguien de la tripulación que estaba a mi lado lo tomó. Él siguió un curso más alocado que el que yo había seguido. Nos llevó de una ciudad a otra, no sólo en Inglaterra; seguimos a Escocia y luego a Escandinavia, a Europa, a Rusia, a la China y a América. Todas las ciudades pasaban bajo nuestra quilla como las piedras bajo los pies de un corredor, y cada una de las

ciudades era igual a la anterior en su miseria y monotonía. En todas ellas la gente, la interminable gente, pasaba hambre y moría y tenía esperanzas y pasaba hambre. Era como si ese ansioso deseo del cuerpo que les proporcionaba duplicados de ellos mismos fuera parte de la agonía mortal del universo entero.

—¡Basta! —grité.

Al instante se desvanecieron las ciudades y fueron reemplazadas por el mar, el mar de noche, una extensión oscura y aireada de agua que gruñía en su lecho. Lleno de alivio, me volví a la figura oscura que sostenía el timón. ¡Era el *doppelgänger*, la Figura!

Nuestros ojos se encontraron. Tenía ojos, aunque no tenía cara... Pero sí, tenía cara pues por primera vez vi que se trataba de mí mismo, un reflejo de mí mismo como si estuviera hundido en un pozo de aceite, aprisionado detrás de una terrible superficie de culpa.

Su sufrimiento —esto lo supe en el primer momento en que se encontraron nuestros ojos— era inseparable del mío, su condena era la mía, y si su espíritu estaba perdido, también lo estaba el mío. Aún así no sentí compasión, sólo odio. Salté hacia esa cosa espantosa.

Cuando le agarré por la garganta, él me agarró la mía y luchamos con furia. En esos segundos angustiosos, no se parecía a mí. Sus colmillos resplandecían contra mi rostro, y luché por evitar que me mordiera los labios. Ahora había logrado aferrarle mejor, y apreté y apreté hasta que sentí que se desgarraban las costuras de mi traje. Él luchaba, y me apretó tanto que una nube de sangre me nubló la visión y no pude apartarla. Pero mantuve mi abrazo, y gradualmente la luz murió en sus ojos. Le di una sacudida final y caímos juntos en el pozo de aguas aceitosas.

Su figura, su rostro horrible, estaba debajo del mío. Lentamente se hundió, desapareció de la superficie. Una mano quedó afuera cuando el resto ya se había hundido; sus dedos tocaron mis dedos, luego todo se perdió en la oscuridad del mar.

Me quedé mirando, mucho después de que lo que había parecido mi reflejo se hubiera hundido y desaparecido en el agua. Nuestros momentos más profundos vienen en esos períodos de inactividad. Supe que algo se había evaporado del océano de mí mismo. Casi por primera vez fui consciente del modo en que mi vida había estado emponzoñada por la enfermedad y la alucinación. Aún no podía decir qué especie de fantasma era la Figura; quizás había sido la proyección mental de un deseo de escapar a mi propia circunstancia miserable, un esfuerzo por crear el ser libre que yo no era. Sea como fuere, comprendí que ahora había desaparecido; la paz subió en mí como una marea, al comprender que nunca más volvería a darle el timón.

La filosofía no es mi fuerte, aunque muchas veces he tratado de rescatar el sentido de mi vida y del movimiento asesino de la historia; pero entonces traté de revisar las fantasías que la enfermedad me había infligido. Algunas las he declarado en esta narración. En su momento, tenían en mi mente un lugar tan firme como las percepciones del mundo real, y los continentes alucinatorios a través de los que me

había visto obligado a marchar, no eran más fantásticos que África o Inglaterra.

Pero el océano que unía a todos los continentes volvió a atraer mi atención. Moviéndose alrededor de mi cuerpo, me recordó que hacía frío y que debía salir del agua.

La simple idea del esfuerzo me hizo sentir terriblemente enfermo. La oscuridad giró dentro y fuera de mi cabeza.

Caminé sobre el agua, jadeando. Lentamente, volvió a mí una especie distinta de conciencia. El peso de mi cabeza pareció hacerme recordar. Capté un aroma de cebollas friéndose, y de flores, pero tan débil... Y luego se perdía en mi cabeza, que estallaba. Tan intensa fue la jaqueca durante un momento, que no pude fijar la vista para ver dónde me encontraba. Al fin, la nube se dispersó. Miré a mi alrededor. Allí estaba en la ciudad de Walvis Bay, a medias terminada, a medias en ruinas.

Yo la veía a través de la oscuridad de la noche y desde un ángulo extraño. Estaba de pie, hundido hasta el pecho en el mar, bajo un muelle que era una continuación del paseo principal de la ciudad. Al fin había vuelto a la conciencia y alguien caminaba cerca de mí.

CAPÍTULO DOCE

No intenté de ningún modo escapar a quien me buscara. Toda mi voluntad estaba dirigida a llegar a tierra firme y evitar que las pequeñas olas que rodeaban la playa me hicieran caer y me ahogaran.

Los pilares del muelle estaban cubiertos de hierbas marinas. Me apoyé en ellas, mientras el agua giraba en mis talones, tratando de orientarme de nuevo. Aunque estaba cansado, me sentía extraordinariamente bien, ahora que la cabeza había dejado de dolerme... ¿Acaso no había vencido mi demonio personal? Pero, ¿qué significaba, después de todo, esa victoria? ¿Cómo es que me había mejorado moralmente, espiritual y físicamente? Por ahora, no podía saberlo, aunque la falta del temor que sentía hacia el miedo que se aproximaba en la oscuridad era un verdadero portento.

Lo último que recordaba del mundo externo era mi caída hacia el suelo con la unidad antigravitatoria. El hecho de que estuviera vivo, probaba que me había depositado a salvo en la calle. Pero, ¿qué había hecho por mí esa caída catártica? ¿Sería posible que hubiera tenido un efecto tónico sobre mis nervios y glándulas, hasta el extremo de curar al fin el escotoma escintilante que había sufrido? Tampoco esto podía asegurarlo, pero la calidad especial de mi última alucinación y su intensidad, me inducían a tener esperanzas al respecto.

Por supuesto, no recordaba qué había estado haciendo durante las horas que, obviamente, transcurrieron desde que salté de la ventana del hotel. Había escapado a las fuerzas de Peter Mercator, eso era evidente; era lo único evidente. ¿Qué estaba haciendo ahora Justine? ¿Dónde estaba el doctor Thunderpeck? Pero ya estaba cansado de preguntas...

Miré hacia el paseo, donde brillaban las luces. Se oía música. Vi las siluetas de muchas personas, sombras dentro de las sombras, caminando. Walvis Bay se llenaba para la inauguración presidencial. También pude ver a un hombre que me observaba, apenas iluminado, de pie en la playa y medio oculto por los soportes del muelle.

Había algo calzado en el ángulo de las vigas contra las que me apoyaba. Había estado atascado ahí durante bastante tiempo pues la acción del mar lo había lustrado y colgaban de él algunos escaramujos. Cuando lo saqué, resultó ser una delgada vigueta de cierta longitud, con un perno de hierro en un extremo; quizás había sido parte de algún bote nativo, perdido mucho tiempo atrás; de cualquier modo, era un arma efectiva, aunque incómoda. Disimulando mis movimientos, lo ceñí a mi cinturón, bajo la túnica manchada que llevaba.

—¿Qué quiere de mí? —exclamé.

La silueta caminó por el muelle de inmediato, sin intentar ocultarse.

—¿Se encuentra bien, al fin? —preguntó. Pude reconocer aquella voz.

—¿Es usted, Mercator? Será mejor que charlemos.

—Es lo que he estado esperando.

Salí pesadamente del agua. Mercator ya no era una figura que me produjera

miedo. Tendría que sacarle el máximo de información.

Nos encontramos en la playa, con el océano gruñendo a nuestros pies. Una vez que nos hubimos observado lo suficiente a la luz pálida que venía del paseo lejano, nos sentamos uno frente al otro. Su rostro se veía fantasmal y lívido; supuse que sucedería lo mismo con el mío.

—¿Cuánto tiempo hace que me sigue?

—No mucho, aunque le he estado observando durante varias horas... Desde que me golpeó en la mandíbula y abandonó el hotel con más ingenio que sensatez —su voz era susurrante, apenas si podía oírla sobre el ruido de las olas que rompían en la cercanía.

—No desaparecí lo suficiente.

—Por cierto que no. Cuando saltó de la ventana de un modo tan increíble, aterrizó en una calle lateral y comenzó a caminar abiertamente, mirando las caras de la gente y hablando consigo mismo; Israt y yo le hubiéramos podido atrapar con facilidad, si no hubiésemos tenido otros problemas en esos momentos...

—¿Qué otros problemas? —la arena que resbalaba entre mis dedos me producía una sensación desagradable.

—Somos vigilados. Aquí todos están contra todos. Sospechan en especial de un extranjero como yo que habla con un desconocido como usted. ¿Sabe a quien le robó la unidad antigraavitatoria?? Al primer ministro de Argelia, el general Ramayanner Kurdan. El viejo Kurdan es un enemigo peligroso. La historia de Argelia en los últimos doscientos o trescientos años...

—No importa ahora su historia, Mercator. Por supuesto que van a estar contra usted, si planea asesinar al presidente de África mañana. Yo mismo estoy en contra, y le aseguro que tengo pocos intereses en la política. ¿No es acaso reconocido El Mahasset como el político más capaz que haya producido nunca África?... una mezcla de Nehru, Chou-en Lai y Churchill?

—Sí, sí Noland, estoy de acuerdo. Pero de eso se trata precisamente —se detuvo de pronto y se aferró el pecho. Se dobló hacia adelante hasta que su frente casi tocó la arena. Cuando volvió a erguirse, su rostro estaba duro y tenso, y cuando habló, su voz temblaba—. Usted no es el único enfermo en la playa. Una crisis... Salí sin mis píldoras. ¿Se ha dado cuenta que el ideal de salud ha desaparecido del mundo? Hoy día, lo patriótico es estar enfermo.

—Mire Mercator, no necesito sus discursos. Lamento que esté enfermo, pero no quiero tener nada más que ver con usted. Para empezar, nunca tuve intención de participar en sus negocios.

—No diga eso, Knowle. Está implicado en ellos, y lo sabe. Este asunto nos concierne a usted y a todos —el espasmo había pasado, se reponía—. Escuche, le seguí con paciencia porque quiero pedirle que haga algo.

—¿Dónde está su matón favorito, Israt?

Me respondió con un matiz de ira.

—Israt se libró de su doctor Thunderpeck. Vino conmigo pero nos separamos entre la muchedumbre, espero que esté a salvo; de todos modos, no es mi matón favorito. Los dos pertenecemos a la misma religión: somos Abstinentes. Ninguno de nosotros le ha hecho el menor daño...

—¡Ja! ¿Y todos esos años miserables que pasé en su miserable granja?

—Vamos, sea un poco sensato. ¡Olvídese de aquéllo! Además, yo estaba sólo nominalmente a cargo de la granja. Usted sabrá que en los últimos siglos los granjeros se han ido apartando lentamente de sus tierras. Cosa inevitable a medida que las granjas, bajo presión de la así llamada Eficiencia, crecían cada vez más. Cuando me retiré, este año, todo lo que hacía era firmar papeles. Yo era un prisionero de mi trabajo, como usted lo era del suyo.

—Debería probar unos cuantos años la vida en una de sus malditas aldeas, antes de decir eso...

—No soy responsable del sistema de castigo, Noland. Yo no decidía quiénes trabajarían en la granja. No es que esté tratando de salvarme de toda culpa, y por cierto que tampoco trato de defender un sistema que en realidad me resulta más odioso que a usted —hundió los dedos en la arena y pude notar que volvía a sentir el dolor—. Escuche Noland, ¡por Dios! Quiero su ayuda, le pido que nos ayude antes que sea demasiado tarde.

—Lo lamento, pero no. Y ahora, vuelva al lado de su médico.

—Eso puede esperar. Escuche, debo confiar en usted; no tanto porque seamos compatriotas, como porque no puedo confiar en ningún africano en un tema emocional como éste.

—Está loco, Mercator. Vamos, déjeme llevarle de regreso al hotel —me incliné y traté de hacerle levantar, pero él protestaba; entonces le amenacé—. Debería entregarle a la policía, lo haría si no quisiera involucrarme. Esa idea suya de matar a El Mahasset es una locura.

Él resistía a mis esfuerzos por levantarlo.

—Es sobre eso que quiero hablarle, Noland; sé que usted es duro y no tiene escrúpulos. Quiero que usted mate a El Mahasset por mí. Le recompensaré con creces...

Tanta fue mi sorpresa, que le solté. Se alzó sobre sus rodillas, tosiendo y apretándose el pecho.

—¡El Mahasset tiene que desaparecer! No queremos que toda África se una. Si el presidente desaparece, los estados africanos se disolverán. Se desatará la guerra entre ellos, y sus aliados de América y Europa se mezclarán en ella. El resultado será una guerra nuclear en la mayor escala posible. Toda la estructura actual de la sociedad se derrumbará —vaciló, y dijo—: Noland, estoy enfermo; es un tumor canceroso en mis pulmones... Pero usted ha oído lo que le dije, no puedo confiar en mis fuerzas para matar al presidente. Debe hacerlo usted.

Caí de rodillas a su lado, amenazándole con el puño.

—¿Y cree que le ayudaré a hundir el mundo en una guerra? ¡Está loco, Mercator! Lo habría sabido desde un principio si me hubiera tomado el trabajo de estudiar aquellas cartas que le dirigió Justine. ¿Adónde fueron a parar esas cartas?

—Las tengo yo aquí, pero le pido que escuche mis razones, Knowle...

—Ya he oído bastante —le dije—. Créame, Mercator. Lo lamento por usted, pero no voy a disparar contra el presidente. Ni usted. Nadie. Quizás usted no sea nada peor que uno de esos locos idealistas, pero son los idealistas los que han venido causando problemas a la humanidad desde hace miles de años.

Su rostro se retorció.

—¡Ahórrese sus especulaciones, estúpido plebeyo!

Me puse de pie.

—Iré a buscar a su médico, Mercator. Luego iré a la policía a decirles dónde está y lo que está planeando.

Trepé en dirección al paseo, con las ropas mojadas y llenas de arena. Él me llamó hasta que me perdí entre la gente y ya no pude oírle.

La multitud empezaba a despejarse. Cuando pasé por la Plaza del Presidente, cuyos edificios estaban totalmente iluminados por reflectores, vi en el reloj de la torre más alta que era más de la medianoche. Ya era el día de la llegada del presidente.

Mientras caminaba, sentí menos el cansancio que una curiosa ligereza que asocié con el hambre. Ya me sentía más allá de la necesidad de comida, pero me urgía mucho un trago. Aparté mis ideas de mi persona y traté de evaluar lo que me había dicho Mercator. ¿Por qué podría desear un hombre, aunque estuviera loco, destruir al mundo? Recordé lo que había dicho antes sobre sus inversiones en la industria de la antigraedad; uniendo ambas cosas, pensé que tenía la respuesta: preparaba una guerra para llegar a ser más rico y más poderoso. Bajo el presente cuadro de pobreza, con la mayoría de sus esfuerzos tecnológicos dedicados a la agricultura y a las tecnologías complementarias de ésta, el mundo desarrollaba lentamente la industria de la antigraedad en el aspecto comercial. Pero una guerra aceleraría ese desarrollo de un modo gigantesco; y Mercator, enfermo como estaba, no podía esperar ver el fruto de sus previsiones.

Tal fue mi diagnóstico de la situación, y me sentí horrorizado. Con todo, cumplí mi palabra de ir ante todo al Hotel Sudatlántico a buscar al médico del hombre. Lo haría más que nada por Justine.

Aunque la puerta de la suite de Mercator estaba abierta de par en par, no sospeché nada malo al entrar. Pero una vez en la sala me enfrenté a un caos. El contenido de los cajones y armarios había sido arrojado al suelo, los vasos estaban rotos, los cuadros descolgados o destrozados, las mesas tumbadas..., hasta la alfombra había sido levantada del piso y amontonada en un rincón. Caído sobre un sillón yacía Israt. Fui hacia él, llamándole por su nombre. Pero estaba muerto.

Una daga con un hermoso mango de plata trabajada sobresalía de su túnica. Había sido acuchillado por la espalda. Por las manchas, vi que había recibido cinco o más

puñaladas; me pregunté por las causas a que podría obedecer tanta violencia.

Su cuerpo aún conservaba algo de calor. No hacía mucho que se había cometido el crimen. Mientras estaba ahí, inmóvil, preguntándome qué habría sido de la hermosa y predestinada Justine, escuché un ruido en el cuarto siguiente. Con un escalofrío pensé que quizás el asesino aún estaba allí. Comencé a alejarme pero en ese momento se abrió la puerta del dormitorio y apareció el médico de Mercator, arrastrándose sobre sus manos y rodillas.

Fui hacia él y le ayudé a levantarse. Su rostro estaba lívido, sin una gota de sangre. Y sentí que el mío estaba en iguales condiciones. Sus manos movedizas, que ya había notado antes, ahora temblaban como si buscaran una vía de huida. Serví para los dos un vaso de coñac de una botella que había caído de un armario sin que se hubiera roto. Después de eso nos sentimos mejor.

—¡Fue terrible! —dijo el doctor, encendiendo un cigarrillo de mezcal—. ¡Respiraba como un animal! Juraría que sabía que yo estaba escondido allí, en el dormitorio, bajo la cama. Pero cuando mató a Israt, pareció satisfecho. No le oí marcharse. Me quedé paralizado, hasta que llegó usted.

—¿Quién es el asesino?

—No sé cómo se llama. Pero cuando mataba a Israt, gritaba algo sobre un amigo de Israt que le había robado su unidad antigravitatoria al primer ministro. ¿Fue usted?

—Robé una unidad antigravitatoria, sí. Pero no piense en culparme por esta muerte. El problema no tiene nada que ver conmigo.

—Así le he oído expresarse, y cada vez le creo menos. ¿Le molesta si me siento? Todavía me tiemblan las piernas. El... asesino hizo tanto ruido... Ya puede imaginarlo. Además, ese argelino dijo que sabía que Israt era hombre de Mercator, y sabía que Mercator estaba en tratos con Nueva Angola contra Argelia. Por eso mató a Israt, siguiendo instrucciones de su jefe.

Terminé mi coñac y mi cerebro volvió a funcionar. Dejé de escuchar las frases del doctor. Vi que había mucha gente amenazada en esta situación, incluyendo gente a la que yo quería. Era necesario que me reuniese con Justine y con Thunderpeck, de modo que le dije dónde estaba Mercator e insistí en que sería mejor que fuera a auxiliarle. Recordé que sabía dónde encontrar a Thunderpeck, si aún estaba vivo, pues habíamos concertado una cita. Y no bien se marchase el doctor, llamaría por teléfono a la policía de Walvis Bay y les diría dónde podían detener a Mercator antes de que siguiera adelante con su plan; sin dar mi nombre, por supuesto.

—Tiene mal aspecto —dijo el doctor—. Antes de ir a ver a Mercator, le daré una píldora para mantenerle en pie. ¿Estará aquí cuando volvamos Mercator y yo?

—Ocúpese de él, yo me ocuparé de mí mismo.

—Lo siento por él, señor Noland. Es un hombre muy enfermo, y todo este ajeteo le matará. Pero eso no es razón para no intentar ayudarlo a usted...

Tomé la píldora que me dio y la tragué de inmediato, tal como había tragado píldoras todos los días de mi vida. Cuando se marchó, fui al baño para tomar un vaso

de agua. La encontré maravillosa, a pesar de la herrumbre que arrastraba. Bebí un par de vasos llenos, y al terminar tuve que asirme al toallero pues me sentía vacilar; finalmente, caí al suelo.

Había sido un error elemental olvidar que el pequeño médico era un aliado del loco que estaba a punto de destruir la paz del mundo...

CAPÍTULO TRECE

El amanecer vino como un albatros de las antípodas del mundo, me acarició con sus alas y me despertó. Aparté las toallas que me cubrían y me senté, preguntándome qué podía haber estado haciendo en el suelo de un cuarto de baño. Hubiera sido una noche ideal para las alucinaciones y demonios que me visitaban con la oscuridad, pero había dormido profunda y serenamente, y me desperté en buen estado. El hambre terrible que sentía no hacía más que resaltar mi buena salud.

Los hechos volvían a su lugar en mi memoria; ya era el día en que Mercator planeaba matar al presidente de África. Mercator era un villano en un hotel lleno de villanos... ¡Un hotel donde había dormido sin que nadie me molestase! Recordé al cadáver de la habitación contigua, y su aspecto. Y recordé también que debía buscar al viejo Thunderpeck y a la extraña y fatal Justine Smith.

Bien, ¡no había ningún momento tan bueno como el presente!

Traté de llenar con agua otro vaso para humedecer mi boca seca, pero aquella mañana las gotas salían tan espaciadas que me rendí. Una vez que hube empezado a moverme, la ansiedad me acosó.

Con el propósito de llamar menos la atención me puse uno de los trajes limpios de Mercator. Tratando de no pensar en lo que hacía, arranqué de la espalda de Israt la daga de plata, la limpié en su túnica y la coloqué en mi cinturón. Podía ser necesaria, no sabía si habría alguien vigilando el cuarto de Mercator.

De repente, me sorprendió pensar que Mercator debía haber vuelto con el doctor, hacía largo rato. Algo andaba mal, para ventaja mía.

Salí de la suite con más precauciones de las que había observado al llegar. No había nadie cerca. En la planta baja sólo había criados, que se movían con esa lentitud y ese malhumor característicos a esa hora del día.

Era la hora fría y transitoria en que el sol se levanta del horizonte pero aún no reina en el cielo; es una cotidiana primavera que viene a los trópicos, con su aire frío. Me gusta; me deleitó incluso en aquel momento en que mi corazón se sentía torturado por la ansiedad.

Thunderpeck y yo habíamos quedado en encontrarnos al pie de la torre más alta, frente a la Plaza del Presidente. Pero, ¿cuánto tiempo me esperaría? No sabía nada de sus movimientos desde que Israt se le había escapado la tarde anterior.

Para mi sorpresa, las calles estaban ya llenas de gente. Los camiones de construcción habían entrado en servicio y recorrían lentamente las calles, cargados y con las banderas de las naciones africanas. Hombres con altas escaleras trepaban a los postes de iluminación y colgaban gallardetes y banderines. Lo mismo sucedía en la Plaza del Presidente, donde reinaba la mayor actividad. Habían construido una gran plataforma de madera en el centro de la plaza, y desde un camión con la inscripción 'Radio África' los electricistas sacaban cámaras de televisión y micrófonos. Cerca había un generador, del que salían cables que se cruzaban sobre el mosaico

inacabado.

La policía también se mostraba activa, y me tomé el trabajo de evitarla mientras me dirigía hacia la alta torre del templo. Cuando vi que allí no había señales de Thunderpeck, comprendí que en el fondo no había esperado encontrarle. Durante un rato me quedé aguardando mientras escuchaba el ruido lejano de las olas que rodaban por la playa después de su largo viaje a través del océano. Luego me deslicé hacia el interior del templo.

Por lo que recordaba, Thunderpeck y yo habíamos decidido encontrarnos al pie de la torre. Bien podía haber interpretado esto literalmente. Además, el interior era más seguro.

Dentro del templo, lámparas de diseño ornamental ardían suspendidas a intervalos de cadenas colgadas del alto techo. Allí reinaba aún la oscuridad, la luz que entraba por las ventanas tenía un aspecto sordo y clandestino. El aire olía a algo dulce y pesado. No me acerqué a la nave principal del templo, donde algunas figuras apenas visibles estaban postradas en el suelo desnudo, orando a fin de conseguir la gracia para enfrentar el nuevo día. Giré por detrás de un biombo de madera de sándalo, y pasé a un pequeño cuarto —¿un vestíbulo para los sacerdotes?—, en busca del pie de la torre.

Al hacerlo, oí una voz masculina que cantaba en una cámara lateral del templo. Cantaba, y el canto era acompañado por un instrumento zumbante como una tambura india; el sonido me sorprendió tanto, que casi me detuve para escucharlo mejor. Me recordó que había conocimientos cuyos principios mismos me resultaba imposible comprender.

Más allá del pequeño cuarto estaba la base de la torre. Allí la oscuridad era casi total, pues una cortina impedía que entrase la luz del cuartito, y apenas si se filtraba una débil iluminación desde el campanario, muy por encima de mi cabeza. Con aprensión, llamé en un susurro:

—¿Thunderpeck?

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que no había modo de ascender a la torre, excepto por medio de un ascensor eléctrico cuya cabina estaba ahora a nivel del suelo. Volví a llamar y..., ¿hubo acaso algún débil movimiento allá arriba, donde estaba el amanecer?

Incómodo, me pregunté si debería esperar ahí. No había lugar en el que ocultarse, excepto el pequeño espacio detrás del ascensor. Cuando fui a inspeccionarlo, mis ojos cayeron sobre algo enrollado en ese estrecho espacio. Era un hombre, doblado en dos y envuelto en un albornoz árabe. La náusea me subió por el pecho aún antes de tocarlo y reconocer a mi viejo amigo y médico. Su garganta estaba cortada.

Al mirar el rostro de Thunderpeck, tan trabajado por el acné, subió la pena y me inundó.

¡Gran bien le había hecho quedarse allí a esperarme! Sospeché que una vez más aquella muerte se debía a la actividad del asesino argelino.

La voz que cantaba se difundía por los rincones más apartados del templo. Era un canto lleno de anhelos de paz y hermandad. Al escucharlo, solté el llanto; hundí mi rostro en mis manos, y los lardos sollozos me conmovieron.

Mientras lloraba, sentí algo que no podría haber sentido antes, ni siquiera un minuto antes, al sorprenderme la muerte de Thunderpeck: me sentí a mí mismo como una totalidad. Había querido hablarle de mi último encuentro con la Figura, y saber lo que me diría; ya no volvería a oírle decir: “Era un síntoma de su esquizofrenia, que como ya ha sido superada, vuelve usted a sentirse en paz consigo mismo.” Mientras lloraba, me prometí que todo sería mejor en lo futuro.

El ruido del ascensor me devolvió al mundo. Sequé mis ojos, queriendo esconder por orgullo el haber llorado... Si el asesino de Thunderpeck se encontraba todavía allí, ¡recibiría su merecido! Miré el pozo del ascensor, y por él bajó mi propio nombre, hueco y extraño en el espacio confinado de la torre:

—¡Knowle!

¡Justine estaba allá arriba!

Se me cruzó el pensamiento de que podría haber sido ella quien... Pero no, había signos de que el doctor, cuyo cuerpo ya estaba helado por el *rigor mortis*, había ofrecido resistencia a su asaltante. De modo que esto no podía ser obra de la refinada y fatal Justine.

Subí al ascensor. Era muy pequeño, con seguridad, no podría elevar a más de dos personas por vez. Subió casi en silencio, y a través de las ocasionales ventanas estrechas vi la luz del día y fragmentos de Walvis Bay, el mar y el mundo confuso. Cuando llegué a la cima y abrí la puerta, Justine se lanzó a mis brazos.

¡Qué alegría me habría producido ese gesto en cualquier otro momento! Su cabello oscuro estaba contra mi mejilla, su cuerpo cálido y suave contra el mío. No puedo decir cuánto tiempo estuvimos así, pero al fin se echó hacia atrás y me miró.

—¡De modo que Peter te envió! —exclamó—. Gracias a Dios que envió a alguien... No soporto las alturas. Llegas justo a tiempo. Son las ocho menos cuarto.

—¿A tiempo para qué?

—A las ocho la policía acordonará la Plaza del Presidente, después de lo cual sólo los invitados especiales podrán entrar.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, Justine? —yo miraba su rostro con deseo, notando otra vez su palidez, que ejercía un poder tan irracional sobre mi voluntad.

—Vine poco después de las seis, cuando todavía estaba oscuro. Estuve despierta la mitad de la noche esperando que Peter me telefonara; al ver que no lo hacía, supe que tendría que venir sola y hacer el trabajo.

—Justine, no entiendo. ¿De qué trabajo estás hablando? —le pregunté, inquieto.

—¿En qué estás pensando, Knowle? El presidente llegará a la plaza con su comitiva a las diez. Cuando se ponga de pie para pronunciar su discurso, le dispararemos.

Enviamos la caja del ascensor de regreso hacia abajo. Fui con la muchacha por

una pequeña escalera de madera hasta una plataforma sobre la cual colgaba una sola campana de boca ancha, negra. Vi que había una manta extendida, también una almohadilla y un termo, y un rifle de repetición de alto poder, con mira telescópica, cruzado sobre la manta.

Me puso una mano sobre el brazo.

—¿Estás bien, Knowle? Quiero decir, ¿sabes disparar bien? ¿Podrás hacerlo? No hay tiempo para errores...

—Mira Justine... Justine, estás loca o Mercator te ha hipnotizado, y él está tan loco como tú. Sabes tan bien como yo que el presidente El Mahasset es un buen hombre, que es el único que puede mantener la paz en África y en el mundo. ¡No podemos asesinarle! No te importa lo que yo pienso; te importa Mercator, tu querido Peter. Siendo así, debes saber porqué quiere matar al presidente...

Dio un paso atrás y me miró, la cabeza ligeramente hacia un lado, de modo que yo podía ver la hermosa columna de su cuello. Tenía una delgada cinta blanca en el cuello de su vestido; salvo eso, iba totalmente vestida de negro... Quizá, con el vestido que había mencionado en una de sus cartas. Hasta sus ojos eran oscuros cuando me miraba; pensé que era el perfecto retrato de una asesina, su rostro era duro al decirme:

—Dime tú, Knowle, porqué Peter quiere matar al presidente...

Entonces le expliqué que el dinero de Mercator ahora estaba invertido en la industria de la antigravedad, y que el modo de obtener mejor provecho del negocio era a través de una guerra total. Mientras yo hablaba, ella se dio la vuelta, en un gesto de cansancio y disgusto. Incapaz de detenerme, oí cómo mi voz seguía hablando.

—¡Qué sucias ideas materialistas tienes! —dijo con calma.

—No, Justine. No trates de hacer a un lado la verdad, dándole algún nombre. Debes olvidar este asesinato. Tengo razones para creer que a estas horas Mercator está muerto, asesinado junto al doctor, y que lo han hecho sus enemigos; en caso contrario habría regresado al hotel antes de que yo me marchara. Olvídate de él y olvídate de toda esta tontería, y vámonos de aquí en seguida, juntos.

—¡Nunca conseguirás que me vaya!

—Tienes que irte antes de que la policía nos alcance. Tus cartas estaban en el bolsillo de Mercator, y a esta hora ya habrás sido incriminada.

Como si no me hubiera escuchado, giró el rostro y repitió sus argumentos:

—¡Qué sucias ideas materialistas tienes, y cómo quieres ensuciar los motivos de Peter! Knowle, por una vez déjame decirte toda la verdad. ¡Trata de entenderla! Desde el comienzo nos has juzgado mal a Peter y a mí. Él era un granjero, y tú le temías. Y sin embargo, trabajó constantemente para mitigar las condiciones de trabajo en la tierra, incluso en las tierras que estaban más allá de su control. Te ayudó a ti, aunque nunca has querido reconocerlo. Ahora trabaja por el bien común, pero está tan por encima de tu cabeza que nunca lo comprenderás. Del mismo modo, siento que nunca me has comprendido a mí... Y no importa.

“Te demostraré lo equivocado que has estado, y que estás. Peter y yo pertenecemos a una de las numerosas sectas religiosas que proliferan en las miserables ciudades del mundo. Pero el nuestro, el culto de los Abstinentes, es el más estricto de todos. ¿Has oído hablar de los Abstinentes?”

Sí había oído hablar de ellos, pero siempre pensé que se trataba de una mera tontería de los aristócratas, para entretenerse.

—Los Abstinentes —dijo Justine—, hacen todo lo que está en su poder para lograr que la masa del pueblo use métodos correctos de control de la natalidad, pues aunque algunos de esos métodos han existido desde hace siglos, no se puede forzar a usarlos a una población que ha perdido cierto nivel de conciencia social, o que nunca ha llegado a tenerlo.

—¿Y quién fue el causante de esa pérdida? —le pregunté con furia—. ¿Olvidas que sé leer, Justine? No soy el tonto por quien me tomas. He estudiado libros de historia. Sé que los pobres estuvieron antes mucho mejor de lo que están ahora.

—La historia —dijo ella con desesperación— no está confinada en los libros. Es el medio en que vivimos. Es cierto que los pobres estuvieron mucho mejor antes, pero se han hundido por su propio peso. Los granjeros saben que el modo que tienen de explotar sus tierras para alimentar a las masas ávidas es erróneo, pero ¿qué otra cosa pueden hacer? ¿Qué le importa al imbécil de la calle la ley de la disminución de los recursos? Lo que se exige es la cantidad. Los granjeros tienen que responder a esta exigencia o son encarcelados, la conservación de la tierra deja de tener sentido económico cuando hay veinticuatro mil millones de habitantes en el mundo.

—¿Has aprendido bien tu lección! ¿Has terminado? —le dije de mal humor. Me dolía el estómago.

—No, no he terminado. Te estaba hablando de los Abstinentes. Nos hemos prometido abstenernos del contacto sexual y...

—¿Eso es imposible!

—Hemos demostrado que es posible, y también lo han demostrado otros, antes. Para los de tu clase el amor puede no tener más significado que una copa de licor. Para nosotros tiene un significado profundo, y nos disgusta profundamente pues de él proviene la propagación de la especie humana, de la que ya hay suficiente representación.

Al escuchar lo que decía, no pude contener la risa.

—¿Mucho bien habréis podido hacer, siendo un puñado de locos!

—¿Pero podemos! Podemos matar al presidente, podemos iniciar una guerra mundial. Es el único modo de quebrar este terrible ciclo que ya se ha estabilizado. Trata de entender, Knowle. Por favor. El *statu quo* es lo que hay que romper. La vida humana ya no es sagrada: ¡Estamos en un período de la historia en el que la vida humana es una blasfemia y el amor una perversión! ¡La situación del mundo entero es una tragedia!

“Piensa en las ciudades, Knowle... Tú has vivido en ellas gran parte de tu vida.

Piensa en la raza degradada que habita en ellas, alejada de la tierra y de todo lo que es natural y amoroso; viven como esclavos de la ignorancia, la superstición y la enfermedad. ¡Piensa en tu propia vida desdichada! Piensa en lo que es el trabajo de la tierra. ¡Hubo una época en que fue hermoso! Ahora, tú ya lo sabes... Se puede cruzar la superficie de la Tierra como si fuera la superficie de Marte; es preciso que seas considerado un criminal para que te envíen a trabajar la tierra. ¿No merece derrumbarse un sistema que ha provocado semejante estado de cosas?

Nos quedamos mirándonos en silencio. No puedo decir lo que pensé, sólo puedo afirmar que temblé. Me quedé allí, ella sirvió café del termo y me tendió la taza. Seguimos ahí.

—Piensa en la miseria de tu propia vida, en la culpa y en la enfermedad... Y en la desconfianza, en todo esto que nunca debería haber sucedido —dijo; en su voz sólo había compasión. No le respondí y no insistió.

Distraído, tomé el café. Al fin, dije:

—Pero si se produce esta guerra, ¿quiénes sobrevivirán?

Me miró con dulzura, y por primera vez supe que estaba en presencia de la mujer que había escrito las cartas de amor.

—Los más preparados para sobrevivir, sobrevivirán —respondió—. Me refiero a los que incluso en estos años oscuros han tenido el valor de vivir sus vidas de modo independiente... Los Viajeros. Supongo que sabrás de ellos.

—Sé.

Se sentó. Lentamente, me dejé caer a su lado. Puso una mano sobre mi rodilla, donde quedó como si me hubiera transferido una carga demasiado pesada para ella.

—En realidad no somos asesinos, Knowle —dijo—. Somos comadronas. Es preciso que llegue al mundo un nuevo modo de vivir, y cuanto antes termine el antiguo, mejor será.

Cuando me alargó el rifle, pude oír abajo el sonido de la multitud que se reunía en la plaza. En el interior del templo, indiferente a los terrores del mundo, las voces de la fe se alzaban una y otra vez. Ignorando los gemidos de mi estómago vacío, me puse el rifle bajo un brazo y me arrastré hacia la abertura de la ventana más próxima.

Notas

[1] *Doppelgänger*, en alemán, “el otro yo” (N. del T.) <<

[2] *Iron Wing: Ala de acero (N. del T.)* <<